Riesgo calculado
Robin Cook



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Aunque Robin Cook posee una casa en Boston, no fue sino hasta el momento en que empezó a investigar la brujería del siglo diecisiete para escribir su novela *Riesgo calculado* que exploró lo que podría llamarse su propio patio trasero de Salem, el suburbio de Boston, famoso por los juicios que ahí se llevaron a cabo contra algunas mujeres. Fue durante esta investigación que descubrió pruebas de una droga alucinógena que tal vez haya sido la causa de los violentos "ataques" que enviaron a muchas brujas de Salem a la horca.

"La investigación sobre un tema como éste es la parte más interesante del proyecto", reconoce el doctor Cook. Una parte de la investigación incluyó dos libros que recomienda ampliamente a todos los que deseen saber más acerca del episodio de brujería en Salem: *Salem Possessed, de* Paul Boyer y Stephen Nissenbaum, así como *Witchcraft at Salem*, de Chadwick Hansen.

Como egresado del College of Physicians and Surgeons, de la Universidad de Columbia, el doctor Cook ya no ejerce su profesión. Renunció a ella unos cuantos años después de publicar *Coma,* el primero de una serie de extraordinarios *best-sellers,* aunque todavía participa de manera muy activa en la comunidad médica, lo mismo como maestro que como escritor de algunas de las novelas de suspenso más populares en la actualidad.

Una propiedad abandonada en la ciudad de Salem, Massachusetts, está rodeada desde hace tiempo por el escándalo.
Kim Stewart, una bella joven, pero por desgracia muy curiosa, la hereda. Sintiéndose incapaz de resistir la tentación de hurgar en el pasado, Kim abre, sin saberlo, la puerta de la historia familiar de los Stewart, y desencadena el poder maligno que la brujería del siglo diecisiete puede ejercer todavía en la ciencia de fin del milenio.

Prólogo

Sábado 6 de febrero de 1692

ACICATEADA POR EL FRÍO penetrante, Mercy Griggs chasqueó la fusta sobre el lomo de su yegua. El animal apuró el paso, tirando del trineo, sin mayor esfuerzo, sobre la nieve dura y compacta. Mercy se acurrucó bajo el cuello alto del abrigo de piel de foca y juntó ambas manos dentro de su manguito, en un intento vano por guarecerse del aire gélido.

Una luz tenue iluminaba apenas el día despejado y sin viento. Desterrado por la época del año a su trayectoria meridional, el Sol caía en forma incipiente sobre el paisaje lleno de nieve, atrapado en el cruel invierno de Nueva Inglaterra. Las heladas masas de humo pendían sobre las chimeneas de las esparcidas granjas como si estuviesen congeladas en el azul del cielo polar.

Mercy había viajado alrededor de media hora cuando llegó a la sección de Northfields de la ciudad de Salem. A partir de ese punto, sólo tenía que recorrer poco más de dos kilómetros para entrar al centro de la población. Pero Mercy no se dirigía a la ciudad. Su destino era la casa de Ronald Stewart, un adinerado comerciante y naviero. Lo que había alejado a Mercy de su acogedor hogar en un día tan frío era una preocupación amistosa mezclada con cierta curiosidad. En ese momento, la familia Stewart era una fuente de habladurías por demás interesantes.

Cuando detuvo a la yegua frente a la casa, Mercy observó la construcción imponente con varios techos a dos aguas, que mostraba la aguda visión del señor Stewart para los negocios. La mansión tenía tablas de chilla marrones, los techos eran de pizarra de la más alta calidad y sus múltiples ventanas se acristalaban con hojas de vidrio cortadas en forma de diamante. Lo más espectacular de todo eran los elaborados colgantes invertidos, en las esquinas de la saliente del segundo piso.

Confiada en que el tañido de las campanas de su trineo, colocadas en el arnés del caballo, había anunciado su llegada, Mercy aguardó. En efecto, casi de inmediato una mujer de ojos verdes y cabello negro como el plumaje de un cuervo abrió la puerta. Era Elizabeth Stewart, a quien Mercy conocía. Entre los brazos, la mujer llevaba un mosquete. Al momento, una multitud de niños con cara de curiosidad surgió detrás de ella; las visitas sociales inesperadas no eran comunes con semejante clima.

-Mercy Griggs -anunció cortés la visitante-. Soy la esposa del doctor William Griggs. He venido a darle los buenos días.

-Es un placer -respondió alegre Elizabeth-. Pase a tomar un poco de sidra caliente para ahuyentar el frío de los huesos -apoyó el mosquete en el marco interior de la puerta y ordenó a su hijo Jonathan que atara el caballo de la señora Griggs.

Mercy entró en la casa y siguió a Elizabeth hasta el cuarto de descanso. Al pasar junto al mosquete, lo observó. Elizabeth, que percibió hacia dónde se dirigía la mirada de Mercy, explicó:

-Se debe a que fui criada en el yermo de Andover. Teníamos que estar siempre prevenidos a causa de los indios.

-Comprendo -contestó Mercy, aunque en su experiencia cotidiana le resultaba totalmente extraña una mujer que empuñara un mosquete. Mercy titubeó un instante en el umbral de la cocina, que daba la apariencia de ser más una escuela que una casa. Había más de media docena de niños. En el hogar, el crepitante fuego irradiaba un grato calor. Una mezcla de aromas deliciosos inundaba la habitación: algunos provenían de una olla de estofado de cerdo que hervía a fuego lento colgada de una pértiga; otros, de un tazón grande con pudín de maíz. Pero la mayor parte salía del horno en forma de colmena, empotrado en la parte posterior de la chimenea, donde se doraban las hogazas.

-Espero no molestarla -se disculpó Mercy.

-Por supuesto, que no -respondió Elizabeth mientras tomaba el abrigo de Mercy y la conducía a una silla con respaldo de travesaños cerca del fuego-. Solamente que estoy horneando pan y tengo que sacarlo del horno -levantó una pala para pan de mango largo y con movimientos hábiles y breves, sacó ocho hogazas, una por una, y las puso a enfriar en la mesa grande de caballete que dominaba el centro de la habitación.

Mercy observó a Elizabeth y pensó que era una mujer atractiva, con los pómulos altos, el cutis de porcelana y figura grácil. Aunque también percibió algo perturbador en ella. En vez de la obligada humildad cristiana, Elizabeth irradiaba una audacia impropia de una mujer puritana cuyo esposo se

encontraba en Europa. Mercy empezó a advertir que había algo más en las habladurías que sólo rumores ociosos.

-El pan despide un aroma picante poco común -comentó mientras se inclinaba sobre las hogazas que se enfriaban.

-Es pan de centeno -explicó Elizabeth.

-¿Cómo, pan de centeno? -preguntó Mercy asombrada. Sólo los granjeros más pobres, aquellos que tenían tierras cenagosas, comían pan de centeno.

-Me crié con pan de centeno -explicó Elizabeth-. Me agrada su sabor picante. Pero tal vez usted se pregunte por qué estoy horneando tantas hogazas. La razón es que he decidido animar a toda la aldea a usar el centeno para poder conservar el trigo. El clima frío y húmedo que tuvimos durante toda la primavera y el verano, y ahora este invierno tan crudo, han arruinado las cosechas.

-Es una idea loable -repuso Mercy-. Aunque quizá sea un asunto que los hombres deban debatir en el consejo de vecinos.

Elizabeth horrorizó a Mercy al soltar una sonora carcajada.

-Los hombres nunca piensan en términos prácticos -comentó-. Además, hay otro motivo aparte de la mala cosecha. Las mujeres tenemos que pensar en los refugiados de las incursiones de los indios, puesto que ya corre el tercer año de la Guerra del rey Guillermo y todavía no se vislumbra el final. He alentado a la gente para que reciba a los refugiados en sus hogares -Elizabeth se limpió la harina que tenía en las manos en su amplio delantal-. Nosotros adoptamos a dos niñas luego del asalto a Casco, Maine; en mayo pasado se cumplió un año -interrumpió los juegos de los niños para insistir en que fueran a conocer a la esposa del doctor.

Elizabeth primero le presentó a Rebecca Sheaff, de doce años, y a Mary Roots, de nueve; las dos niñas habían quedado huérfanas debido a la crueldad de la incursión a Casco, aunque ahora se veían sanas y felices. A continuación, presentó a Joanna, de trece años, hija de un matrimonio anterior de Ronald, y después a sus hijos: Sarah, de diez años, y Jonathan, de nueve. Por último, Elizabeth presentó a Ann Putnam, de doce años; Abigail Williams, de once, y a Betty Parris, de nueve, que estaban de visita y vivían en la aldea de Salem.

Después de que los niños saludaron obedientemente a Mercy, se les permitió regresar a sus juegos, en los que, según advirtió Mercy, usaban varios vasos de agua y huevos frescos.

-Voy a enviar a las niñas a casa con sendas hogazas de centeno -explicó Elizabeth-. Será más eficaz que ofrecerles a sus familias una mera sugerencia. ¿Le gustaría llevarse una?

-Oh, no, gracias -replicó Mercy-. Mi esposo, el doctor, jamás comería pan de centeno. Es un pan demasiado ordinario.

Mientras Elizabeth dirigía su atención al pan, Mercy recorrió la cocina con la mirada. Expuesta a lo largo del alféizar había una hilera de muñecos hechos de madera pintada y tela cuidadosamente cosida. Cada muñeco estaba vestido a la usanza de un estilo particular de vida: un comerciante, un herrero, un ama de casa y un doctor vestido de negro y con cuello almidonado de encaje.

Mercy tomó el muñeco vestido de doctor. Tenía una aguja larga clavada en el pecho.

-¿Qué son estas figuras? -preguntó.

-Muñecos para los huérfanos -respondió Elizabeth sin levantar la vista. Estaba untando mantequilla en cada hogaza para luego volver a ponerlas en el horno.

-Mi madre, que en paz descanse, me enseñó a hacerlos.

-¿Por qué este pobre muñequito tiene una aguja que le atraviesa el corazón?

Porque el traje que tiene todavía no está terminado -contestó Elizabeth-. Siempre pierdo las agujas y son muy caras.

Mercy volvió a colocar el muñeco en su lugar e inconscientemente se limpió las manos. Cualquier cosa que insinuara lo oculto la hacía sentirse incómoda. Se volvió hacia los niños y decidió preguntarle a Elizabeth a qué se dedicaban.

-Es un pequeño truco que mi madre me enseñó -contestó Elizabeth. Deslizó la última hogaza en el horno-. Consiste en adivinar el futuro mediante la interpretación de las formas de la clara de huevo en el agua.

-¡Que dejen eso inmediatamente! -repuso Mercy alarmada.

Elizabeth miró a su huésped.

-Pero, ¿por qué?

-Es magia blanca -reconvino Mercy.

-Se trata de una diversión inocente -aseguró Elizabeth-. Mi hermana y yo lo hicimos muchas veces para tratar de conocer el oficio de nuestros futuros esposos -Elizabeth rió-. Por supuesto, jamás me indicó que me casaría con un naviero y me mudaría a Salem. Pensé que iba a ser la esposa de un granjero pobre.

-La magia blanca genera la magia negra -advirtió Mercy-. Y Dios aborrece la magia negra. Es obra del demonio. Apenas el sábado, el reverendo Parris nos dijo que los problemas terribles que sufrimos con la guerra y la viruela en Boston el año pasado, ocurren porque la gente no ha cumplido el pacto con Dios.

-Me resulta difícil pensar que este juego infantil altere el pacto -replicó Elizabeth.

-Pero estoy absolutamente segura de que dedicarse a la magia sí -repuso Mercy-. Tal vez debería leer el libro del reverendo Cotton, *Providencias memorables: en relación con la brujería y las posesiones demoníacas.* Asegura que la mala época por la que atravesamos se debe al deseo del diablo de devolver nuestro Israel en Nueva Inglaterra a sus hijos, los hombres rojos.

Elizabeth interrumpió el sermón de la visitante para llamar a los niños a comer. Mientras se acercaban a la mesa, les preguntó si querían un poco de pan recién horneado y tibio. Aunque sus propios hijos despreciaron su oferta, Ann Putnam, Abigail Williams y Betty Parris aceptaron con gusto. Elizabeth abrió una trampa en el piso y envió a Sarah a buscar más mantequilla en el almacén de productos lácteos.

Mercy sintió curiosidad por la trampa.

-Es idea de Ronald -explicó Elizabeth-. Nos da acceso al sótano sin tener que salir.

Una vez que sirvió el estofado de cerdo en los platos de los niños y cortó el pan en rebanadas gruesas para que comieran si querían, Elizabeth vertió sidra caliente en dos tazas grandes y se dirigió con Mercy al salón.

-¡Santo cielo! -exclamó Mercy cuando observó un retrato de grandes proporciones que colgaba sobre la chimenea. Su realismo impresionante la sobrecogió, en especial los radiantes ojos verdes. Se quedó inmóvil y casi sin respirar en medio de la habitación, mientras Elizabeth avivaba el fuego-. Su vestido es muy revelador -comentó Mercy-. Y lleva la cabeza sin cubrir.

-La pintura me perturbó al principio -reconoció Elizabeth. Se puso de pie y colocó dos sillas frente al fuego encendido-. Fue idea de Ronald. Le agrada. Ahora apenas lo noto.

-Es tan irrespetuoso -repuso Mercy con una sonrisa despectiva. Movió la silla para excluir la pintura de su campo de visión y bebió un sorbo de sidra caliente. El carácter de Elizabeth le resultaba desconcertante. Mercy aún tenía que mencionar el asunto por el que había ido a verla. Se aclaró la garganta:

-Oí un rumor -empezó-. Me dijeron que usted tenía la pretensión de comprar la propiedad de Northfields.

-En realidad no se trata de un rumor -aclaró Elizabeth alegremente-. Pronto seremos propietarios de terrenos a ambos lados del río Wooleston.

-Pero los Putnam también quieren comprar esa tierra -repuso Mercy indignada-. Es importante para ellos. Necesitan tener acceso al agua para la fundición. Su único problema es que no cuentan con los recursos adecuados, por lo que tienen que esperar hasta la próxima cosecha. Se enojarán mucho si usted persiste, y tratarán de impedir la venta.

Elizabeth se encogió de hombros.

-Dispongo del dinero en este momento -comentó-. Quiero el terreno porque tenemos la intención de construir una casa nueva que nos permita albergar más huérfanos -los ojos de Elizabeth brillaron-. Va a ser una enorme casa de ladrillos, como las que existen en Londres.

Mercy no podía creer lo que oía. La codicia de Elizabeth no conocía límites. Mercy bebió con dificultad otro sorbo de sidra.

-Ese negocio es antinatural si su esposo está fuera del país -le advirtió-. No forma parte del plan de Dios y prefiero advertírselo: la gente murmura que usted está excediendo su posición como hija de un granjero.

-Siempre seré la hija de mi padre -repuso Elizabeth-. Pero ahora también soy la esposa de un comerciante.

Antes de que Mercy pudiera responder, se oyó un golpe tremendo e innumerables gritos salieron de la cocina. Elizabeth salió apresuradamente del salón, seguida de cerca por Mercy.

En la cocina, la mesa de caballete se había ladeado. Los tazones de madera, vacíos después del estofado, estaban esparcidos por todo el piso. Ann Putnam se bamboleaba por toda la habitación, se rasgaba la ropa y gritaba que la estaban mordiendo. Los otros niños se habían pegado a la pared, horrorizados.

Elizabeth corrió hacia Ann y la sujetó por los hombros.

-¿Qué te pasa, niña? -preguntó Elizabeth-. ¿Quién te está mordiendo?

Ann abrió la boca y sacó la lengua lentamente hasta que ésta quedó afuera por completo, mientras el cuerpo empezó a moverse de manera desordenada, como si tuviera mal de San Vito. Elizabeth trató de detenerla, pero Ann se resistió con fuerza sorprendente. Entonces Ann se llevó las manos a la garganta.

-No puedo respirar -carraspeo-. ¡Ayúdenme!

-Vamos a llevarla arriba -le gritó Elizabeth a Mercy. A medias llevándola en brazos y a medias a rastras, subieron a la nifia, que seguía retorciéndose a la planta alta. En cuanto la pusieron en la cama, empezó a tener convulsiones.

-Sufre un ataque -dijo Mercy-. Voy a buscar a mi esposo.

-Por favor -suplicó Elizabeth-. ¡Apresúrese!

Mercy meneó la cabeza mientras bajaba las escaleras. La calamidad no la tomó por sorpresa, pues conocía su causa. Era la brujería. Elizabeth había invitado al diablo a su casa.

Martes 12 de julio de 1692

RONALD STEWART abrió la puerta de la cabina y salió a cubierta al aire fresco de la mañana; vestía sus mejores pantalones bombachos a la rodilla y un chaleco rojo con pliegues almidonados. Estaba muy emocionado. Por fin acababan de rodear Naugus Point, a muy poca distancia de Marblehead, y ya habían tomado rumbo hacia Salem.

El hombre inclinó el cuerpo voluminoso sobre la borda mientras la brisa marina le acariciaba el rostro ancho y bronceado y le despeinaba el cabello rubio rojizo. Estaba contento de llegar a casa, aunque no podía evitar sentir cierta inquietud. Había estado ausente casi seis meses y sin haber recibido una sola carta. Suecia parecía estar en los confines de la Tierra.

Al aproximarse a Salem, Ronald notó que botaban al mar una embarcación pequeña desde el muelle. Cuando ambas naves estuvieron más cerca, reconoció a su empleado, Chester Procter, de pie en la proa, y agitó alegremente la mano, pero Chester no devolvió el saludo. Mientras el pequeño barco se acercaba por un costado, Ronald se dio cuenta de que el rostro enjuto de su empleado se veía demacrado y tenía la boca apretada. Algo malo había sucedido.

-Creo que será mejor que venga a tierra de inmediato -le gritó Chester a Ronald.

Extendieron una escala hasta el pequeño bote y Ronald bajó por ella. Una vez sentado en la popa, desatracaron. Chester tomó asiento a su vera. Dos marineros en medio de la embarcación se afanaban en sus remos.

-¿Qué sucede? -preguntó Ronald, temeroso de oír la respuesta. El peor de sus temores era que se hubiera producido una incursión india contra su casa.

-Han ocurrido sucesos terribles aquí en Salem -le explicó Chester-. La Providencia lo ha traído a casa apenas a tiempo.

-¿Se trata de mis hijos? -inquirió Ronald alarmado.

-No, no se trata de sus hijos -respondió Chester-, sino de su esposa, Elizabeth. Ha estado en prisión desde hace muchos meses.

-¿De qué la acusan?

-Brujería. Una Corte especial la condenó y hay una orden para ejecutarla el próximo martes.

-Esto es absurdo. ¡Mi esposa no es una bruja!

-Ya lo sé, pero en la ciudad se ha despertado una fiebre por la brujería; hay cien personas acusadas y una ejecución consumada: la de Bridget Bishop.

-La conocí -admitió Ronald-. Tenía una taberna que funcionaba sin permiso. Era una mujer con un temperamento exaltado. Pero, ¿bruja? Me parece muy improbable. ¿Qué ocurrió para provocar tal temor a la voluntad maléfica?

-Todo se debe a los ataques -explicó Chester-. Ciertas mujeres, en su mayoría jóvenes, han sido aquejadas.

-¿Ha presenciado alguno de esos ataques? -preguntó Ronald.

-Oh, sí -respondió Chester-. Todo el pueblo los ha visto durante las audiencias frente a los magistrados. Son un espectáculo terrible de contemplar. Las aquejadas se sacuden peor que los cuáqueros y chillan que seres invisibles las muerden.

La mente de Ronald se debatía entre un torbellino de ideas. El sudor brotó de la frente. Trató de pensar qué debía hacer.

-Tengo un carruaje esperando -comentó Chester-. Pensé que querría ir directamente a la cárcel.

-Sí -contestó Ronald en forma lacónica. Desembarcaron y se encaminaron con rapidez hacia el vehículo. Ninguno de los dos habló mientras la carreta avanzaba dando tumbos por el muelle adoquinado.

-¿Cómo se determinó que la brujería provocaba esos ataques? -inquirió Ronald al llegar a la calle Essex.

-El doctor Griggs lo aseguró -contestó Chester-. Después, el reverendo Parris y luego todo el mundo, incluso los magistrados.

-¿Por qué están tan seguros? -preguntó Ronald.

-Durante las audiencias -repuso Chester- todos presenciamos cómo las acusadas atormentaban a sus víctimas, y cómo ellas se liberaban al instante de su horrible sufrimiento en cuanto tocaban a las acusadas.

-¿Pero no las tocaban para atormentarlas?

-Eran los espectros de las acusadas los que realizaban el maleficio -explicó Chester -. Sólo las víctimas pueden ver a los espectros; por eso las aquejadas señalaron a las acusadas.

-¿Y mi esposa fue acusada de esta manera?

-Así es -admitió Chester-. Por Ann Putnam, hija de Thomas Putnam, de la aldea de Salem.

-Lo conozco -repuso Ronald-. Es un hombre insignificante y furibundo.

-Ann Putnam fue la primera víctima -Chester titubeó-. Eso sucedió en su casa, a principios de febrero. Hasta ahora, todavía está aquejada, igual que su madre, la señora Ann.

-¿Y mis hijos? -preguntó Ronald.

-Sus hijos se han librado de ser acusados -informó Chester.

-Gracias a Dios -repuso el comerciante.

Dieron vuelta en Prison Lane. Chester se detuvo frente a la cárcel. Su patrón le ordenó esperar y bajó del carruaje.

Ronald Stewart encontró al carcelero, William Dounton, en una oficina en completo desorden y comiendo pan de maíz recién horneado de la panadería. Se trataba de un hombre obeso, con un mechón de cabello sucio caído sobre la frente y la nariz roja y nodular. Ronald lo despreciaba, pues se sabía que era un sádico que disfrutaba atormentando a los prisioneros.

Fue evidente que William no se sintió complacido de ver a Ronald. Se puso de pie de un salto y se agazapó detrás de su silla.

-No se permite visitar a los condenados -habló con voz ronca y la boca llena de pan-. Por órdenes del magistrado Hathorne.

Sin poder contenerse, Ronald sujetó al carcelero de la camisa de lana con los puños cerrados y puso el rostro cerca del suyo.

-Si ha maltratado a mi esposa, tendrá que vérselas conmigo.

-Eso no es mi culpa -balbuceó William-. Es de las autoridades. Yo tengo que acatar sus órdenes.

-Condúzcame a ella -espetó Ronald, al tiempo que apretaba con mayor fuerza y constreñía la garganta del hombre. William, sofocado, sacó las llaves. Ronald lo soltó y lo siguió hasta una puerta

maciza de roble, que el guardián abrió. Después de cruzar dicha puerta, pasaron por varias celdas. Todas estaban abarrotadas. Los presos miraban fijamente a Ronald con ojos vidriosos. En la parte superior de una escalera de piedra, William encendió una vela que tenía un broquel. Después de abrir otra puerta de roble, bajaron a la peor área de la prisión. El hedor no se soportaba. El sótano consistía en dos cuartos grandes. Las paredes enmohecidas eran de granito. Los innumerables prisioneros estaban esposados a las paredes o al piso, con grilletes en las muñecas, en los tobillos o en ambos. Ronald tuvo que pasar encima de la gente para seguir a William.

-Por aquí -indicó William, mientras conducía a Ronald a un rincón al otro extremo del sótano-. Acabemos con esto.

Ronald lo siguió y miró hacia abajo. A la luz de la vela, con dificultad reconoció a su esposa. Elizabeth estaba esposada con grilletes enormes y apenas tenía energía para espantar a las alimañas que deambulaban libremente en la penumbra.

Ronald le arrebató la vela a William y se acuclilló junto a su esposa. A pesar de su estado, ella sonrió.

-Me alegra que hayas regresado -musitó débilmente-. Ya no tengo que preocuparme por los niños. ¿Están bien?

Ronald tragó saliva con dificultad. Tenía la boca seca.

-Vine directamente del barco a la cárcel -contestó-. Todavía no veo a los niños.

-Por favor, ve a verlos. Temo que estén intranquilos.

-Me ocuparé de ellos -prometió solemne Ronald-. Pero primero tengo que encargarme de que te liberen.

-Tal vez lo logres -repuso Elizabeth-. ¿Por qué tardaste tanto en regresar?

-El equipamiento del barco tardó más tiempo de lo planeado.

-Bueno, al menos ya estás de regreso -suspiró Elizabeth.

-Volveré -aseguró Ronald al ponerse de pie abrumado por la preocupación. Luego siguió a William, que lo guiaba de regreso a la oficina-. Muéstreme los documentos -exigió Ronald.

William rebuscó en el desorden de su escritorio y encontró la orden de arresto de Elizabeth y la de ejecución. Ronald las leyó y luego buscó en su bolsillo y sacó unas cuantas monedas-. Quiero que cambien de lugar a Elizabeth y que su situación mejore.

William tomó el dinero con gusto.

-Le doy las gracias, amable señor -replicó. Las monedas desaparecieron en el bolsillo de sus pantalones bombachos-. Pero es imposible mudarla. Los casos de pena capital siempre se alojan en el nivel inferior. Tampoco está permitido quitarle los grilletcs, puesto que están especificados en el ordenamiento para evitar que el espectro abandone el cuerpo de su esposa. Sin embargo, puedo mejorar su situación como respuesta a su amable consideración.

-Haga lo que pueda -indicó Ronald.

Afuera, Ronald tardó un momento en subir al carruaje. Sentía que las piernas le temblaban.

-A la casa del magistrado Corwin -ordenó. Chester fustigó al caballo. No se atrevió a preguntar por Elizabeth. La angustia de su patrón se notaba a la legua.

Al llegar a la esquina de las calles Essex y Washington, Ronald bajó del carruaje.

-Espérame -dijo lacónicamente.

Ronald llamó a la puerta y, cuando ésta se abrió, se sintió aliviado de ver la figura alta, delgada y adusta de su viejo amigo Jonathan Corwin. Jonathan condujo a Ronald a su salón, donde pidió a su esposa que los dejara a solas para conversar en privado. Ella estaba trabajando en su rueca de lino en el rincón.

-Lo siento -dijo Jonathan cuando estuvieron solos-. Es una penosa bienvenida para un viajero cansado.

-Por favor, dime qué hacer -pidió Ronald con voz débil.

-Temo que no sé qué decir -empezó Jonathan-. Los ánimos del pueblo están encendidos y tal vez impera una idea delirante, poderosa y generalizada. Mi propia suegra, Margaret Thatcher y ha sido acusada. Sé de cierto que ella no es bruja, lo que me hace poner en tela de juicio la veracidad de los alegatos de las chicas aquejadas y de sus motivos.

-Por el momento no me preocupan las razones que tengan las chicas -explicó Ronald-. Necesito saber qué puedo hacer por mi amada esposa.

Jonathan suspiró profundamente.

-Mucho me temo que haya muy poco qué hacer. Tu esposa Elizabeth ha sido condenada por un jurado que actúa dentro de un tribunal especial de lo penal que atiende los casos acumulados de brujería.

-Pero dijiste que dudabas de la veracidad de los acusadores.

-Sí. Pero su condena no dependió del testimonio de las chicas. Las pruebas contra ella resultaron verdaderas y contundentes. No hubo ninguna duda.

-¿Crees que mi esposa es bruia?

-Por cierto que sí -respondió Jonathan-. Lo siento. Es una verdad muy dura de soportar para un hombre.

Ronald miró a los ojos a su amigo, cuya opinión respetaba.

-Debe haber algo que pueda hacer -contestó suplicante Ronald-. Aunque sólo sea retrasar la ejecución para tener tiempo de conocer los hechos.

Jonathan colocó la mano sobre el hombro de Ronald.

-Como magistrado de la comunidad no hay nada que pueda hacer. Te sugiero que vayas a Boston y hables con Samuel Sewall. Sé que ustedes fueron compañeros en la Universidad de Harvard. Él es uno de los jueces de la Corte de lo penal y ha manifestado cierto recelo respecto a todo este asunto.

Ronald agradeció a Jonathan y se apresuró a salir. En menos de una hora emprendió a caballo el trayecto de casi veintiocho kilómetros y llegó a Boston por el suroeste. Al atravesar la puerta de la ciudad con sus fortificaciones de ladrillo, la mirada de Ronald divagó involuntariamente hacia la horca, donde se balanceaba un hombre que acababa de morir. Un estremecimiento de terror le recorrió la espina dorsal. Como respuesta, fustigó al caballo.

El bullicio del mediodía en Boston, ciudad que tenía más de seis mil habitantes, aminoró el avance de Ronald. Era casi la una cuando llegó a casa de Samuel en South End. Ronald desmontó y ató el caballo a la cerca de estacas.

Encontró a Samuel en su salón, fumando tabaco con una pipa de boquilla larga. Ronald advirtió que su amigo de la universidad se había vuelto corpulento en los últimos años y estaba muy lejos de ser aquel chico desenfadado que solía patinar con él en el río Charles durante sus años de escuela.

Samuel estaba feliz de ver a Ronald, pero su saludo fue reservado. En respuesta a las preguntas de Ronald respecto a Elizabeth, confirmó lo que Jonathan le había contado. El magistrado afirmó que la culpabilidad de Elizabeth quedaba fuera de duda, debido a las pruebas encontradas en su casa.

Ronald suspiró y trató de reprimir el llanto. Se sentía perdido. Preguntó a Samuel sobre la naturaleza de las pruebas presentadas contra su esposa.

-Me cuesta trabajo decírtelo -repuso Samuel.

-Pero, ¿por qué? -inquirió Ronald-. Está por demás claro que tengo derecho a saber.

-Sin duda alguna -contestó Samuel-. Pero tal vez sea mejor si visitamos a mi buen amigo, el reverendo Cotton Mather. Él tiene más experiencia que yo en los asuntos sobrenaturales. Sabrá bien qué aconsejarte.

-Me atengo a tu buen juicio -decidió Ronald.

Cuando Samuel tocó a la puerta de la casa del reverendo Cotton Mather, en la esquina de las calles Middle y Prince, una joven sirvienta abrió y los hizo pasar a la sala. El reverendo Mather bajó de inmediato y los saludó de manera evasiva. Samuel explicó la naturaleza de su visita.

-Comprendo perfectamente -dijo Mather, al tiempo que señalaba unas sillas. Todos tomaron asiento.

Ronald ya conocía al clérigo. Era más joven que él y Samuel, pues se había graduado de Harvard en 1678, siete años después que ellos. Sin importar la edad, se advertían en él algunos de los cambios físicos que Ronald notó en Samuel: había engordado, tenía la nariz enrojecida y se le había alargado ligeramente; además, el rostro tenía una consistencia pastosa. Sin embargo, los ojos brillaban con inteligencia y feroz determinación.

-Le ofrezco toda mi afectuosa compasión por sus tribulaciones -dijo el reverendo Mather a Ronald-. Los caminos del Señor a menudo son inescrutables para nosotros los mortales. Además de su

sufrimiento personal, estoy profundamente preocupado porque los acontecimientos en Salem se están saliendo de control.

-En este momento, mi única y gran preocupación es mi esposa Elizabeth -repuso Ronald.

-Como debe ser -agregó el reverendo Mather-. Sin embargo, nosotros, los clérigos, debemos pensar en la congregación como un todo. Esperaba, por algunos signos, que el demonio se manifestara en medio de nosotros, y el único consuelo que tengo ahora es que, gracias a su esposa, sabemos dónde.

-Quiero conocer las pruebas presentadas contra mi esposa.

-Y yo se las mostraré -respondió de inmediato el reverendo Mather-. Siempre que mantenga su naturaleza confidencial, puesto que tememos que si las revelamos, la situación en Salem se exacerbe aún más de lo que ya está en la actualidad.

-¿Que ocurriría si decido apelar la condena?

-Después de que haya visto las pruebas, estoy seguro de que no tomará esa decisión -advirtió el reverendo Mather-. ¿Me da su palabra al respecto?

-Sí, le doy mi palabra -dijo Ronald-. Siempre que no se me niegue mi derecho a apelar.

Ambos se pusieron de pie y siguieron al reverendo Mather a un tramo de escalones de piedra. Después de encender un cirio, empezaron a bajar al sótano.

-He analizado todas estas pruebas con mi padre, Increase Mather -dijo el reverendo Mather por encima del hombro-. Hemos concluido que tienen una importancia extraordinaria para las futuras generaciones como prueba fehaciente de la existencia del mundo sobrenatural. En consecuencia, creemos que el lugar idóneo para guardarlas es la Universidad de Harvard. Como usted sabe, él es el presidente de la institución.

Llegaron al final de las escaleras y, mientras Samuel y Ronald aguardaban, el reverendo Mather procedió a encender las antorchas de la pared. Habló mientras recorría el lugar.

-Tanto mi padre como yo coincidimos en que hasta ahora los juicios por brujería han dependido, en gran medida, sólo de las pruebas espectrales. Las de Elizabeth son el tipo de pruebas verdaderas que nos gustaría ver en todos los casos -hizo una señal a Ronald y a Samuel para que lo siguieran hasta un gabinete grande, cerrado con llave-. Pero suscitan gran indignación. Dejaron a mi criterio que fueran traídas a este lugar después del juicio. Jamás he presenciado una prueba más contundente del poder del diablo.

-Reverendo -dijo Ronald-. Sólo muéstreme de qué se trata.

-Paciencia, hijo mío -replicó el reverendo Mather mientras sacaba una llave de su chaleco-. Debes estar preparado.

-Estoy preparado -dijo Ronald, al borde de la exasperación.

-Que Cristo Redentor esté con ustedes -el reverendo Mather deslizó la llave en la cerradura-. Ármense de valor.

El reverendo Cotton Mather abrió el gabinete. Entonces, con las dos manos, abrió de golpe las puertas y retrocedió.

Ronald jadeó y los ojos se le salían de las órbitas. De manera involuntario, se llevó una mano a la boca por el horror. Trató de hablar, pero momentáneamente la voz le falló. Aclaró la garganta.

-¡Basta! -se las arregló para decir y desvió la mirada.

El reverendo Mather cerró con llave el gabinete.

-¿Es verdad que esto es obra de Elizabeth? -preguntó Ronald.

-Sin duda alguna -respondió Samuel-. No sólo el alguacil George Corwin lo encontró en tu propiedad, sino que Elizabeth reconoció en forma completa y libre su responsabilidad.

-Está claro que esto es obra del demonio -dijo Ronald-. Sin embargo, estoy convencido de que Elizabeth no es bruja. Necesito tiempo. ¿No hay manera de conseguir una suspensión temporal de la sentencia, aunque sea sólo por un mes?

-El gobernador Phips puede conceder una suspensión -informó Samuel-. Pero sólo lo hará si existe una razón convincente.

-Creo que podría justificar una suspensión ante el gobernador -opinó el reverendo Mather-. Pero sólo con una condición: debes contar con la cooperación plena de Elizabeth. Ella debe volver la espalda al Príncipe de las tinieblas. Debe abjurar de sus relaciones con el diablo y revelar la identidad

de aquellas personas que hayan firmado pactos diabólicos similares. El hecho de que el tormento de las mujeres aquejadas continúe sin mitigarse constituye una prueba de que los servidores del demonio todavía andan sueltos en Salem.

Ronald Stewart se puso de pie de un salto.

-Conseguiré su consentimiento esta misma tarde -expresó emocionado.

DE RODILLAS AL LADO DE SU ESPOSA encarcelada, Ronald estaba emocionalmente agotado, y desfallecía de hambre y sed. Pero no pensaba para nada en sus propias necesidades, sino sólo en el rayo de esperanza que Cotton Mather le había dado a Elizabeth. Con suavidad, movió el hombro de ella. Los ojos de la mujer se abrieron y de inmediato preguntó por los niños.

-Todavía no los veo -contestó Ronald-. Pero tengo buenas noticias. Fui a ver a Samuel Sewall y al reverendo Cotton Mather. Creen que podrán conseguir suspender la ejecución.

-Gracias a Dios -repuso Elizabeth.

-Sin embargo, tienes que confesar -dijo Ronald-. Además, debes informar los nombres de otros que sepas que tienen pacto con el diablo.

-¿Confesar qué? -preguntó Elizabeth.

-Que eres una bruja -repuso Ronald con exasperación. El cansancio y la tensión ponían a prueba la última pizca de control que tenía sobre sus emociones.

-No puedo confesar -contestó Elizabeth.

-¿Y por qué no? -preguntó Ronald con tono estridente.

-Porque no soy bruja -explicó Elizabeth.

En su estado de alteración y cansancio, la ira de Ronald estalló. Acercó el rostro a centímetros del de ella.

-Confesarás -gruñó-. Te ordeno que confieses.

-Amado esposo -repuso la joven Elizabeth sin intimidarse ante Ronald-, ¿te han dicho cuáles son las pruebas que tienen contra mí?

-Vi las pruebas, querida -aseguró Ronald-. En la casa del reverendo Mather.

-Debo de ser culpable de alguna transgresión a la voluntad de Dios -contestó Elizabeth-. Podría confesar eso si conociera su naturaleza. Pero, sé perfectamente que no soy bruja y te aseguro que no he atormentado a ninguna de las jóvenes que testificaron en mi contra.

-Confiesa por el momento, sólo para conseguir la suspensión -suplicó Ronald-. Quiero salvarte la vida.

-No puedo salvar la vida y perder mi alma -replicó con fuerza Elizabeth-. Además, no estoy dispuesta a acusar a una persona inocente para salvarme.

-Tienes que confesar -le gritó Ronald-. Si no confiesas, te abandonaré.

-Haz lo que te dicte tu conciencia -respondió Elizabeth-. No voy a confesar que soy bruja.

-Por favor - suplicó Ronald-. Por los niños -las lágrimas anegaban los ojos y surcaban el rostro cubierto por costras de polvo.

Con dificultad, Elizabeth alzó la mano esposada y la colocó en el hombro de Ronald.

-Ten valor, mi querido esposo. El Señor siempre actúa de manera inescrutable.

Al perder todo vestigio de control, Ronald se puso de pie de un salto y salió corriendo de la prisión.

Una semana después, el martes 19 de julio de 1692, Elizabeth fue ejecutada.

UNO

Martes 12 de julio de 1994

KIMBERLY STEWART echó un vistazo a su reloj al salir del tren subterráneo MTA, situado en la plaza Harvard, en Cambridge, Massachusetts. Faltaban unos minutos para las siete. Sabía que llegaría a tiempo, pero a pesar de ello, se apresuró y casi corriendo cruzó la corta distancia que la separaba del edificio del Hasty Pudding Club, en la calle Holyoke. Hizo una pausa para recobrar el aliento y volteó a mirar la construcción de ladrillos con ribetes blancos. Había oído hablar del club social de Harvard sólo con referencia al premio anual que otorgaba a un actor o actriz. Ésta era su primera visita al restaurante abierto al público en su interior, llamado Upstairs at the Pudding.

En cuanto se normalizó su respiración, Kim abrió la puerta, sólo para enfrentar varios tramos largos de escaleras. Cuando llegó al *maître d's podium*, estaba nuevamente agotada. Preguntó dónde se encontraba el baño de mujeres.

Mientras Kim luchaba con su cabello grueso y negro como el plumaje de un cuervo, pensó que no había necesidad de sentirse nerviosa. Al final de cuentas, Stanton Lewis pertenecía a su familia. El problema consistía en que la había llamado en el último minuto para decir que necesitaba que asistiera a una cena y que se trataba de un caso urgente.

Se dio por vencida en cuanto al cabello, y cuando se sintió completamente recuperada, se presentó una vez más ante el *maître d's podium* y anunció que iba a reunirse con el señor Stanton Lewis y con su esposa.

-La mayor parte de su grupo ya llegó -informó la anfitriona. La angustia de Kim se exacerbó. No le gustó la palabra "grupo". Se preguntó quiénes más asistirían a la cena.

La anfitriona condujo a Kimberly a una terraza emparrada repleta de comensales. Stanton y su esposa, Candice, estaban sentados a una mesa para cuatro personas en el rincón.

-Lamento llegar tarde -dijo Kim al acercarse a la mesa.

-No te preocupes, no llegas tarde -replicó Stanton, al tiempo que se ponía de pie y le daba a Kim un abrazo efusivo que la obligó a inclinarse hacia atrás. También hizo que el rostro de la joven se sonrojara vivamente. Tenía la incómoda sensación de que todo el mundo en la terraza los observaba. Se liberó del abrazo de oso de Stanton y retrocedió a la silla que la anfitriona le ofrecía.

Kim siempre se sentía incómoda al estar cerca de Stanton. Aunque eran primos, pensaba en él como su antítesis social. En tanto que ella se consideraba tímida, e incluso un poco torpe, él era la personificación de la seguridad, un hombre urbano, asertivo y sofisticado. Se ponía de pie, alto y erguido, dominando a la gente como el empresario consumado que era.

Kim aventuró una mirada a su alrededor, y al hacerlo, golpeó sin querer a la anfitriona, que estaba a punto de colocar la servilleta de la joven sobre el regazo. Ambas se disculparon al mismo tiempo.

-Tranquilízate -aconsejó Stanton después de que la anfitriona se alejó. Enseguida le sirvió una copa de vino blanco-. Estás tan tensa como una cuerda de violín.

-Si me dices que me calme, sólo lograrás ponerme más nerviosa -repuso Kim y bebió un sorbo de vino.

-Eres extraña -dijo Stanton, divertido-. No puedo entender por qué eres tan endiabladamente tímida, cuando estás sentada en un lugar lleno de gente que jamás volverás a ver. Suéltate el pelo.

-No tengo control sobre mi cabello -bromeó Kim. A pesar de ella misma, empezaba a serenarse-. En cuanto a tu incapacidad para entender por qué estoy intranquila, me parece comprensible. Eres tan seguro de ti que te resulta imposible siquiera imaginar qué se siente no ser así.

-Dame una oportunidad -pidió Stanton-. Explícame por qué te sientes incómoda en este momento. Observo que incluso te tiemblan las manos.

Kim puso la copa en la mesa y cruzó las manos sobre el regazo.

-Estoy nerviosa, principalmente porque siento que he tenido que improvisar -explicó-. Después de tu llamada esta tarde, apenas tuve tiempo para darme una ducha, ya no digamos para encontrar algo qué ponerme.

-Creo que tu vestido es sensacional -dijo Candice.

-Sin duda -agregó Stanton-. Kim, te ves preciosa. Ella rió divertida.

-Soy suficientemente lista para saber que los cumplidos provocados siempre son falsos.

-Tonterías -dijo Stanton-. Eres una mujer hermosa y sensual, aunque actúes como si no te dieras cuenta de ello, lo que, creo, tiene cierto atractivo. ¿Cuántos años tienes... veinticinco?

-Tengo veintisiete -aclaró Kim. Probó un poco más de vino.

-Veintisiete y vas mejorando cada año -agregó Stanton y sonrió con picardía-. Tienes unos pómulos que otras mujeres envidiarían, piel como el trasero de un bebé y figura de bailarina, por no mencionar esos ojos color esmeralda que podrían fascinar a una estatua griega.

- Es mejor que cambiemos de tema -repuso Kim-. Esta conversación me hace sentir todavía más incómoda.

-Me disculpo por decir la verdad. ¿De qué quieres hablar?

-¿Qué te parecería si me explicas por qué mi presencia en esta cena se requería con tal urgencia? -sugirió Kim.

-Necesito tu ayuda -Stanton se inclinó hacia ella.

-¿El gran hombre de las finanzas necesita mi ayuda? ¿Se trata de una broma?

-No -respondió Stanton-. En unos cuantos meses voy a lanzar una oferta pública inicial para comprar una empresa de biotecnología llamada Genetrix.

-No soy inversionista -repuso Kim.

Stanton rió.

-No necesito dinero -explicó-. No, se trata de algo completamente distinto. Da la casualidad de que hablé con la tía Joyce hoy y ella dijo...

-¡Oh, no! -interrumpió Kim- ¿Qué dijo mi madre ahora?

-Casualmente mencionó que acabas de terminar con tu novio -dijo Stanton.

Kim palideció. La inquietud que sentía al llegar al restaurante la invadió de nuevo.

-Ojalá que mi madre no fuera tan habladora -repuso irritada.

-Tía Joyce no entró en mayores detalles sobre eso -prosiguió Stanton-. Todo lo que dijo fue que le parecía que Kinnard no te convenía, por lo que da la casualidad de que estoy de acuerdo, si es que va a estar yendo de aquí para allá toda la vida con sus amigos a esquiar o a pescar.

-Pues a mí me parece que ésos son sólo algunos detalles -protestó Kim-. También es una exageración. La pesca es algo nuevo para él; e ir a esquiar sucede sólo una vez al año.

-Sinceramente, apenas estaba prestando atención -repuso Stanton-, hasta que me pidió si podría encontrar a alguien más apropiado para ti.

-¡Cielos! -dijo Kim, que se sentía cada vez más irritada-. ¿Quieres decir que en realidad te pidió que me buscaras a alguien?

-Ése no es mi punto fuerte por lo general -respondió Stanton. Sintiéndose muy ufano, esbozó una amplia sonrisa-. Sin embargo, después de hablar con Joyce, empecé a devanarme los sesos.

-¿Esa es la única razón por la que me invitaste a venir esta noche? -inquirió Kim alarmada.

-Tranquilízate -pidió Stanton-. Edward Armstrong va a enamorarse de ti como un tonto.

-Eso es ridículo -se quejó Kim.

-Debo reconocer antes que nada que existe una segunda intención -observó Stanton-. He tratado de interesar a Edward en una de mis compañías de biotecnología desde que me convertí en capitalista de empresas de riesgo. Pero ahora que las acciones de Genetrix están a punto de negociarse en la bolsa de valores, es el momento perfecto. La idea es que se sienta en deuda por habértelo presentado, Kim. Luego, tal vez pueda torcerle el brazo para convencerlo de que participe en el consejo consultivo científico de Genetrix. Edward es todo un genio. Su solo nombre en el folleto informativo vale por los menos cuatro o cinco millones de dólares. Y, sin embargo, en el proceso puedo convertirlo en millonario.

Kim se sintió utilizada, y también experimentó vergüenza, pero no manifestó su irritación. Siempre había tenido dificultades para expresarse en situaciones de confrontación. Stanton no dejaba de admirarla. Era tan manipulador e interesado y, sin embargo, hablaba sin tapujos de sus intenciones.

-Tal vez Edward Armstrong no quiera ser millonario -dijo.

-Tonterías -repuso Stanton-. Todo el mundo quiere ser millonario.

-Sé que es dificil para ti entenderlo -señaló Kim-, pero no todos piensan igual que tú -miró la puerta y deseó poder levantarse y marcharse. Pero no podía. No era su carácter. En vez de ello, mencionó:

-No soy lo que se llama muy brillante cuando se trata de conversar con genios.

-Confía en mí -dijo Stanton-. Verás que congenian de maravilla. Tienen antecedentes en común. Edward es médico. Fue compañero mío en la Facultad de Medicina de Harvard. Formamos equipo en el laboratorio hasta que tomó un descanso en el tercer año; después obtuvo un doctorado en bioquímica.

-¿Ejerce su profesión como médico? -preguntó Kim.

-No, ahora se dedica a la investigación -contestó Stanton-. Su área de especialidad es la química del cerebro. En este momento es la estrella en ascenso del campo, una celebridad científica que Harvard pudo robarle a Stanford para traerlo de regreso. Y hablando del rey de Roma, ya llegó.

Kim giró para ver a un hombre alto y fornido que se dirigía a su mesa. Después de escuchar que había sido compañero de clases de Stanton, Kimberly sabía que debía de tener alrededor de cuarenta años; sin embargo, se veía mucho más joven, tenía el cabello lacio, rubio rojizo, y el rostro grande, bronceado y sin arrugas. Caminaba un poco encorvado, como si temiera golpearse la cabeza con una viga del techo.

Stanton se puso de pie al instante y estrechó a Edward con la misma efusividad con que abrazó a Kim. Por un momento fugaz, Kim sintió compasión por el recién llegado. Se daba cuenta de que él se sentía tan incómodo como ella por el expresivo saludo.

Stanton hizo las presentaciones, y Edward estrechó la mano de Candice y Kim antes de tomar asiento. La joven observó que la piel de Edward estaba húmeda y tenía el pulso tan vacilante como ella. Tartamudeaba ligeramente y también tenía el hábito nervioso de quitarse el cabello de la frente.

-Lamento muchísimo llegar tarde -se disculpó Edward. Le costaba un poco de trabajo vocalizar las *tes.*

-Son tal para cual -observó Stanton-. Mi bellísima y talentosa prima aquí presente dijo lo mismo cuando llegó, hace apenas cinco segundos.

Kim sintió que el rubor le tiñó las mejillas. Iba a ser una noche muy larga. Stanton no podía evitar ser como era.

-Tranquilízate, Ed -prosiguió Stanton, al tiempo que le servía un poco de vino-. No llegaste tarde. Te dije que alrededor de las siete. Así que estás perfectamente a tiempo.

-Sólo quise decir que todos ustedes ya estaban aquí, esperando -trató de explicar Edward. Sonrió con timidez y alzó la copa como si hiciera un brindis.

-Buena idea -dijo Stanton, que captó la insinuación y levantó su copa.

-Permítanme proponer un brindis por mi prima, Kimberly Stewart. Ella es la mejor enfermera de terapia intensiva y quirófano del Hospital General Mass, sin excepción -Stanton miró a Edward a la cara-. Si alguna vez tienen que operarte de la próstata, sólo ruega que Kim esté disponible. Es legendaria con el catéter.

-Stanton, por favor -protestó Kim.

-De acuerdo, estoy de acuerdo -dijo Stanton, mientras extendía la mano izquierda como si estuviera tratando de acallar a un público-. Permítanme volver al brindis que estaba proponiendo. Sería culpable de negligencia en el cumplimiento de mi deber si no informara a este grupo que el distinguido árbol genealógico de Kimberly se extiende unos cuantos años después de la llegada del *Mayflower* a estas tierras. Eso es por el lado paterno. Por el materno, sólo llega hasta la Guerra de Independencia, por lo que, podría añadir, lo considero el lado inferior de la familia.

-Stanton, esto no es necesario -observó Kim.

-Pero aún hay más que decir -prosiguió Stanton con la satisfacción de un experimentado orador de sobremesa-. El primer pariente de Kimberly que se graduó en nuestra querida Universidad de Harvard lo hizo en 1671. Se trata de sir Ronald Stewart, fundador de Maritime Limitada. Lo más interesante de esto es que la mujer de la octava generación anterior a la bisabuela de Kimberly, fue ahorcada por brujería en Salem.

-Stanton -protestó la joven mujer; su cólera superaba la vergüenza-, no deberías divulgar esa información.

Con la mirada fija en Edward, Stanton continuó:

-Los Stewart tienen el ridículo complejo de que esta historia tan antigua es una deshonra para el nombre de la familia.

-Ridículo o no, la gente tiene derecho a sentir lo que le plazca -argumentó Kim con vehemencia-. Mi padre jamás me lo ha mencionado. Mi madre es la que se preocupa más por el asunto y ella es tu tía y una ex Lewis. Creo que deberíamos cambiar el tema de esta conversación.

-De acuerdo -repuso Stanton con tranquilidad. Era el único que todavía tenía levantada la copa de vino-. Brindo por Edward Armstrong, el neuroquímico más productivo, inteligente y creativo del mundo, no, del universo. Edward es un hombre que salió de las calles de Brooklyn, se puso a estudiar y ya debería haber reservado un vuelo a Estocolmo para recibir su Premio Nobel, que con toda seguridad ganará por su trabajo con los neurotransmisores, memoria y mecánica cuántica.

Stanton elevó su copa de vino y todos chocaron las suyas y bebieron. Al colocar la copa en la mesa, Kimberly miró a Edward. Saltaba a la vista que era tan tímido como ella.

Stanton puso ruidosamente su copa vacía en la mesa.

-Ahora que ya se conocen -advirtió-, espero que se enamoren, se casen y tengan muchos hijos. Todo lo que pido, por mi participación en haberlos reunido, es que Edward acepte ser miembro del consejo de Genetrix.

Stanton rió de buena gana, a pesar de que fue el único en hacerlo. Después añadió:

-Muy bien, ¿dónde rayos está el camarero? ¡Vamos a cenar!

A LA SALIDA DEL RESTAURANTE, el grupo hizo una pausa.

-¿Quién quiere que lo lleve a casa? -preguntó Stanton-. Dejé mi automóvil estacionado en el Holyoke Center.

-Prefiero irme en el metro -contestó Kim.

-Mi departamento queda cerca de aquí -dijo Edward.

-Entonces los dejo por su cuenta -repuso Stanton. Tomó a Candice del brazo y se dirigió al estacionamiento.

-¿Me permites acompañarte al metro? -preguntó Edward.

-Te lo agradecería -respondió Kim.

Caminaron juntos, y Kim percibió que Edward quería decir algo. Poco antes de llegar a la esquina, habló:

-Fue una velada muy placentera -manifestó, pronunciando la *p* con cierta dificultad-. ¿Te gustaría caminar un poco por la plaza Harvard antes de ir a casa?

-Me agradaría -dijo Kim. Tomó a Edward del brazo y se encaminaron hacia ese complicado crucero formado por la avenida Massachusetts, la parte del Kennedy Drive de la calle Harvard, la calle Mount Auburn y la calle Braffle. Pese a su nombre, difícilmente podía considerarse una plaza, sino más bien una serie de fachadas curvas y áreas abiertas de formas peculiares, que en las noches de verano se convertía en una especie de circo medieval de juglares, músicos, lectores de poesía, magos y acróbatas.

Era una noche estival, tibia y suave. Kim y Edward pasearon alrededor de la plaza, se detenían un momento a escuchar a cada intérprete. A pesar de sus recelos mutuos respecto a la velada, en verdad se estaban divirtiendo.

Se sentaron sobre un muro de concreto no muy alto. A su izquierda, una mujer cantaba una balada lastimera; a la derecha estaba un grupo de indios peruanos llenos de vivacidad que tocaban sus zampoñas.

-Stanton es todo un personaje -comentó Kim.

-No sabía por quién sentirme más avergonzado -repuso Edward-. Por ti o por mí. La verdad es que en cierta forma lo envidio. Quisiera ser la mitad de asertivo que es él. Siempre he sido tímido para relacionarme socialmente.

-Es lo mismo que yo siento -reconoció Kim-. Siempre he sido tímida. Cuando me encuentro en situaciones sociales, no soy capaz de pensar en algo adecuado que expresar. Cinco minutos después se me ocurre alguna cosa, pero ya es demasiado tarde.

-Tal para cual, justo como Stanton nos describió -observó Edward-. Sin duda sabe bien cómo avergonzarnos. Cuando saca a relucir esa tontería del Premio Nobel, sufro una muerte lenta.

-Me disculpo en nombre de toda mi familia -dijo Kim.

-Yo también debería disculparme -agregó Edward-. No debo hablar mal de Stanton. Él y yo fuimos compañeros en la Facultad de Medicina. Lo ayudé con el laboratorio; él me ayudó en las fiestas. Somos amigos desde entonces.

-¿Y por qué nunca te has asociado con él en alguna de sus empresas?

-Jamás me ha interesado. Me gusta la academia, donde la búsqueda del conocimiento es por el conocimiento en sí mismo. No pretendo decir que esté en contra de la ciencia aplicada. Es sólo que no me resulta tan apasionante.

-Stanton asegura que puede convertirte en millonario.

Edward rió.

-¿Y eso cómo cambiaría mi existencia? Hago lo que quiero: me dedico a la investigación y a la enseñanza. Un millón de dólares sólo complicaría mi vida y crearía prejuicios. Estoy contento con lo que soy ahora.

-Traté de insinuarle lo mismo a Stanton -comentó Kim divertida-. Pero no hace caso. Mi primo es muy testarudo.

-Sin embargo, me parece encantador -agregó Edward-. Por supuesto que exageró acerca de mí cuando hizo ese brindis interminable. ¿Pero acerca de ti? ¿Los orígenes de tu familia se remontan a la Norteamérica del siglo diecisiete?

-Eso es verdad -aceptó Kim.

-¿Y la anécdota sobre la bruja de Salem? -preguntó Edward.

-Eso también es totalmente cierto -reconoció Kim-. Pero me incomoda hablar de ello.

-Lo siento mucho -se disculpó Edward. El tartamudeo volvió a manifestarse-. Por favor, perdóname. Sé que no debí haberlo mencionado.

Kim meneó la cabeza.

-Ahora soy yo la que se siente mal por haberte incomodado. No sé por qué me molesta ese episodio de brujería. Es probable que se deba a que mi madre lo considera como una deshonra familiar.

-¿Conoces el episodio? -preguntó Edward.

-En realidad conozco sólo los detalles superficiales -replicó Kim-. Como todo el mundo en Estados Unidos.

-Yo sé un poco más que la mayoría de la gente -comentó Edward-. Harvard University Press publicó un libro sobre el tema llamado *La posesión de Salem.* Lo leí y sentí mucha curiosidad. ¿No quieres que te lo preste?

-Me gustaría mucho -respondió Kim, sólo por cortesía.

-Lo digo en serio -señaló Edward-. Te gustará y tal vez cambie tu forma de pensar acerca del asunto. Por ejemplo, ¿sabías que tan sólo unos cuantos años después de los juicios, algunos de los jurados e incluso ciertos jueces se retractaron en público y pidieron perdón porque se dieron cuenta de que habían ejecutado a personas inocentes?

-¿En verdad? -preguntó Kim, aún tratando de ser amable.

-Pero el hecho de que ahorcaran a personas inocentes no fue en realidad lo que más me interesó -explicó Edward-. Ya sabes cómo un libro te lleva a otro. Bueno, pues leí otra obra llamada *Venenos del pasado,* que expone una teoría muy interesante, en especial para un neurocientífico como yo. Sugería que lo que realmente sucedió con algunas de las jóvenes de Salem que sufrían los ataques y eran acusadas de brujería, fue que se habían intoxicado con el cornezuelo del centeno, que proviene de un moho conocido como *Claviceps purpurea,* un hongo que crece comúnmente en los granos, en particular en el centeno.

A pesar del desinterés condicionado de Kimberly en el asunto, Edward logró captar su atención.

-¿Intoxicadas con cornezuelo? -dijo-. ¿Y qué provoca eso?

-¡Vaya, vaya! -Edward puso los ojos en blanco-. ¿Recuerdas aquella canción de los Beatles, "Lucy en el cielo de diamantes"? Bueno, pudo haber sido algo semejante, porque el cornezuelo contiene dietilamida de ácido lisérgico, que constituye el ingrediente principal de esa sustancia.

-¿Quieres decir que tal vez experimentaban alucinaciones y estados de delirio? -preguntó Kim.

-Ésa es la idea -dijo Edward-. El ergotismo causa una reacción gangrenosa que puede provocar la muerte con rapidez, o bien una reacción convulsivo, alucinógeno. En Salem existe la posibilidad de que se haya tratado de la segunda.

-¡Qué interesante! Tal vez mi madre cambiaría su forma de pensar sobre nuestra antepasado si conociera esa explicación.

-Eso es lo que considero -señaló Edward-. Sin embargo, al mismo tiempo, esto no lo explica todo. Quizá el cornezuelo fue la chispa que prendió el fuego, pero una vez que empezó, se convirtió en un verdadero incendio. La gente aprovechó la situación por razones económicas y sociales, aunque no necesariamente en el nivel consciente.

-Estoy avergonzada por no haber tenido suficiente curiosidad para leer más acerca de los juicios por brujería que ocurrieron en Salem. Sobre todo, debería sentirme mal, puesto que la propiedad de mi antepasado ejecutada todavía se encuentra en poder de nuestra familia. En realidad, debido a un conflicto de poca importancia entre mi padre y mi difunto abuelo, mi hermano y yo la heredamos apenas este año.

-¡Santo cielo! - exclamó Edward-. ¿Entonces, tu familia ha sido propietaria de esas tierras desde hace trescientos años?

-En realidad, no de todo el terreno -aclaró Kim-. La extensión original abarcaba los terrenos que en la actualidad ocupan Beverly, Danvers y Peabody, así como Salem. Incluso la parte que corresponde a Salem es sólo una sección de lo que alguna vez fue. Sin embargo, todavía es un área de terreno considerable.

-¡Es increíble! -repuso Edward-. Imagínate, puedes caminar en la tierra que pisaron tus antepasados del siglo diecisiete.

-No sólo eso -explicó Kim-, sino que puedo entrar en la casa, ya que la antigua casona todavía está en pie.

-Debes de estar bromeando -comentó cauteloso Edward-. No soy tan crédulo.

-No, lo digo en serio -continuó Kim-. No es tan extraño. Aún existen muchas casas del siglo diecisiete en el área de Salem, incluyendo aquellas que pertenecieron a otras brujas ejecutadas.

-¿En qué condiciones se encuentra la casa actualmente? -preguntó Edward.

-Creo que bastante buenas -respondió Kim-. No he estado en Salem desde que era una niña. Sin embargo, se ve muy bien para ser una casa construida en 1670. La compró Ronald Stewart. A la que ejecutaron fue a Elizabeth, su esposa.

-¿Qué piensan hacer con ella tu hermano y tú?

-Nada hasta que Brian regrese de Inglaterra, donde en la actualidad dirige la empresa naviera familiar. Se supone que vendrá a casa dentro de un año, más o menos, y será entonces cuando tomemos una decisión. Por desgracia, la propiedad es un elefante blanco, si consideramos los impuestos y los gastos de mantenimiento.

-¿Tu abuelo vivía en la casa?

-Oh, por supuesto que no. Ninguna persona ha vivido ahí en muchos años. Ronald Stewart compró una extensión gigantesca de tierra colindante con la propiedad original, construyó una casa más grande y conservó la primera para albergar a los sirvientes e inquilinos. Esa casa ha sido derruida y vuelta a edificar en innumerables ocasiones. Ahí es donde mi abuelo vivió... bueno, mejor dicho, en la que deambulaba, ya que era demasiado extensa para sus necesidades. Es una construcción enorme, con corrientes de aire que se cuelan por todas partes.

Edward reflexionó un momento y luego dijo:

-Sé que no debería preguntarte esto. Sólo di que no si te parece inapropiado.

-¿De qué se trata? -preguntó Kim, tensa. Su voz se escuchaba un poco aprehensiva.

-Me gustaría mucho ver esa vieja casona -repuso Edward.

-Siendo así me encantaría mostrártela -contestó Kim aliviada-. Tengo libre el sábado de esta semana. Si estás de acuerdo, podríamos ir ese día. Voy a pedirle las llaves a los abogados.

-El sábado es ideal para mí -contestó Edward-. Para corresponder a tu amabilidad, ¿te gustaría ir a cenar conmigo el próximo viernes por la noche?

Kim sonrió.

-Acepto. Pero, por el momento, creo que será mejor que vaya a casa a descansar. Mi turno en el hospital empieza a la siete y media de la mañana.

Se apartaron del pequeño muro de concreto y caminaron con lentitud hacia la entrada de la estación del metro.

-¿Dónde vives? -preguntó Edward.

-En Beacon Hill -respondió Kim-. Tengo un departamento fabuloso. Por desgracia, tengo que mudarme el próximo septiembre porque mi compañera va a casarse y ella es la titular del contrato de alquiler.

-También yo tengo un problema parecido al tuyo -comentó Edward-. Vivo en un departamento en el tercer piso de una casa, pero los propietarios van a tener un bebé y necesitan el espacio. De modo que tengo que mudarme antes del primero de septiembre.

Llegaron a la entrada de la estación. La joven se volvió y miró los ojos azul claro de Edward. Le agradó lo que vio. Había en ellos una profunda sensibilidad. Se estrecharon la mano por un momento. Luego, Kim dio vuelta y se dirigió apresuradamente al andén.

DOS

Sábado 16 de julio de 1994

EDWARD SE ESTACIONÓ en doble fila en la calle Beacon y corrió al vestíbulo del edificio donde vivía Kim. Después de tocar el timbre, vigiló el automóvil por si veía acercarse a alguna oficial encargada del estacionamiento. Conocía la reputación de la que éstas gozaban por una amarga experiencia.

-Siento mucho haberte hecho esperar -dijo Kim cuando apareció. Iba vestida con pantalones cortos caqui y una camiseta blanca. Se había recogido el cabello oscuro y voluminoso en una cola de caballo.

-Lamento llegar tarde -se disculpó Edward-. Tuve que pasar al laboratorio.

Se miraron fijamente durante un instante y luego dejaron escapar una carcajada.

-Somos el colmo -admitió Kim.

-No puedo evitarlo -rió Edward-. Todo el tiempo estoy disculpándome.

Subieron al Saab de Edward y enfilaron rumbo al norte, a las afueras de la ciudad. Era una mañana despejada y brillante. Kim bajó la ventana del lado del pasajero y con desenfado sacó el brazo.

-Parece que fueran unas vacaciones en miniatura.

-En especial para mí -repuso Edward-. Me averguenza reconocerlo, pero por lo general me la paso en el laboratorio.

-¿También los fines de semana? -inquirió Kim.

-Los siete días de la semana. Creo que soy un tipo aburrido.

-Yo diría más bien dedicado. También diría que eres muy amable. Las flores que me enviaste son muy hermosas.

-Oh, no es nada -dijo Edward.

Kim se dio cuenta de que él se sentía inquieto. Había retirado el cabello de la frente varias veces consecutivas.

-Pues para mí significan mucho -comentó aún ella.

Condujeron al norte por la 93 y luego dieron vuelta al este por la 128. Había poco tránsito.

-Disfruté de la cena anoche -dijo Edward.

-Yo también. Pero creo que tengo que disculparme por haber hablado tanto de mí.

-Ya te estás disculpando de nuevo -observó Edward. Kim se dio un golpecito en el muslo, como castigo fingido.

-No tengo remedio.

Edward rió con suavidad.

-Perdón; yo debería ser el primero en disculparme -mencionó Edward-. Fue mi culpa por bombardearte sin piedad con preguntas que creo que tal vez hayan rayado en lo personal.

-No lo tomé a mal -repuso Kim-. Sólo espero no haberte asustado al mencionar esos ataques de angustia que solían darme cuando estudiaba en la universidad.

Edward rió.

-A mí también me daban ataques de angustia en la universidad antes de cada examen, a pesar de que jamás tuve problemas con mis calificaciones.

-Las mías eran peores que lo que se consideraba el promedio -apuntó Kim.

-¿Alguna vez tomaste medicamentos para esos ataques?

-Xanax, durante un breve lapso -repuso Kim.

-¿No has hecho la prueba con Prozac? -preguntó Edward.

-Nunca -contestó Kim-. ¿Por qué iba a tomar Prozac?

-Ayuda a aliviar la timidez y la ansiedad -explicó Edward.

-A mí nunca me han prescrito Prozac -mencionó seria Kim-. Además, aun cuando así hubiera sido, no lo habría tornado. Las compañías farmacéuticas nos han hecho creer que existe una pastilla para cada problema.

-En lo fundamental concuerdo contigo -observó Edward-. Aunque, como neurocientífico, en la actualidad reconozco la conducta y el humor como aspectos bioquímicos y he tenido que volver a valorar mi actitud hacia las sustancias psicotrópicas puras.

-¿Cuando hablas de sustancias puras, a qué te refieres?

-A drogas que no producen efectos secundarios, o si los tienen, éstos son insignificantes.

-Todas las drogas originan efectos colaterales.

-Sí, supongo que tienes razón, pero algunos efectos secundarios tienen poca importancia y sin duda son un riesgo que puede correrse si se toman en cuenta los beneficios potenciales.

-Creo que ése es, en efecto, el punto esencial del debate filosófico -observó Kim.

-Oh, eso me recuerda -dijo Edward-. Traje los libros que prometí prestarte -buscó en el asiento posterior, tomó los dos libros y los colocó en el regazo de Kim.

-Traté de buscar a tu antepasado en el que habla sobre los juicios de Salem -comentó Edward-. Pero no encontré ninguna Elizabeth Stewart en el índice. ¿Estás segura de que la ejecutaron?

-Que yo sepa sí -contestó Kim. Echó una mirada al índice del libro *La posesión de Salem.* Abarcaba desde "Testimonios sobre los espectros" hasta "Stoughton, William". No había ningún Stewart.

Media hora después llegaron a Salem. En el camino que siguieron pasaron por la Casa de las brujas. La construcción despertó el interés de Edward y se estacionó a un lado de la carretera.

-¿Qué es ese lugar? -preguntó.

-Le dicen la Casa de las brujas -explicó Kim-. Es una de las atracciones turísticas más importantes de la zona.

-¿En realidad se trata de una casa del siglo diecisiete? -inquirió Edward-. ¿O es más bien una recreación como las que se estilan en Disneylandia?

-Es auténtica -observó Kim-. Además, resulta en verdad muy parecida a la vieja casona que estoy a punto de mostrarte en los lares de la familia Stewart. Aunque no es exactamente una casa de brujas, ya que ninguna vivió ahí. Era la residencia de Jonathan Corwin, uno de los magistrados que presidió algunas de las audiencias preliminares.

Se pusieron en marcha de nuevo y dieron vuelta a la derecha por Orne Road. Al pasar por el cementerio de Greenlawn, Kim mencionó que en alguna época ese lugar había formado parte de las tierras de los Stewart. Pidió a Edward que diera vuelta a la derecha para tomar un camino de grava. Después de pasar unas curvas llegaron a una reja impresionante de hierro forjado sujeta a un par de columnas descomunales de granito. Una cerca de hierro alta, coronada por púas afiladas, se entremezclaba con el espeso bosque a ambos lados del camino.

-¿Aquí es? -preguntó Edward.

-Sí -contestó Kim. Bajó del automóvil y con dificultad abrió el macizo candado que protegía la reja. Cuando logró quitarlo, empujó la reja. Las bisagras rechinaron en forma estridente.

Kim subió otra vez al auto y cruzaron la reja. Después de otros cuantos giros y vueltas, el camino se abrió a un campo raso cubierto de hierba, dominado por una enorme casa de piedra de varios pisos. Estaba en perfectas condiciones, con sus torrecillas, fortificaciones y almenas. Las chimeneas brotaban como la maleza, de todas partes de la estructura. Edward volvió a detenerse.

-Una combinación interesante de estilos -comentó-. En parte es un castillo medieval; pero también, es una casa solariega tipo Tudor y una residencia rural francesa. ¡Es asombroso!

-En la familia le decimos "el castillo" -explicó Kim.

-Ya veo por qué. ¿Dónde está la antigua casa?

La joven señaló a la derecha. A lo lejos, Edward sólo logró distinguir una construcción marrón oscuro, que se erguía en medio de un bosquecillo de abedules.

-¿Qué es esa edificación de piedra a la izquierda? -preguntó.

-En alguna época fue un molino -contestó Kim-. Pero lo convirtieron en establo hace doscientos años.

Edward puso el automóvil en marcha otra vez, pero se detuvo enseguida. El camino corría en forma paralela a una pared de piedra basta cubierta de maleza.

-¿Qué es esto? - preguntó mientras señalaba la pared

-Es el viejo cementerio familiar -informó Kim.

-No me digas -comentó Edward-. ¿Sería posible echarle un rápido vistazo?

-Por supuesto -respondió Kim.

Bajaron del automóvil y treparon por la pared.

-La familia usó este lote hasta mediados del siglo pasado -dijo Kim mientras recorrían el camposanto cubierto de hierba.

-¿Aquí está enterrado Ronald Stewart? -inquirió Edward.

-En efecto -Kim lo condujo ante una lápida redonda y sencilla, que tenía una calavera y unos huesos cruzados grabados en bajorrelieve. Sobre ella estaba escrito:

AQUÍ YACE RONALD STEWART
HIJO DE JOHN Y LYDIA STEWART,
FALLECIÓ A LA EDAD DE 81 AÑOS, EL 10 DE OCTUBRE DE 1734

-Ochenta y un años -observó Edward-. Para haber llegado a una edad tan avanzada debe de haber permanecido alejado de los médicos toda su vida. En aquellos tiempos, en los que se recurría tanto a las sangrías, los doctores resultaban tan mortíferos como la mayor parte de las enfermedades.

Al lado de la tumba de Ronald se encontraba la de Rebecca Stewart. La lápida la describía como la esposa de Ronald.

-Tal vez volvió a casarse -observó Kim.

-¿Elizabeth está enterrada aquí? -preguntó Edward.

-No lo sé -repuso Kim-. Nadie jamás me enseñó su tumba.

-¿Estás segura de que esta Elizabeth siquiera haya existido?

-No podría jurarlo -dijo Kim-. A ver si la encontramos. Por unos minutos, buscaron en silencio: Kim fue por un lado, Edward por el otro.

-Edward -llamó Kim.

-¿La encontraste? -preguntó.

-Bueno, casi -contestó Kim. Edward se acercó. La enfermera miraba la lápida de Jonathan Stewart, que lo describía como el hijo de Ronald y Elizabeth Stewart.

-Por lo menos sabemos que sí existió -comentó Kim.

Continuaron buscando otra media hora, pero no encontraron la tumba de Elizabeth. Por fin, se dieron por vencidos y volvieron al auto. Minutos después se detuvieron frente a la vieja mansión.

-No bromeabas cuando dijiste que parecía la Casa de las brujas -señaló Edward-. Tiene la misma chimenea central enorme, el mismo techo puntiagudo a dos aguas, los mismos cristales en forma de diamante en las ventanas. Sin embargo, los colgantes debajo de la saliente son mucho más ornamentales.

-Quien los haya querido invertidos tenía gran sentido del estilo -estuvo de acuerdo Kim.

Pasearon alrededor de la vieja edificación. En la parte de atrás, Edward notó que había una estructura más pequeña. Preguntó si tenía la misma antigüedad.

-Me parece que sí -respondió Kim-. Me dijeron que era para los animales.

Al volver a la entrada principal, Kimberly probó muchas llaves antes de encontrar la que abría la puerta. La empujó y pasaron a un pequeño recibidor. Exactamente frente a ellos se alzaba un tramo de escaleras que daban vuelta hacia arriba y se perdían de vista. A ambos lados había puertas. La de la derecha daba a la cocina y la de la izquierda a la sala.

-Vamos a ver la sala -sugirió Edward.

Una enorme chimenea dominaba la habitación. Edward se acercó a ella y se asomó por el tiro.

-Al parecer, todavía funciona -señaló y enseguida miró la pared arriba de la repisa de la chimenea. Retrocedió unos pasos y volvió a observarla-. ¿Distingues ese rectángulo apenas perccptible? -preguntó él.

Kim se acercó a Edward y miró con atención la pared.

-Sí, lo veo -expresó-. Parece como si hubiera estado colgada una pintura en ese lugar.

-Es lo mismo que yo pensé -comentó Edward.

Salieron de la sala y subieron las escaleras. En la planta superior había un pequeño estudio construido sobre el recibidor principal. Sobre la sala y la cocina estaban las habitaciones, cada una con su propia chimenea. Los únicos muebles que había eran unas cuantas camas y una rueca.

Al volver al piso principal, el tamaño de la chimenea en la cocina impresionó lo mismo a Kim que a Edward. Él calculó que medía tres metros de ancho. A la izquierda estaba la pértiga para el fogón y a la derecha un horno en forma de colmena.

-¿Te imaginas cocinar aquí? -preguntó Edward.

-Ni en un millón de años -repuso Kim-. Ya tengo suficientes problemas con las cocinas modernas.

Cruzaron una puerta que daba a la parte de los cobertizos de la casa. A Edward le sorprendió mucho descubrir otra cocina.

-Creo que usaban ésta durante el verano -explicó Kím-. Así no tenían que prender esa enorme chimenea cuando el tiempo era más cálido.

-Tienes razón -comentó Edward.

Al volver a la parte principal de la casa, Edward se detuvo en medio de la cocina, mordiéndose el labio inferior. Kim lo observó.

-¿Qué estás pensando? -preguntó.

-¿Alguna vez has pensado en vivir aquí?

-No. Sería como ir de campamento.

-No quise decir que en las condiciones en que se encuentra actualmente -aclaró Edward-. Pero tal vez no se necesite mucho para arreglarla.

-¿Te refieres a renovarla? -inquirió Kim-. Sería una verdadera lástima destruir su valor histórico.

-Pero no sería necesario hacerlo. Podrías construir una cocina y un baño modernos en la parte de los cobertizos, que de todos modos es un anexo.

Recorrieron de nuevo la vieja casona con la idea de convertirla en un lugar habitable. Edward se mostraba entusiasta y a Kim empezó a agradarle la idea.

-Suena fascinante -manifestó ella-. Pero tendría que proponérselo a mi hermano. Después de todo, somos copropietarios.

Regresaron a la cocina principal por tercera ocasión.

-¿Dónde guardarían sus alimentos? -preguntó Edward.

-Supongo que en el sótano -respondió Kim.

-No creo que haya ningún sótano. Busqué la entrada cuando recorrimos la casa, pero no la vi.

Kim rodeó una mesa grande de caballete y apartó una estera desgastada de fibra de cáñamo.

-Hay un acceso a través de esta trampa -observó. Pasó el dedo por un agujero en el piso y abrió la puerta. Una escalera se hundía en la oscuridad. Edward se agachó y trató de echar un vistazo al sótano, pero sólo logró distinguir un área pequeña.

-Tengo una pequeña linterna en el automóvil -comentó-. Voy corriendo a buscarla.

Cuando Edward regresó con la linterna, bajaron la escalera. El sótano era pequeño. Abarcaba sólo el área que se encontraba debajo de la cocina. Las paredes eran de piedra lisa sin tallar; el piso, de tierra. Varios cubos estaban apoyados contra la pared del fondo. Edward se acercó y alumbró varios de ellos.

-Tenías razón -comentó-. Aquí es donde guardaban los alimentos -se inclinó para mirar dentro de uno de los cubos y raspó algo de tierra apisonada. La palpó entre los dedos.

-La tierra está húmeda -diio-. No soy botánico, pero apostaría que es ideal para cultivar *Claviceps purpurea.*

Kim sintió curiosidad y preguntó si podía comprobarlo.

Edward se encogió de hombros.

-Es probable -respondió-. Eso dependería de si lográramos encontrar esporas de *Claviceps.* Si tomamos unas muestras, le pediré a un amigo, que es botánico, que las examine.

-Estoy segura de que encontraremos algunos recipientes en el castillo -comentó Kim.

Salieron de la vieja casa y se dirigieron al castillo. Puesto que era un día muy hermoso, decidieron ir a pie.

-Se ve agua que serpentea entre los árboles -observó Edward.

-Es el río Danvers -explicó Kim-. En alguna época este campo llegaba hasta la orilla del agua.

Mientras más cerca estaban del castillo, más admiraba a Edward la edificación.

-Este lugar es mucho más grande de lo que había imaginado -dijo-. ¡Caramba! Hasta tiene un foso simulado.

-Alguna vez me contaron que para construirlo se inspiraron en Chambord, Francia -explicó Kim-. Tiene forma de herradura; las habitaciones para huéspedes se encuentran en una de las alas, y las de los sirvientes en la otra.

Cruzaron el puente levadizo sobre el foso seco. Mientras Edward seguía admirando los detalles góticos de la entrada, Kim batallaba con las llaves. El llavero tenía más de una docena. Por fin, una de ellas abrió la puerta.

Pasaron por un recibidor cuyas paredes estaban recubiertas con paneles de roble y llegaron hasta una habitación monumental cuyo techo tenía la altura de dos pisos y chimeneas góticas en ambos extremos. Entre las ventanas de la pared del fondo, que eran del tamaño de las de una catedral, se alzaba una magnífica escalinata. Un rosetón de vidrio emplomado en la cabecera de la escalinata iluminaba la habitación con una luz amarillo claro. Edward dejó escapar una exclamación entre asombro y risa.

-¡Es increíble! -dijo-. Todavía está amueblada.

-Todo está intacto -comentó Kim.

-¿Cuándo murió tu abuelo? -preguntó Edward-. El estilo de la decoración parece como si alguien hubiera salido de largas vacaciones en los años veinte.

-Murió apenas la primavera pasada -explicó Kim-. Pero era un excéntrico, en especial después de que falleció su esposa hace cuarenta años. Dudo mucho que haya modificado algo en esta casa desde que sus padres la ocuparon.

Edward deambuló por la habitación, mientras la mirada divagaba entre la profusión de muebles, pinturas con marcos de hoja de oro y objetos decorativos. Incluso había una armadura medieval completa. Se acercó a un ventanal y palpó la tela de la cortina.

-Nunca había visto tantos cortinajes en toda mi vida -observó-. Debe haber más de un kilómetro de esta tela.

-Es muy antigua -dijo Kim-. Es damasco de seda.

Desde la gran habitación, Edward caminó con lentitud hasta el comedor formal. Al igual que ésta, el techo era de dos pisos de altura y tenía una chimenea gótica en cada extremo. Muchas banderas heráldicas pendían de sus astas, que se proyectaban de las paredes.

-Este lugar tal vez tenga tanto interés histórico como la vieja casa -comentó Edward-. Es como un museo.

-El interés histórico se basa en la cava y en el ático -añadió Kim-. Los dos están llenos de cartas y documentos.

-Vamos a echar un vistazo -sugirió Edward.

Subieron varios tramos de escalones hasta llegar al desván, que era enorme, puesto que ocupaba toda el área en forma de herradura del plano de la casa. El techo era como el de una catedral, en concordancia con la línea del tejado, y la luz que se filtraba a través de sus múltiples ventanillas lo iluminaba razonablemente.

Kim y Edward pasearon por el corredor central. A ambos lados había archiveros, cómodas, baúles y cajas con objetos de interés.

-De seguro hay suficiente material dentro de todo esto como para llenar varios furgones de ferrocarril -observó Edward-. ¿Hasta qué tiempo se remonta?

-Hasta la época de Ronald Stewart -contestó Kim-. Él fue quien inició la compañía. La mayor parte de estos documentos se relacionan con la empresa, pero también hay correspondencia personal. Mi hermano y yo solíamos escabullirnos aquí arriba cuando éramos niños para ver quién encontraba las fechas más antiguas.

-¿Hay una cantidad igual en la cava?

-Igual o mayor -comentó Kim-. Ven, te la enseñaré.

Volvieron sobre sus pasos hasta el comedor. Abrieron una pesada puerta de roble con bisagras enormes de hierro forjado y bajaron a la cava por una escalera de granito. Parecía un calabozo medieval. Las paredes eran de piedra, las lámparas empotradas semejaban antorchas y los anaqueles de vinos estaban construidos alrededor de las paredes de cuartos individuales que podrían haber hecho las veces de celdas. Cada habitación tenía una puerta de hierro.

-Alguien tenía sentido del humor -señaló Edward-. Lo único que le falta a este lugar son los instrumentos de tortura.

-A mi hermano y a mí no nos parecía gracioso. Mi abuelo no tenía que advertirnos que no bajáramos. Nos aterrorizaba.

-¿Y todos estos baúles, muebles y cajas están llenos de documentos? -preguntó Edward mientras recorrían asombrados el largo pasillo central-. ¿Lo mismo sucede con el ático?

-Hasta el último de ellos -respondió Kim.

Edward empujó luego una puerta que daba a uno de los cuartos que parecían celdas. Entró. La mayor parte de los anaqueles de vino estaba vacía, mientras que las cómodas y los baúles se apretaban contra ellos. Tomó una de las pocas botellas.

-¡Ésta es cosecha 1896! -exclamó-. Podría ser valiosa.

Kim emitió una risita con sorna.

-Sinceramente lo dudo.

Edward colocó en su lugar la botella polvorienta y abrió uno de los cajones de una cómoda. Al azar, tomó una hoja de papel. Era un documento aduanal que databa del siglo diecinueve. Sacó otro. Éste era un conocimiento de embarque del siglo dieciocho.

-Me parece que no hay mucho orden aquí -observó.

-No están guardados en orden. Cada vez que reconstruyeron la casa, lo que sucedió con frecuencia hasta esta monstruosidad, los papeles se reubicaban y luego se devolvían a su lugar. A lo largo de los siglos, se han revuelto por completo.

Edward Armstrong se internó en la desordenada cava. Se asomó a la última celda y encendió su linterna. El haz recorrió los baúles, las cómodas y todas las cajas hasta que se detuvo en un viejo óleo que estaba apoyado en la pared. Con cierta dificultad, el hombre se abrió paso hasta la pintura. Parecía ser de una mujer joven. Con la yema del dedo limpió el polvo de una pequeña placa de peltre en la base de la pintura y la alumbró con la linterna. Tomó el cuadro y se lo llevó a Kim.

-Quiero que veas esto -dijo mientras apoyaba la pintura en una cómoda e iluminaba la placa con la linterna. Kim siguió el haz de luz y leyó el nombre.

-¡Santo cielo! -exclamó-. ¡Es Elizabeth!

Emocionados y felices por el descubrimiento, Kim y Edward llevaron la pintura hasta el gran salón, donde había más luz. Luego la apoyaron en la pared y retrocedieron para verla.

-Lo que es verdaderamente extraordinario es que se parece mucho a ti -apuntó Edward-. En especial con esos ojos verdes.

Kimberly Stewart quedó petrificada por el rostro de su antepasada de infausta memoria.

-El cabello es parecido, incluso la forma de la cara -dijo Kim.

-Podrían ser hermanas -coincidió Edward-. No hay duda de que es un retrato muy bello. ¿Por qué estaría oculto en la cava?

-Es extraño -comentó Kim-. El abuelo debe de haber conocido su existencia y no le habría importado herir la susceptibilidad de mi madre. Él y ella nunca se llevaron bien.

-El tamaño del óleo es muy similar al del contorno que notamos encima de la chimenea en la casa vieja -dijo Edward-. Sólo por divertirnos, ¿por qué no la llevamos allá y probamos? -alzó la pintura, pero antes de que diera el primer paso, Kim le recordó los recipientes que habían ido a buscar. Edward bajó el cuadro y fueron a la cocina, donde encontraron tres envases de plástico.

Fueron a recoger la pintura y se encaminaron a la casa vieja.

-Tengo una sensación extraña, aunque buena, por haber descubierto esa pintura -comentó Kim mientras caminaban-. Es como encontrar de pronto a un pariente a quien se daba por perdido desde hace mucho tiempo.

-¡Qué extraordinaria casualidad! -exclamó Edward-. En especial porque ella es la razón por la que estamos en este lugar.

-Esto es más que una casualidad. Debe tener algún significado.

Llegaron a la casa vieja. Cuando Edward alzó el cuadro y lo colocó sobre el contorno encima de la chimenea, el tamaño coincidió a la perfección. Dejó la pintura sobre la repisa de la chimenea, tomó los recipientes de plástico que Kim llevaba y le dijo que iba al sótano a tomar algunas muestras de tierra.

Kim no respondió. Se quedó como hipnotizada frente al retrato de Elizabeth, absorta en sus pensamientos.

TRES

Lunes 18 de julio de 1994

PARA LOS NO INICIADOS, el laboratorio de Edward Armstrong en el Complejo Médico de Harvard, en la avenida Longfellow, daba la apariencia de ser un manicomio en el que gente vestida con bata blanca corría de aquí para allá entre un conjunto futurista de equipo de alta tecnología. Pero, para aquellos que sí lo sabían, era un hecho conocido que ahí se trabajaba en proyectos científicos de muy alto nivel. Debido a la fama de Edward como químico especializado en síntesis y su importancia como neurocientífico, el mejor y más brillante personal y estudiantes atestaban la hilera de cubículos, a los que se llamaba de cariño el Feudo de Armstrong. Otros profesores decían que Edward era muy estoico. No sólo tenía el conjunto más grande de estudiantes graduados, sino que insistía en dar clases de química en el nivel de licenciatura, incluso durante el verano. Era el único catedrático titular que lo hacía. De acuerdo con las explicaciones que daba, se sentía con la obligación de estimular a los jóvenes.

Al entrar en sus dominios por una de las puertas laterales del laboratorio, Edward se vio rodeado de inmediato por una multitud de estudiantes de posgrado que trabajaba en algún aspecto de la meta global de Edward de llegar a descifrar los mecanismos de corto y largo plazo de la memoria. Contestó de manera entrecortada y luego se dirigió dando zancadas a su escritorio. No tenía una oficina privada, ya que era un concepto que consideraba desdeñosamente como un desperdicio frívolo de espacio. Se conformaba con un rincón para trabajar en el que tuviera una computadora y un archivero.

Estaba acompañado de su más cercana asistente, Eleanor Youngman, que ostentaba el grado de doctorado y había trabajado con él desde hacía cuatro años.

-Tienes visita -anunció Eleanor.

-No tengo tiempo para visitas -replicó él.

-Creo que a esta persona vas a tener que atenderla -dijo Eleanor al tiempo que esbozaba una cálida sonrisa que indicaba que estaba a punto de soltar una carcajada.

Eleanor era una rubia inteligente y llena de vida, originaria de Oxnard, California, que más bien daba la impresión de pertenecer a un equipo de *surf*. En vez de ello, se había ganado el título de doctora en bioquímica de la Universidad de Berkeley, a la tierna edad de veintitrés años. Edward consideraba que su inteligencia y compromiso con el trabajo eran invaluables. A su vez, ella adoraba a Edward; estaba convencida de que él iba a realizar el siguiente salto cuántico en la comprensión de los neurotransmisores y la función que éstos desempeñaban en las emociones y la memoria.

-¿Quién diantres es? -preguntó Edward.

-Stanton Lewis -informó Eleanor-. Me mata de risa cada vez que viene. Esta vez quiere que invierta en una nueva revista de química llamada Bonding, con la molécula en la página desplegable del mes. Nunca sé cuándo habla en serio.

-No habla en serio -le advirtió Edward-. Sólo coquetea contigo -echó un vistazo a su correspondencia-. ¿Hay algún problema en el laboratorio?

-Temo que sí -repuso Eleanor-. El nuevo sistema que estamos usando para la cromatografía capilar electroquinética micelar está causando conflictos otra vez. ¿Quieres que llame al técnico?

-No, voy a darle un vistazo -respondió él-. Dile a Stanton que pase. Me ocuparé de los dos problemas al mismo tiempo.

Edward sujetó su dosímetro de radiación a la solapa de su bata blanca de laboratorio y se dirigió luego a la Unidad de cromatografía. Empezó a jugar con la computadora que hacía funcionar la máquina. Definitivamente algo andaba mal. La máquina volvía una y otra vez a su configuración original de instalación. Absorto en lo que hacía, no se dio cuenta de la presencia de Stanton sino hasta que éste le dio una palmada en la espalda.

-Hola, amigo -saludó Stanton-. Te tengo una sorpresa -le entregó a Edward un elegante folleto.

-¿Qué es esto? -inquirió Edward al tomarlo.

-Es lo que has estado esperando: el prospecto de Genetrix.

Edward rió y meneó la cabeza.

-Eres el colmo -apartó el folleto y dirigió de nuevo su atención a la computadora.

-Y dime, ¿cómo te fue en tu cita con la enfermera Kim? -preguntó en forma pícara Stanton.

-Fue un verdadero gusto conocer a tu adorable prima -contestó Edward-. Es fabulosa.

-¿Durmieron juntos? -inquirió Stanton.

Edward dio media vuelta.

-No me parece en lo absoluto que sea una pregunta apropiada.

-¡Dios mío! -exclamó Stanton mientras esbozaba una sonrisa de oreja a oreja-. ¡Qué susceptible estás hoy! Lo que traducido significa que ustedes dos congeniaron y eso quiere decir que estás en deuda conmigo. El precio, mi querido amigo, es que tienes que leer este folleto -Stanton lo levantó de donde Edward lo había arrojado irreverentemente y se lo entregó de nuevo.

Edward sonrió.

-De acuerdo, leeré el maldito folleto.

-Bien. Debes conocer la compañía, porque estoy en posición de ofrecerte setenta y cinco mil dólares al año, además de un plan para la compra de acciones a fin de que formes parte del consejo de administración.

-No tengo tiempo para asistir a esas juntas endemoniadas.

-¿Quién te está pidiendo que asistas a juntas? Sólo quiero tu nombre en la oferta pública inicial -señaló la máquina en la que Edward trabajaba-. ¿Qué demonios es eso?

-Es una Unidad de electroforesia capilar -explicó Edward-. Se utiliza para separar e identificar compuestos.

Stanton rozó con los dedos el plástico moldeado de la unidad.

-¿Y funciona?

-Por lo general, funciona de maravilla. Sin embargo, en este momento, algo anda mal.

Edward levantó la tapa de la máquina y se asomó para ver los carruseles. Una de las redomas con muestras obstaculizaba el movimiento del carrusel.

-¡Pero que sorpresa tan agradable! -exclamó Edward-. Es ésta la emoción que siempre causa el diagnóstico positivo de la solución de un problema -ajustó la redoma. El carrusel avanzó de inmediato y Edward cerró la tapa.

-De modo que puedo contar con que vas a leer el folleto -dijo Stanton-. Y piensa en la oferta.

-Recibir dinero por nada me molesta -puntualizó Edward.

-¿Por qué? Las estrellas del deporte firman muy seguido contratos millonarios con fabricantes de tenis, ¿por qué los científicos no pueden hacer el equivalente?

-Lo pensaré -ofteció Edward.

-Es todo lo que pido -repuso Stanton y se encaminó a la puerta-. Te lo advierto, voy a hacer que ganes dinero.

Ya que su mañana estaba interrumpida, después de que Stanton se fue, Edward condujo al campus principal de Harvard. En los laboratorios de biología preguntó cómo llegar a la oficina de Kevin Scranton. Encontró a su barbado amigo muy atareado a su escritorio. Edward colocó los tres envases de plástico que él y Kim habían traído de Salem en la esquina del escritorio de Kevin.

-Quiero que me digas si puedes descubrir en esto *Claviceps purpurea* -pidió Edward.

Kevin alzó uno de los recipientes y abrió la lata.

-¿Puedes decirme por qué? -preguntó.

-Ni te lo imaginas -dijo Edward. Entonces le contó a Kevin cómo había obtenido esas muestras y los antecedentes relativos a los juicios de brujería en Salem. No mencionó a la familia Stewart, al pensar que debía esta consideración a Kim.

-Fascinante -comentó Kevin-. ¿Para cuándo necesitas todos los resultados?

-En cuanto sea posible -respondió Edward.

-No olvides que el examen de ADN tarda un poco -explicó Kevin-. Probablemente haya de tres a cinco mil especies en cada muestra. Además, el método definitivo consistiría en ver si podemos cultivar algunos *Claviceps.* Voy a intentarlo.

Edward se puso de pie.

-Te agradeceré todo lo que puedas hacer.

KIM SE TOMÓ UN MINUTO para recobrar la calma y alzó la mano enguantada para retirar de la frente el cabello con el antebrazo desnudo. Había sido un día típico de mucho trabajo en la Unidad de terapia intensiva quirúrgica. Estaba exhausta y ansiosa por salir lo más pronto posible. Por desgracia, su momento de tranquilidad fue interrumpido. Kinnard Monihan entró en la unidad con un paciente grave. Kimberly y las otras enfermeras de la unidad de terapia intensiva del quirófano ayudaron a instalar al enfermo que apenas había sido admitido.

Mientras trabajaban , Kim y Kinnard evitaron mirarse de frente, pero ella estaba plenamente consciente de la presencia del hombre. Kinnard era un individuo alto, nervudo, de veintiocho años, que tenía facciones angulares muy aguzadas. Era muy ágil y liviano, más como un boxeador en un entrenamiento que un médico en medio de una sala de operaciones.

Una vez que instalaron al paciente, Kim se encaminó al mostrador central. Sintió una mano que la tomaba del brazo y se volvió para mirar los ojos oscuros e intensos de Kinnard.

-No estarás enojada todavía, ¿verdad? -preguntó.

-Te advertí que las cosas serían diferentes si insistías en ir de pesca cuando teníamos planeado ir a Martha's Vineyard.

-Jamás hicimos planes definitivos tú y yo para ir allá -replicó Kinnard-. Y yo no esperaba la invitación del doctor Markey para unirme a su excursión de pesca.

-Si no lo planeamos -dijo Kim-, ¿por qué hice los arreglos pertinentes para tomar el día libre?

-Escucha bien-explicó Kinnard-, para mí era muy importante ir. El doctor Markey es el segundo hombre más poderoso en el departamento.

-Perfecto -contestó Kim y reanudó su camino al mostrador central. Kinnard la detuvo una vez más.

-Siento mucho que estés enojada conmigo -dijo Kinnard-. Hablaremos con más calma de este asunto el sábado. No tengo turno. Tal vez podríamos cenar.

-Ya hice planes para el sábado -repuso Kim. No era verdad y sintió que el estómago se tensaba. Detestaba las confrontaciones.

Kinnard se quedó boquiabierto.

-Oh, comprendo -dijo y entrecerró los ojos-. Éste es un juego que los dos podemos jugar. Hay alguien con quien he pensado en salir. Ésta es mi oportunidad.

-¿Quién? -preguntó Kim. En el instante en que pronunció las palabras, se arrepintió.

Kinnard esbozó una sonrisa maliciosa y se alejó.

Preocupada de perder la compostura, Kim se refugió en la soledad de la bodega. Después de unos cuantos suspiros profundos, se sintió más en control de sí misma. Estaba a punto de volver a la unidad cuando la puerta se abrió y Marsha Kingsley, su compañera de cuarto y colega en la Unidad de terapia intensiva, entró.

-Por casualidad escuché el encuentro que tuviste con Kinnard Monihan -comentó Marsha. Era una mujer pequeña y llena de vida, con una mata espesa de cabello rojizo, que llevaba recogido en un moño mientras trabajaba.

La súbita presencia de Marsha desarmó por completo a Kim y rompió a llorar. Marsha le pasó un pañuelo desechable.

-Es un idiota -opinó Marsha. Conocía la historia de la relación de Kim con Kinnard mejor que nadie.

-Ni siquiera se disculpó -dijo Kim, limpiándose los ojos-. No sé qué hice mal. Pensé que teníamos una buena relación.

-No hiciste nada malo -dijo Marsha-. Es su problema. Es demasiado egoísta. Mira la comparación entre él y Edward, que te ha estado enviando flores todos los días.

-No necesito recibir flores todos los días -protestó Kim.

-Por supuesto que no -repuso Marsha-. Es la intención lo que cuenta. Kinnard jamás se preocupa por tus sentimientos. Mereces algo mejor.

-No sé si eso es verdad -Kim se sonó la nariz-. Pero puedes estar segura de una cosa. Voy a hacer cambios en mi vida. Pienso arreglar la casa vieja de Salem que heredé con mi hermano.

-Es una idea genial -contestó Marsha-. Necesitas un cambio de escenario, en especial porque Kinnard vive en Beacon Hill.

-Ésa es mi idea -agregó Kim-. Voy a ir a Salem cuando salga de trabajar. ¿Te gustaría venir? Me encantaría que me acompañaras. Tal vez podrías darme algunas ideas acerca de qué hacer para arreglar ese lugar.

-Vamos a dejarlo para otra ocasión -pidió Marsha-. Tengo que ver a unas personas en el departamento.

Cuando salió de trabajar, Kimberly subió a su automóvil y salió de la ciudad. Su primera parada fue su hogar de la infancia, ubicado en Marblehead Neck.

-¿Hay alguien en casa? -llamó al entrar en el vestíbulo de la residencia estilo *château* francés.

-Estoy en el solárium, querida.

Kim recorrió el largo pasillo central y entró en la habitación en que su madre pasaba la mayor parte del tiempo. El cuarto tenía grandes ventanales en tres lados y daba al sur, sobre la terraza del jardín. Al este, ofrecía una maravillosa vista del océano.

-Todavía traes puesto el uniforme -observó Joyce. Su tono era de desaprobación, como sólo una hija puede detectar en la voz de su madre-. Espero que no hayas traído ningún germen del hospital. Lo único que me falta es enfermarme.

-No trabajo con enfermedades infecciosas -explicó Kim-. En donde estoy probablemente hay menos bacterias que aquí.

-No digas eso -espetó joyce.

Las dos mujeres no se parecían en nada. Kim tendía más a ser como su padre en términos de la estructura facial y el cabello. El rostro de Joyce era ancho, tenía los ojos hundidos y la nariz

ligeramente aguileña. El cabello, en alguna época castaño, estaba canoso en su mayor parte. Tenía la piel pálida como el mármol blanco, a pesar de que ya casi era pleno verano.

-Veo que todavía estás en bata -observó Kim. Se sentó en el sofá frente al sillón de su madre.

-No tengo ninguna razón para arreglarme -repuso Joyce.

-Eso significa que papá no está aquí -contestó Kim.

-Tu padre salió anoche en un corto viaje de negocios a Londres -comentó Joyce-. Volverá el jueves.

-¿Grace Traters lo acompañó? -preguntó Kim. Grace era la asistente personal del padre de Kim, en una larga hilera de asistentes personales.

-Por supuesto que Grace fue -repuso enojada Joyce-. John no es capaz de atarse los zapatos sin Grace.

-Si te molesta, ¿por qué lo toleras, madre?

-No tengo nada que opinar del asunto -dijo Joyce.

Kim sintió lástima por su madre debido a lo que tenía que soportar, pero también enojo contra ella por hacerse la víctima. Su padre siempre había tenido aventuras. La situación venía desde que Kim tenía memoria. Para cambiar el tema de la conversación, la joven preguntó por Elizabeth Stewart.

En ese momento los lentes para leer de Joyce cayeron de la punta de la nariz y se balancearon en el pecho pendientes de una cadena que llevaba al cuello.

-¿Cómo se te ocurre preguntar por ella? -inquirió.

-Encontré su retrato en la cava del abuelo -explicó Kim-. Me sorprendió mucho, sobre todo porque parece que tengo el mismo color de ojos. ¿De verdad la ahorcaron por brujería?

-Preferiría no hablar del asunto -repuso Joyce.

-Oh, madre, ¿por qué no? -preguntó Kim.

-Simplemente porque es un tema prohibido -contestó Joyce.

-¿Cómo puede ser tabú después de tantos años?

-No es algo de lo que nos sintamos orgullosos. Así que vamos a dejar el tema.

-He tomado la decisión de arreglar la casa vieja y vivir en ella -informó Kim.

-Convertirla en un sitio habitable implica un trabajo enorme -comentó Joyce-. Si insistes deberías hablar con George Harris y con Mark Stevens, el contratista y arquitecto que acaban de terminar la renovación de esta casa. Su oficina está en Salem. Además, deberías conversar con tu hermano Brian. Llámalo desde aquí mientras voy por el número de teléfono del arquitecto.

Joyce se levantó del sillón y se fue. Kim sonrió mientras tomaba el teléfono y lo colocaba en su regazo. Su madre la asombraba. En un minuto era el epítome de la inmovilidad absorta en si misma, y al siguiente estaba convertida en un torbellino de actividad. Intuitivamente, Kim sabía en qué radicaba el problema: su madre no tenía suficientes cosas qué hacer.

Kim miró el reloj mientras realizaba la llamada y trató de calcular qué hora sería en Londres. No es que importara mucho, ya que su hermano era insomne; acostumbraba trabajar por las noches y dormía a ratos durante el día, como una criatura nocturna.

Brian contestó a la primera llamada. Después de intercambiar saludos, Kim le describió su idea. La respuesta de Brian fue positiva. Él también pensaba que iba a ser mucho mejor que alguien viviera en la propiedad. La única pregunta que hizo fue respecto al castillo y los muebles que ahí había.

-No voy a tocar ese lugar -respondió Kim-. Eso lo veremos cuando regreses.

-Me parece bien -repuso.

Mientras Kim se despedía de Brian, Joyce reapareció y sin decir una palabra le entregó un trozo de papel con un número de teléfono. En cuanto Kim colgó, Joyce le pidió que marcara el número.

-¿Por quién pregunto? -inquirió Kim mientras marcaba.

-Por Mark Stevens -dijo Joyce-. Está esperando tu llamada.

Le hablé por la otra línea.

La joven resintió un poco la interferencia de su madre, pero no comentó nada. Sabía que Joyce sólo trataba de ayudarla.

La conversación con Mark Stevens fue breve. Ya que estaba enterado por Joyce de que Kim estaba en la zona, sugirió que se reunieran en el conjunto residencial en media hora. Kim aceptó.

CUANDO KIM se detuvo frente a la reja de la propiedad familiar, un Ford Bronco estaba estacionado en la orilla de la carretera. Cuando bajó del automóvil, dos hombres lo hicieron del Bronco. Uno era robusto y fornido, el otro rayaba en obeso. El hombre corpulento se presentó como Mark Stevens y el fornido era George Harris. Kim estrechó la mano de ambos, abrió la reja y volvió a su automóvil. Detrás de ella, condujeron hasta la vieja casa.

-Es fabulosa -exclamó Mark, fascinado con la edificación.

Lo primero que hicieron fue caminar por los alrededores. Kim explicó la idea que tenía acerca de construir una cocina y un baño nuevos en la parte de los cobertizos para dejar intacta la sección principal del castillo. Después de recorrer los exteriores, entraron. Kim les mostró entonces toda la casa, incluso el sótano. Los dos hombres estaban impresionados.

-Es una estructura muy bien construida -comentó entusiasmado Mark-. Será una casita fantástica.

-¿Es posible llevar a cabo todas las obras de renovación sin dañar el aspecto histórico del lugar? -preguntó Kim.

-Por supuesto -aseguró Mark-. Podemos ocultar todos los ductos, tubería e instalación eléctrica en el cobertizo y en el sótano. No los verá.

-Excavaremos una zanja y canalizaremos los servicios debajo de los cimientos existentes, para que no tengamos que modificarlos -explicó George-. Lo único que recomendaría es colocar un piso de concreto en el sótano.

-¿Será posible terminar las obras antes del primero de septiembre? -preguntó Kim.

George asintió y dijo que eso no sería ningún problema.

-Tengo una sugerencia -mencionó Mark-. El baño principal estará mejor situado en el cobertizo. Pero también podríamos construir un medio baño en la planta alta, entre los dos dormitorios. Sería muy práctico.

-Me gusta la idea -repuso Kim-. ¿Cuándo empiezan?

-Iniciaremos de inmediato bajo un acuerdo verbal y prepararemos luego un contrato que firmaremos en su momento -dijo Mark-. Tomaremos las medidas hoy mismo.

-De acuerdo -aceptó Kim y les estrechó la mano.

-¿Y la reja? -preguntó George.

-Si van a empezar enseguida, entonces vamos a dejarla sin cerrar -comentó Kim. Informó a Mark y a George que estaría en la casa principal por si la necesitaban. Después salió de la casa vieja, subió a su automóvil y condujo hacia el castillo. Decidió pasar un rato examinando los viejos documentos que había en la cava. Cruzó el comedor y abrió la pesada puerta de roble. Cuando bajaba por los escalones de granito, la puerta se cerró con un golpe sordo detrás de ella. Se detuvo de inmediato. Era muy distinto estar ahí sola que con Edward. Alzó la mirada hacia la puerta, con el temor de no poder abrirla y quedar atrapada en el sótano.

-Pero qué tonta eres -dijo Kim en voz alta. Sin embargo, no podía evitar la sensación de inquietud que la embargaba. Por fin, subió las escaleras y se apoyó en la puerta. Como era de esperarse, ésta se abrió. Ella dejó que se cerrara de nuevo.

Se reprendió por su imaginación excesivamente activa y, dando zancadas llegó a la cava. Entró en una celda y empezó a registrar un archivero. No tardó mucho tiempo en comprender lo dificil que iba a ser la tarea que se había propuesto. Estaba revisando un archivero atiborrado de papeles. Cada cajón estaba repleto y tuvo que revisar documento tras documento. Muchos de los papeles estaban escritos a mano, y algunos eran difíciles de descifrar. En otros era imposible encontrar una fecha. La mayor parte databa de finales del siglo dieciocho. Empezó a abrir cajones al azar, en busca de algo más antiguo. En el primer cajón de una cómoda, cerca de la puerta de la celda, hizo su primer hallazgo.

Lo que captó su atención en un principio fueron unos cuantos conocimientos de embarque del siglo diecisiete. Después encontró un paquete de esos documentos atados con una cinta. Aunque eran manuscritos, la caligrafía era elegante y clara y todos estaban fechados. Se referían en su gran mayoría a envíos de pieles, madera, ron y azúcar. En medio del paquete había un sobre dirigido a

Ronald Stewart. La escritura era diferente, se veía torpe y errática. Kim sacó la carta y la desdobló. Estaba fechada el "21 de junio de 1679".

> Señor:
>
> Han pasado varios días desde que recibí su misiva. He analizado con la familia su deseo de contraer nupcias con nuestra hija Elizabeth, que es una muchacha con gran vitalidad. Si es la voluntad de Dios, recibirá su mano en matrimonio, con la condición de que me provea de trabajo y me ayude a mudarme con mi familia a la ciudad de Salem. La amenaza de los asaltos de los indios aquí en Andover nos causa mucha intranquilidad.
>
> Su humilde servidor,
> James Flanagan

Kim volvió a guardar la carta en el sobre. Estaba indignada. No se consideraba feminista; sin embargo, esta carta la ofendía. Elizabeth había sido sólo una mercancía para negociar. La compasión que sentía por su antepasado, que iba cada vez en aumento, alcanzó su máxima expresión.

La joven enfermera puso la carta encima de la cómoda y empezó a buscar con mayor atención en el cajón. Olvidándose del tiempo, revisó cada hoja de papel, pero no encontró más cartas. Sin darse por vencida, empezó a registrar el segundo cajón. Fue entonces que oyó el sonido inconfundible de unas pisadas arriba de ella.

Kim se quedó inmóvil. El temor vago que había experimentado al empezar a bajar a la cava volvió a invadirla con más fuerza. Sólo que ahora estaba alimentado por algo más que la atmósfera espeluznante de la casa enorme y vacía. Se agravaba por la culpa de haberse inmiscuido en un pasado turbulento. Mientras las pisadas recorrían el piso superior, se imaginó que se trataba de su difunto abuelo que venía a cobrar venganza por su intento insolente de poner al descubierto secretos familiares largamente guardados. El sonido de las pisadas empezó a perderse y luego se mezcló con los rechinidos y crujidos de la casa. Caminó sin hacer ruido hasta la puerta de la celda y miró a hurtadillas los escalones de granito. En ese momento, oyó que la puerta de la cava crujía al abrirse. Paralizada por el miedo, observó impotente que un hombre con zapatos y pantalones negros bajaba en forma inexorable los peldaños. A medio camino se detuvo. Entonces, una silueta se inclinó y apareció a contraluz un rostro sin facciones.

-¿Kim? -llamó Edward-. ¿Estás aquí abajo?

Suspiró apoyada en la pared de la celda para sostenerse, puesto que le temblaban las piernas, le gritó a Edward. En unos instantes, el voluminoso cuerpo llenó la entrada.

-Me asustaste -dijo Kim de la manera más calmada y cordial que pudo-. ¿Qué haces aquí? No tenía idea de que ibas a venir.

-Llamé a tu departamento. Marsha me dijo que estabas aquí con la idea de reparar la vieja casa. Sin pensarlo un momento, decidí venir. Me siento responsable, puesto que yo te lo sugerí.

-Qué amable -repuso Kim; el pulso le latía aún con fuerza.

-Lamento haberte asustado -se disculpó Edward.

-No te preocupes -contestó Kim-. Es mi culpa por dejar que la imaginación vuele. Crei que eras un fantasma.

Edward hizo una mueca de maldad y contrajo las manos como garras. Kim le dio juguetonamente un golpe en el hombro y le dijo que no era gracioso. Ambos se sintieron aliviados. La tensión de la joven se esfumó.

-De modo que ya emprendiste esta misma tarde la búsqueda de Elizabeth Stewart -comentó Edward, al tiempo que miraba el cajón abierto-. ¿Descubriste algo?

-Sí, así es -respondió Kim. Se acercó a la cómoda y le entregó la carta de James Flanagan a Ronald Stewart.

Edward sacó la nota del sobre. Cuando terminó de leerla, se la devolvió a Kim.

-Fascinante -dijo.

-¿No te molesta para nada? -preguntó Kim.

-En realidad no -contestó Edward-. ¿Debería molestarme?

-Pues a mí, en cambió, me indignó -explicó Kim-. El padre de Elizabeth la usó para un matrimonio de conveniencia.

-Creo que tal vez te estás precipitando -señaló Edward-. La vida era más difícil en esa época y la gente tenía que ayudarse sólo para sobrevivir. Los intereses individuales no eran prioritarios.

-Eso no justifica hacer un trato a cambio de la vida de tu hija ni tratarla como si fuera un objeto.

-Aun así, creo que quizá tu conclusión es excesiva -sugirió Edward-. Sólo porque hubo una negociación entre James y Ronald, ello no significa que la opinión de Elizabeth no haya contado en la decisión de casarse con Ronald. Tal vez incluso fue una fuente de consuelo para ella saber que iba a proveer el sustento del resto de su familia.

-Bueno, quizá haya sido así -reconoció Kim-. El problema es que sé lo que le ocurrió en última instancia, y mi intuición me dice que Elizabeth era una persona completamente inocente atrapada en una terrible tragedia por artes de una jugarreta del destino. Cualquiera que ésta haya sido, debe haber sido espantoso, y el hecho de que se le recuerde de manera tan horrible agrava la injusticia -entonces Kim recorrió con la mirada los archiveros, cómodas y cajas-. La pregunta es: ¿la explicación se encuentra en este mar de documentos?

-Yo diría que haber encontrado esta carta constituye un buen augurio -comentó Edward-. Si hay una, tiene que haber más. ¿Pero qué opinas de la casa vieja? ¿Ya tomaste alguna decisión sobre como repararla?

-Sí -respondió Kim-. Ven. Te explicaré.

Dejaron el automóvil de Edward en el castillo y condujeron en el de Kim hasta la casa vieja. Con gran entusiasmo, Kim llevó a Edward a hacer un recorrido y le explicó que iba a seguir su sugerencia de construir las instalaciones modernas en la parte de los cobertizos y que también agregaría un medio baño entre los dormitorios.

-Estoy muy entusiasmada -dijo Kim-. Lo que verdaderamente espero con impaciencia es la decoración. Creo que voy a tomar unas vacaciones en septiembre para ocuparme de ella.

Salieron de la casa y subieron al automóvil de Kim. Ella titubeó al poner en marcha el motor.

-En realidad, siempre quise ser decoradora de interiores -dijo con añoranza.

-¿Por qué no lo fuiste? -preguntó Edward.

Kim arrancó el auto, dio la vuelta y se dirigió al castillo.

-Mi padre me convenció de no hacerlo. No éramos cercanos, pero él tenía una gran influencia sobre mí. Pensé que era mi culpa que no fuéramos muy unidos, así que me esforcé mucho para tratar de complacerlo, aun al punto de estudiar enfermería, que él consideraba una carrera más adecuada para su hija.

Llegaron al castillo y Kim se estacionó junto al auto de Edward. El hombre estaba a punto de bajar, pero volvió a acomodarse en el asiento. Se puso ostensiblemente nervioso, ya que empezó a denotar inquietud y a retirarse el cabello de la frente. Por fin, preguntó con brusquedad:

-¿Quieres ir a mi departamento cuando regresemos?

La invitación colocó a Kim en un dilema. Se daba cuenta de que Edward había tenido que armarse de valor para invitarla y no era su deseo que se sintiera rechazado. Al mismo tiempo, pensó en las necesidades de los pacientes a las que tendría que enfrentarse por la mañana. Al final de cuentas, su profesionalismo ganó.

-Lo siento -dijo-. Estoy exhausta. Me levanté desde las seis -en un intento por hacer más ligera la situación afiadió-: Además, mañana es día de escuela y aún no termino mis deberes.

-Podríamos acostarnos temprano -sugirió Edward.

Kim se sintió sorprendida e inquieta.

-Creo que tal vez las cosas van muy rápido -musitó-. Me siento muy a gusto contigo, pero no quiero apresurar nada.

-Por supuesto -repuso Edward.

-Disfruto mucho de tu compañía -añadió Kim-. No voy a trabajar ni viernes ni sábado, si coincide con tu horario.

-¿Quieres cenar conmigo el jueves? Ésa no será noche de deberes escolares.

Kim rió.

-Será un placer -respondió.

CUATRO

Viernes 22 de julio de 1994

KIM ABRIÓ LOS OJOS. Al principio no sabía dónde estaba. Al girar la cabeza, vio la figura de Edward que dormía y todo le vino a la mente en un instante.

Kim se cubrió con la sábana hasta el cuello. "Eres una hipócrita", se reprochó en silencio. Recordó haberle advertido a Edward que no quería apresurar las cosas y ahí estaba, despertando en su cama. Kim jamás había tenido una relación en la que hubiera llegado a una intimidad como ésta con tanta rapidez. Trató de levantarse sin hacer ruido con la intención de vestirse antes de que Edward despertara, pero el perro de él, un *terrier Jack Russell,* pequeño, blanco y muy desagradable, llamado Buffer, empezó a gruñir y a mostrar los dientes.

Edward se sentó en la cama y ahuyentó al perro. Con un quejido, se dejó caer de nuevo en la almohada.

-¿Qué hora es? -preguntó.

-Son unos minutos después de las seis -contestó Kim.

-¿Por qué estás despierta tan temprano? -preguntó Edward.

-Es la hora a la que despierto normalmente -respondió Kim.

-Pero era casi la una cuando nos acostamos.

-Eso no importa -replicó Kim-. No debí haberme quedado.

-Lo siento -se disculpó Edward-. Tal vez no debí haberte persuadido.

-No es culpa tuya -aclaró Kim.

Entrecruzaron miradas y luego ambos sonrieron.

-Ya empezamos otra vez con nuestra competencia por las disculpas -comentó Kim con una risita.

-Es una lástima -observó Edward-. Uno pensaría que a estas alturas ya deberíamos haber hecho algún progreso.

Kim se acercó y se abrazaron. No hablaron por un momento, mientras disfrutaban del abrazo. Edward rompió el silencio:

-¿Quieres desayunar?

Kim se sorprendió. Contestó que pensaba que Edward querría ir directamente a su laboratorio.

-El laboratorio puede esperar -repuso Edward-. Ha sido la noche más placentera de todo el año y no quiero que termine.

Después de darse una ducha y vestirse, Edward y Kim salieron del departamento. Usaron el automóvil de Kim, puesto que estaba estacionado en un lugar prohibido y se dirigieron a una fonda barata en Harvard Square, donde se dieron el gusto de comer huevos con tocino.

-¿Qué planes tienes para hoy? -preguntó Edward.

-Primero voy a ir a mi departamento a darle de comer a mi gata. Sheba debe de estar muriéndose de hambre. Después creo que iré a Salem. Ya empezaron las obras de construcción de la cabaña. Quiero ver los avances -Kimberly había decidido llamar a la casa vieja "la cabaña", en contraste con el castillo.

-¿Te gustaría que nos viéramos en el Bar Harvest alrededor de las ocho de la noche?

-Es un compromiso.

Después de desayunar, Edward pidió a Kim que lo dejara cerca de los laboratorios de biología de Harvard. Luego se quedó de pie en la acera y agitó la mano hasta que ella se perdió de vista. Sabía que estaba enamorado y le encantaba la sensación. Pensó en las lindas flores que le enviaba todos los días y se preguntó si no estaría exagerando. El problema era que el joven no tenía mucha experiencia en ese tipo de lances.

En los laboratorios, Edward vio el reloj: faltaban unos minutos para las ocho. Subió la escalera para esperar a Kevin Scranton, pero él ya había llegado.

-Me da mucho gusto verte -dijo Kevin-. Estaba a punto de llamarte.

-¿Encontraste *Claviceps purpurea*? -preguntó Edward.

-No -respondió Kevin-. No había *Claviceps.*

-¡Demonios! -exclamó Edward. Se dejó caer pesadamente en una silla. Contaba con un resultado positivo, sobre todo por Kim.

-No te pongas triste -dijo Kevin-. Encontré muchos otros mohos. Uno de ellos resulta morfológicamente muy parecido al *Claviceps purpurea,* pero se trata de una especie desconocida.

-No me digas -comentó Edward. Se alegró con la idea de que por lo menos hubiera descubierto algo.

-Por supuesto, eso no es de sorprender -explicó Kevin-. Hay alrededor de cincuenta mil especies conocidas de hongos, y algunas personas creen que en realidad existe hasta un cuarto de millón. Sin embargo, este tipo particular de moho es un ascomiceto, como el *Claviceps,* y forma esclerocios, al igual que el *Claviceps* -Kevin se inclinó por encima del escritorio y dejó caer varios objetos pequeños y oscuros en la palma de Edward, que pensó que se parecían a las semillas que se ven en el pan de centeno.

-Los esclerocios son un tipo de espora vegetativa, en estado de reposo, de ciertos hongos -explicó Kevin-. Son multicelulares y contienen filamentos micóticos, o hifas, así como varios alimentos almacenados.

-¿Qué te hace pensar que pudieran interesarme? -preguntó Edward. Acercó uno a la nariz. Era inodoro.

-Porque los esclerocios del *Claviceps* son los que contienen los alcaloides biológicamente activos que causan el ergotismo -le explicó Kevin.

Edward estudió los esclerocios con mayor interés.

-¿Qué probabilidades hay de que estos sinvergüenzas puedan contener los mismos alcaloides que el *Claviceps?*

-Creo que hay buenas probabilidades. No existen muchos hongos que produzcan esclerocios. Es evidente que esta nueva especie se relaciona con el *Claviceps purpurea* en alguna medida.

-¿Por qué no los probamos? -sugirió Edward-. ¿Qué te parece si hacemos una tisana con estos bichos y la probamos?

-Espero que lo digas de broma -repuso Kevin.

-En realidad, no -aclaró Edward-. Me interesa saber si este nuevo moho forma un alcaloide que produzca algún efecto alucinógeno. La mejor manera de averiguarlo es probándolo.

-Seguramente estás loco -dijo Kevin-. Las micotoxinas son potentes, como pueden testificar las innumerables personas que han padecido ergotismo. Correrías un riesgo muy grande.

-¿Dónde está tu espíritu aventurero? -preguntó Edward y se puso de pie-. ¿Me permites usar tu laboratorio para este pequeño experimento?

-Lo dices en serio, ¿verdad? -inquirió Kevin.

-Muy en serio. Voy a necesitar un mortero completo, agua destilada, un ácido diluido para precipitar el alcaloide, unos filtros de papel, una redoma de un litro y una pipeta de un mililitro.

-Es una locura -comentó Kevin al tiempo que reunía los materiales solicitados.

Edward molió unos cuantos esclerocios, extrajo la pulpa con agua destilada y precipitó una pequeñísima cantidad de la materia blanca con el ácido diluido. Con la ayuda de los filtros, aisló unos cuantos granos -que es la unidad de peso más pequeña- del precipitado blanco.

-No me digas que vas a comer eso -exclamó Kevin alarmado.

-Oh, vamos -repuso Edward-. No soy tonto.

-Pues podrías haberme engañado -dijo Kevin.

-Escucha -advirtió Edward-. Si este material en realidad provoca efectos alucinógenos, debe de hacerlo también en una dosis minúscula, menos de un microgramo -tomó una pizca del precipitado con el extremo de una espátula y lo introdujo en un litro de agua destilada en la redoma. Luego la agitó vigorosamente-. Podríamos juguetear con esta cosa seis meses y, a pesar de ello, no averiguar si

causa alucinaciones -explicó-. Necesitamos un cerebro humano. El mío está disponible en este momento.

-¿Y el riesgo de toxicidad para los riñones? -preguntó Kevin. Edward mostró una expresión de incredulidad y exasperación.

-¿Con esta dosis? No. Estamos por debajo, por un factor de diez, del rango de toxicidad de la toxina que causa el botulismo, la sustancia más tóxica conocida por el hombre -pidió a Kevin que le pasara la pipeta. Kevin lo hizo a regañadientes.

-A tu salud -dijo Edward y alzó la pipeta un momento antes de depositar un mililitro en la lengua enrollada. Tomó un sorbo grande de agua, lo agitó en la boca y tragó.

-¿Y bien? -preguntó Kevin.

-Estoy empezando a sentirme un poco mareado -respondió Edward Armstrong.

-¡Qué diablos! Ya estabas mareado incluso antes de empezar -repuso Kevin.

-¡Vaya, vaya! -exclamó Edward-. ¡Algo está ocurriendo!

-¿Cómo? -preguntó Kevin.

-Veo un torrente de colores que se mueven por todas partes en forma de amibas, como una especie de caleidoscopio -el rostro de Edward adoptó una expresión como si estuviera en trance-. Ahora oigo sonidos como los de un sintetizador, siento la boca un poco seca y experimento parestesia en los brazos, como si me estuvieran mordiendo o pinchando. Es muy extraño -para sorpresa de Kevin, Edward se acercó y lo sujetó de los brazos con fuerza verdaderamente insólita-. Me parece que la habitación se está moviendo dijo Edward-. Además tengo una leve sensación de asfixia.

-Voy a pedir ayuda -dijo Kevin. Sentía que el pulso le latía con violencia. Miró el teléfono, pero Edward lo sujetó con mayor fuerza aún.

-Estoy bien -dijo Edward-. Los colores empiezan a desvanecerse. Ya está pasando -cerró los ojos, pero se aferró a Kevin.

Después de un rato, Edward abrió los ojos y suspiró. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía sujeto a Kevin de los brazos. Lo soltó.

-Creo que ya tenemos la respuesta que queríamos -dijo.

-Eso fue una tremenda idiotez -espetó Kevin-. Tus bufonadas me aterrorizaron.

-Tranquilízate -pidió Edward-. No perdamos la calma por una reacción psicodélica que duró sesenta segundos.

Kevin señaló el reloj.

-No fueron sesenta segundos -explicó-. Transcurrieron casi veinte minutos.

Edward alzó la mirada al reloj.

-Mira si no es extraño. Incluso creo que mi sentido del tiempo se distorsionó.

-¿Te sientes bien en general? -preguntó Kevin.

-Muy bien. En realidad, me siento mejor que bien -titubeó al tratar de expresar con palabras las sensaciones internas que experimentaba-, como si tuviera mucha energía. Y muy lúcido, como si mi mente estuviera en especial aguzada. Incluso me siento un poco eufórico, aunque eso podría deberse a que acabamos de confirmar que este nuevo hongo produce una sustancia alucinógena.

-No seamos tan laxos con la expresión "acabamos" -advirtió Kevin-. Me rehuso a que me atribuyas participación en esta locura. Prométeme que te harán un análisis de orina y una prueba de creatinina en sangre esta tarde. Aunque a ti no te preocupe, a mí sí.

-Si eso logra que duermas tranquilo hoy, está bien. Entre tanto, necesito más de estos esclerocios. ¿Es posible?

-Es posible ahora que descubrí el medio que este hongo necesita para crecer, pero no puedo prometerte mucho. No es fácil cultivar hongos que produzcan esclerocios.

-Bueno, haz tu mejor esfuerzo -pidió Edward-. Recuerda que es probable que podamos preparar un documento muy interesante acerca de esto.

Mientras Edward corría por el campus para alcanzar el autobús de enlace con el área médica, se sintió impaciente por decirle a Kim que la teoría del veneno concerniente al episodio de brujería en Salem seguía vigente y progresaba.

AL CONDUCIR POR SALEM, de camino a la cabaña, Kim decidió detenerse en el Instituto Peabody-Essex, una institución histórica que se alojaba en un grupo de viejos edificios restaurados en el centro de la ciudad. Entre otras funciones, servía como depósito de los documentos sobre Salem y los juicios por brujería.

Una recepcionista cobró una cuota a Kim y le indicó que se dirigiera a la biblioteca, donde una bibliotecaria anciana le mostró cómo encontrar todos los documentos relacionados con los juicios de las brujas. Todos ellos se encontraban cuidadosamente catalogados en uno de los ficheros de tarjeta ya pasados de moda de la biblioteca.

Kim se sorprendió y a la vez se sintió alentada por la cantidad de material disponible. Entusiasmada, se precipitó sobre el fichero segura de que descubriría alguna mención con respecto a Elizabeth. Pero se desilusionó; no encontró a ningún Stewart.

Regresó al escritorio de la bibliotecaria y preguntó a la mujer directamente por Elizabeth Stewart.

-Creo que fue una de las acusadas -explicó-. La ahorcaron.

-No es posible -aseguró la bibliotecaria sin dudar un instante-. Me considero experta en los documentos que se relacionan con los juicios. Jamás he visto el nombre de Elizabeth Stewart ni siquiera como testigo, menos aún como una de las veinte víctimas.

Kim le dio las gracias y luego se concentró en la información acerca de las familias originarias del condado de Essex. En esta ocasión, Kim encontró una profusión de material informativo sobre los Stewart. Mientras revisaba los documentos, se hizo patente que había dos familias Stewart principales: la propia y otra que no era tan antigua. Después de media hora, la joven encontró una breve mención de Elizabeth Stewart. Nació el 4 de mayo de 1665, era hija de James y Elisha Flanagan y murió el 19 de julio de 1692; fue esposa de Ronald Stewart. Mediante una sencilla sustracción, Kim se dio cuenta de que Elizabeth ¡había muerto muy joven, a la edad de veintisiete años!

Alzó la cabeza y miró por la ventana sin fijar la atención en nada. Sentía la carne de gallina en la base del cuello. Kim tenía veintisiete años y su cumpleaños era en mayo. No el cuatro, sino el seis, muy cercano al de Elizabeth.

Al recordar el parecido físico con el retrato y considerando que planeaba mudarse a la casa de Elizabeth, Kim empezó a preguntarse si no eran demasiadas coincidencias. ¿Acaso todo eso le indicaba algo?

Volvió a la información genealógica y buscó el nombre de Ronald Stewart. Descubrió que su primera esposa había sido Hannah Hutchinson, con quien él se casó en 1677 y tuvo una hija, Joanna, nacida en 1678. Hannah murió en enero de 1679 y luego Ronald contrajo nupcias con Elizabeth Flanagan, en 1682. Con ella tuvo otra hija, Sarah, en 1682, y un hijo, Jonathan, en 1683. Por último, Ronald contrajo matrimonio con la hermana menor de Elizabeth, Rebecca Flanagan, en 1692, con quien tuvo una hija llamada Rachel, en 1693.

Kim bajó el libro y una vez más miró al vacío. Oía el suave tañido de unas campanas de alerta en la mente. Volvió a ver el libro y examinó con atención los hechos. A tan sólo tres años de la muerte de Hannah, Ronald se había casado con Elizabeth. Luego, después de que ésta murió, el hombre se casó con Rebecca ese mismo año. Kim se sintió inquieta. Se le ocurrió pensar que tal vez Ronald había tenido un romance con Elizabeth, estando aún casado con Hannah, y quizá sostuvo una aventura con Rebecca, mientras estaba casado con Elizabeth. Después de todo, ésta había fallecido en circunstancias extrañas. Kim se preguntó si Hannah también. Meneó la cabeza. Se dio cuenta de que otra vez estaba dejando volar en exceso la imaginación al tratar de sacar demasiadas conclusiones con tan escasa información.

Después de pasar varios minutos más revisando el árbol familiar de los Stewart, Kim confirmó que estaba emparentado con Ronald y Elizabeth a través de su hijo, Jonathan. También descubrió que el nombre de Elizabeth nunca volvió a aparecer en la historia familiar de más de trescientos años. No era posible que esa situación sólo fuera casualidad. Kim se admiró del oprobio que esa mujer se había buscado. ¿Qué podía haber hecho para justificarlo?

Mientras Kim bajaba los escalones del Instituto Peabody-Essex, la duda que abrigaba respecto al carácter de Ronald y la posibilidad de que hubiera habido juego sucio de su parte le dio una idea y preguntó a la recepcionista si podía indicarle cómo llegar al edificio de los tribunales del condado de Essex.

La construcción, una estructura austera de estilo helénico con enormes columnas dóricas, estaba localizada en Federal Street, no lejos de la Casa de las brujas. Kim entró y preguntó dónde estaban los

registros de los tribunales. Se presentó ante el mostrador indicado y solicitó ver cualquier registro acerca de Ronald Stewart, nacido en 1653.

La empleada era una mujer con aspecto soñoliento de edad indefinida. Si le sorprendió la petición de Kim, no lo demostró. Su respuesta fue teclear algo en una terminal de computadora. Después de mirar la pantalla un momento, salió de la habitación, sin pronunciar una palabra. Volvió con un sobre grande de papel amarillo y se lo entregó a Kim.

-No puede sacar esto de la sala -indicó.

Kim tomó el sobre, lo llevó a una mesa y sacó el contenido. Había mucho material, la mayor parte de éste relacionado con litigios civiles que Ronald había entablado contra sus deudores. Pero después encontró un contrato personal, fechado el 11 de febrero de 1681, que habían celebrado entre Ronald Stewart y Elizabeth Flanagan. Se había redactado antes de su matrimonio, como los convenios prenupciales contemporáneos. El contrato otorgaba a ella el derecho a tener propiedades y a celebrar contratos a nombre propio después del matrimonio. Hacia el final del documento, Ronald había escrito una explicación. Kim reconoció la caligrafía como la letra de estilo elegante que había visto en muchos de los conocimientos de embarque en el castillo. Ronald escribió: "Es mi deseo expreso que si por alguna circunstancia debida a mis actividades comerciales se requiere una ausencia prolongada de mi parte de la ciudad de Salem y de Maritime Limitada, que mi prometida, Elizabeth Flanagan, pueda encargarse por derecho y legalmente, de administrar nuestros negocios conjuntos."

La joven hizo a un lado el convenio prenupcial y volvió a los papeles que quedaban aún en el sobre. Descubrió una instancia jurídica interpuesta por Ronald Stewart en la que solicitaba un auto de reivindicación. Estaba fechada el martes 26 de julio de 1692, una semana después de la muerte de Elizabeth.

Kim no tenía idea de lo que era un auto de reivindicación, pero enseguida empezó a entender de qué se trataba éste. Ronald había escrito: "Humildemente solicito a esta Corte, en el nombre de Dios, devolver de inmediato a mi posesión las pruebas concluyentes incautadas en mi propiedad por el alguacil George Corwin, que se usaron en contra de mi amada esposa, Elizabeth, durante el juicio en el que se le acusó de brujería por el Tribunal de lo penal el 20 de junio de 1692." Adjunto a la instancia legal, en la parte posterior, estaba el fallo del magistrado John Hathorne fechado el 3 de agosto de 1692, por el que denegaba la solicitud. En cierta forma, Kim se sintió satisfecha. Había encontrado una prueba documental de que había habido un juicio contra Elizabeth y que, sin duda, ésta fue condenada. Al mismo tiempo, se sintió frustrada porque no se hiciera ninguna mención respecto a la naturaleza de las pruebas concluyentes. Echó otro vistazo a la petición, anotó la fecha del juicio, regresó al mostrador y llamó a la empleada.

-Me gustaría ver los registros del tribunal de lo penal del 20 de junio de 1692.

La empleada rió prácticamente en la cara de Kim. Perpleja, ésta preguntó por qué le resultaba gracioso.

-Me pide algo que casi todo el mundo desea ver -repuso la empleada-. El problema es que no existen dichos registros. No hay ningún acta del tribunal de lo penal respecto a los juicios por brujería. Todo lo que existe son unos cuantos testimonios y declaraciones, pero las actas del tribunal como tales se esfumaron.

-Qué mala suerte -dijo Kim. Regresó a su material, guardó los documentos en el sobre y lo devolvió a la empleada.

Posteriormente, Kim salió del complejo de edificios en su automóvil. Al doblar la última curva del camino que conducía a la reja para salir al bosque, vio unos camiones y camionetas estacionados cerca de la cabaña. También había una excavadora grande y montículos de tierra fresca. Se estacionó y bajó del automóvil. El calor del mediodía resultaba sofocante y el olor que despedía la tierra recién removida era acre. Protegiéndose el rostro del Sol, Kim siguió con la mirada la línea de la zanja que atravesaba el campo hacia el castillo. En ese momento, la puerta de la casa se abrió y George Harris salió. El sudor goteaba de la frente.

-Estaba tratando de localizarla -dijo.

-¿Ocurre algo malo?

-Quizá. Será mejor que le enseñe -hizo un ademán a Kim para que lo siguiera al lugar donde se encontraba estacionada la excavadora-. Tuvimos que detener las obras.

-¿Por qué? -preguntó Kim.

George no respondió. En vez de ello, condujo a Kim a la zanja. Temerosa de pisar cerca del borde, mejor se estiró y miró al interior. Le impresionó la profundidad, que calculó en casi dos metros y medio. Las raíces se proyectaban de las paredes desnudas, como si fueran escobas en miniatura. George le pidió que se fijara en el punto en el que la zanja se interrumpía de manera abrupta, a quince metros de distancia de la cabaña. Kim logró vislumbrar el extremo dañado de una caja de madera que sobresalía de la pared.

-Por eso tuvimos que detenernos -explicó George.

-¿Qué es? -preguntó Kim.

-Parece un ataúd -respondió George.

-¡Santo cielo!

-Encontramos también una lápida -George hizo una seña a Kim para que se acercara al extremo de la zanja. Frente al montón de tierra excavada se encontraba tirada sobre la hierba una losa sucia de mármol blanco-. Se colocó en forma plana y se cubrió con tierra -dijo George y limpió la tierra seca.

Kim contuvo la respiración.

-¡Cielos, es Elizabeth! -dijo con voz entrecortado.

-¿Se trata de algún familiar? -preguntó George.

-Sí -repuso Kim. Examinó la lápida, semejante a la de Ronald. Y al igual que la de él, sólo mostraba los datos generales, a saber: la fecha de nacimiento y muerte de Elizabeth.

-¿Y qué hacemos? -inquirió George-. Se supone que debemos contar con un permiso especial para mover una tumba.

-¿No es posible que la rodeen y la dejen tal y como está? inquirió asombrada Kim.

-Tal vez -contestó George-. Podríamos ensanchar la zanja en este lugar.

Después de que George Harris regresó a la casa, Kim se atrevió a acercarse al borde de la zanja y se asomó para ver la esquina expuesta del ataúd de Elizabeth. No tenía idea de cómo tomar ese descubrimiento insólito. Primero había sido el retrato y ahora la sepultura. ¿Acaso se trataba de meras coincidencias, o Elizabeth intentaba decirle algo? Quizá después de todos los años transcurridos, la muerta deseaba recobrar su reputación.

El sonido de un automóvil que se aproximaba llamó la atención de Kim. Volvió a cubrirse los ojos del Sol y observó un vehículo conocido que dejaba una estela de polvo mientras avanzaba por el camino de tierra que cruzaba el campo. Era el automóvil de Kinnard. Se estacionó junto al de ella. Con una punzada de inquietud, Kim se asomó por la ventana del lado del pasajero.

-¡Vaya, ésta sí que es una sorpresa! -exclamó-. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

-Marsha me lo dijo -respondió Kinnard-. Le comenté que iba a venir acá a buscar un departamento, puesto que voy a trabajar en el Hospital de Salem en agosto y septiembre. Recuerdas que te dije que iba a trabajar un tiempo en este nosocomio, ¿verdad?

-Si tú lo dices -repuso Kim. No tenía intenciones de discutir.

-Te ves muy bien -observó Kinnard-. Supongo que salir con el doctor Edward Armstrong va con tu personalidad.

-¿Cómo sabes con quién salgo? -preguntó Kim.

-Habladurías del hospital. Como elegiste a una celebridad científica, los rumores corren. La ironía es que conozco a ese sujeto. Trabajé en su laboratorio el año que me dediqué a investigar.

Kimberly se dio cuenta de que se había ruborizado. Era evidente que Kinnard trataba de molestarla y, como de costumbre, lo estaba logrando.

-Edward es un tipo inteligente -dijo Kinnard-, aunque un poco torpe e incluso extraño. O tal vez debería decir excéntrico.

-Pues yo creo que es una persona atenta y considerada -replicó a su vez Kim.

-Me lo imagino -repuso Kinnard, al tiempo que ponía los ojos en blanco-. Me enteré también que te manda flores a diario. Personalmente, opino que es absurdo. Un tipo tiene que ser inseguro por completo para llegar a tales extremos.

El rostro de Kim se encendió. Marsha debía de haberle contado todo eso a Kinnard. Entre su madre y su compañera de cuarto, se preguntó si aún tenía algún secreto.

-Por lo menos, él no va a hacerte enojar por ir a esquiar -dijo Kinnard-. Tiene tal coordinación que un tramo de escaleras es todo un desafío para él.

-Creo que te estás portando igual que un adolescente malcriado -repuso Kim con un tono gélido cuando por fin logró articular palabra-. Francamente, no te va bien.

-No importa -Kinnard dijo y rió con cinismo-. Proseguiré mi camino, como dicen, a pastos más verdes. Yo mismo disfruto ahora de una nueva relación.

-Me da mucho gusto por ti -dijo ahora Kim con sarcasmo.

-Marsha me indicó que estás trabajando en la reparación de este lugar -comentó Kinnard-. ¿Acaso el buen doctor Armstrong se va a mudar contigo?

Kim empezó a negar la posibilidad, pero se contuvo. En vez de ello, repuso:

-Lo estamos considerando.

-Que tengas una buena vida, de un modo u otro -dijo Kinnard. Colocó la reversa, retrocedió con brusquedad y el automóvil patinó hasta detenerse. Luego embragó el motor y pisó con fuerza el acelerador. En medio de una nube de polvo, se alejó a gran velocidad por el campo.

EL BAR Harvest estaba atiborrado hasta el tope con el gentío que acudía al lugar los viernes por la noche. Kim buscó a Edward y por fin lo divisó con una copa de vino en la mano, en una mesa cerca de la barra. En cuanto la vio, el rostro de Edward se iluminó y se puso de pie de un salto para ofrecerle una silla.

-Creo que una copa de vino te caería bien -dijo Edward.

Kim asintió con la cabeza. Pudo darse cuenta al instante de que Edward estaba agitado o cohibido. Su tartamudeo era más evidente de lo normal. Kim lo observó mientras él llamaba a la camarera y ordenaba dos copas de vino *Chardonnay.* Luego la miró.

-¿Tuviste un buen día? -preguntó.

-Estuve muy atareada -repuso Kim-. ¿Y tú?

-Fue un día fantástico -contestó Edward entusiasmado-. Tengo buenas noticias. En las muestras de tierra de los recipientes de comida de Elizabeth cultivamos un moho que tiene efectos alucinógenos. Creo que hemos resuelto el asunto, por lo menos, de qué fue lo que desencadenó los juicios por brujería en Salem. Lo único que no sabemos es si fue a causa del ergotismo o de algo completamente nuevo -Edward relató a Kim todo lo que había sucedido en el laboratorio de Kevin Scranton.

-¿Tomaste una droga sin saber lo que era? -preguntó alarmada Kim-. ¿No fue demasiado arriesgado?

-Te pareces a Kevin -rió Edward-. No, no era arriesgado. Fue una dosis muy pequeña para que entrañara algún peligro. Esta tarde me hice unas pruebas de laboratorio de orina y creatinina en sangre para tranquilidad de Kevin. Ambas arrojaron resultados normales. Créeme, estoy mejor que bien, estoy eufórico. Al principio, esperaba que este nuevo hongo formara la misma combinación de alecloides que el *Claviceps,* de modo que pudiera comprobarse que el ergotismo había sido el culpable de todo. Ahora espero que produzca sus propios alcaloides.

-¿Qué son los alcaloides? -preguntó Kim-. Es un término que me resulta familiar, pero no podría definirlo aun cuando mi vida dependiera de ello.

-Los alcaloides son compuestos que contienen nitrógeno y se encuentran en los vegetales -explicó Edward-. Resultan conocidos porque muchos de ellos son muy comunes, como la cafeína y la nicotina. Casi todos son farmacológicamente activos.

-¿Por qué te entusiasma tanto descubrir un nuevo alcaloide si son tan comunes? -preguntó Kim.

-Porque ya demostré que el alcaloide que contiene este nuevo moho es psicotrópicamente activo -repuso Edward-. Además, descubrí una nueva droga alucinógena que puede abrir las puertas a la comprensión del funcionamiento cerebral. De manera invariable, estas sustancias imitan a los neurotransmisores del cerebro.

Una camarera interrumpió su conversación para informarles que su mesa estaba lista. La siguieron a la terraza y se sentaron bajo los árboles llenos de pequeñas luces blancas. El clima era perfecto, después de haber enfriado de manera ostensible. Mientras esperaban la cena, Kim le contó a Edward acerca del descubrimiento de la tumba de Elizabeth.

-¡Fabuloso! -exclamó Edward-. ¿El ataúd se encuentra en buenas condiciones?

-La parte que logré ver, sí -respondió Kim-. Estaba enterrado muy hondo, tal vez a unos dos metros y medio de profundidad.

Mientras cenaban, la conversación giró acerca de temas mucho más triviales. Al llegar al postre, Edward retomó el asunto de la tumba de Elizabeth.

-¿En qué estado de conservación se encuentra el cadáver de tu antepasado?

-No vi el cadáver -repuso Kim, sobresaltada por una pregunta así-. No abrimos el ataúd. La excavadora sólo lo dañó un poco.

-Tal vez deberíamos abrirlo. Me encantaría tomar una muestra. Si podemos encontrar algún residuo de cualquier alcaloide de los que producen este nuevo hongo, contaremos con una prueba definitiva de que el demonio en Salem era un hongo.

-Es increíble que puedas atreverte siquiera a sugerir una cosa así -repuso Kim-. Lo último que deseo es perturbar el cuerpo de esa mujer.

-No seas supersticiosa -dijo Edward-. Comprenderás que tu postura es parecida a estar en contra de las autopsias.

-Esto es diferente -explicó Kim-. Ella ya fue sepultada.

-Pero se hacen exhumaciones de cadáveres todo el tiempo.

-Supongo que tienes razón -dijo Kim a regañadientes.

-Tal vez ambos podríamos ir mañana a Salem -propuso Edward-. Echaríamos un vistazo.

-Es necesario obtener un permiso para exhumar cualquier cadáver -dijo Kim.

-La excavadora hizo ya la mayor parte del trabajo -repuso Edward-. Echemos un vistazo y decidamos mañana.

Les llevaron la cuenta y Edward pagó. Kim le dio las gracias y comentó que la siguiente correría por su cuenta. Él respondió que eso lo discutirían después.

Fuera del restaurante, se produjo un momento incómodo cuando él le pidió que fueran a su departamento, pero Kim se mostró renuente. Al final, estuvieron de acuerdo en ir y hablar sobre el asunto. Pero a medida que la noche transcurría, ni Kim ni Edward abordaron el tema de si ella debía quedarse a pasar la noche. Al no decidir, decidieron. Y se quedó.

Más tarde, cuando estaban acostados uno al lado del otro, Kim pensó en lo que le había dicho a Kinnard respecto a que Edward se iba a mudar con ella. Lo había dicho intencionalmente, para provocar a su ex novio, pero entonces empezó a considerar la idea en serio. En definitiva, le resultaba atractiva.

-¿Qué te parecería ir a vivir conmigo a la cabaña cuando llegue el primero de septiembre? -preguntó Kim.

A Edward se le trabó la lengua. El tartamudeo resurgió.

-Es una oferta muy generosa -se las arregló para contestar-. Aunque tal vez deberíamos hablar más detenidamente sobre ello.

-¿Cómo que hablar más detenidamente sobre ello? -Kim no esperaba que él la rechazara, sobre todo porque las flores que Edward le enviaba continuaban llegando de manera puntual a su departamento todos los días.

-Sólo tengo miedo de que lo estés ofreciendo de manera impulsiva -explicó Edward-. Creo que temo que cambies de parecer y luego no sepas cómo retirar la invitación.

-¿En verdad es ésa nada más la razón por la que no quieres aceptar? -preguntó Kim y lo abrazó-. De acuerdo -añadió-, podemos discutirlo. Pero no voy a cambiar de opinión.

CINCO

Sábado 23 de julio de 1994

KIM DESPERTÓ por etapas al escuchar la voz de Edward. Al principio, la incorporó a su sueño, pero después se dio cuenta de que provenía de la otra habitación. Con cierta dificultad, abrió los ojos y miró el reloj. Eran las cinco cuarenta y cinco de la mañana.

Preocupada porque algo malo ocurriera, Kim trató de escuchar lo que decía, pero la voz de Edward era ininteligible. Por su tono, advirtió que estaba emocionado.

En pocos minutos, Edward regresó; vestía una bata. Al ver que Kim estaba despierta, se acercó y se sentó en la orilla de la cama.

-Tengo muy buenas noticias. Estaba hablando con Eleanor.

-¿A las cinco cuarenta y cinco de la mañana? ¿Quién diablos es Eleanor?

-Una de las doctoras que trabaja conmigo. Es mi mano derecha en el laboratorio.

-Me parece que es aún demasiado temprano para conversaciones de trabajo -repuso Kim. Sin quererlo, pensó en Grace Traters, la supuesta asistente de su padre.

-Eleanor laboró toda la noche -explicó Edward-. Kevin envió más esclerocios del nuevo hongo anoche. Eleanor hizo unas pruebas sin preparar en el espectrómetro de masas. Parece que tenemos tres alcaloides totalmente nuevos y uno de ellos es psicoactivo -frotó las manos con entusiasmo, como si estuviera a punto de ponerse a trabajar en ese instante-. No puedo explicarte lo importante que esto podría llegar a ser -prosiguió-. Tal vez hemos descubierto una nueva droga, o incluso una familia completa de drogas nuevas. Imagínate lo que sería encontrar un nuevo grupo de ellas debido a los juicios por brujería en Salem. Esto es aún mejor que la manera en que se descubrió el Prozac.

-¿Ocurrió por accidente? -preguntó Kim.

-Podría decirse que sí -rió Edward-. El investigador probaba unos antihistamínicos en un protocolo experimental que medía el efecto en el neurotransmisor norepinefrina. Por casualidad, obtuvo el Prozac, que no es un antihistamínico y que afecta la serotonina, otro neurotransmisor doscientas veces más de lo que afecta a la norrpinefrina.

-Es asombroso -dijo Kim, pero en realidad no había prestado mucha atención. Sin tomar la acostumbrada taza de café matutino, su mente no estaba preparada para entender tales complejidades.

-Estoy impaciente por volver al trabajo -dijo Edward.

-¿Quieres cambiar de opinión respecto a ir a Salem?

-No -respondió Edward sin titubear-. Quiero ver esa tumba. Levántate. Ya que estás despierta, vámonos -y juguetonamente sacudió las piernas de Kim a través de las frazadas.

EN LA PROPIEDAD, lo primero que Edward vio fue la zanja para los servicios. Le asombró su longitud.

-Ahí está el ataúd -dijo Kim al tiempo que señalaba el lugar de donde éste sobresalía.

-Es un golpe de suerte -comentó Edward-. Me parece que es la cabecera del ataúd. Y tenías razón respecto a la profundidad. Por lo menos tiene dos metros y medio, o tal vez más.

-Esta zanja sólo tiene esta profundidad aquí, cerca de la cabaña -puntualizó Kim-. En la parte donde cruza el campo, es mucho menos honda.

Edward empezó a alejarse de la casa.

-Voy a verlo más de cerca -dijo. Saltó a la zanja y empezó a retroceder, descendiendo a mayor profundidad a cada paso.

Kim lo observó con inquietud creciente.

-¿Estás seguro de que la tierra no se hundirá? -preguntó con nerviosismo, al oír que los terrones y las piedras caían en las grietas cuando se acercó más al borde.

Edward no respondió. Estaba agachado y ella examinaba el extremo dañado del ataúd.

-Esto es alentador -dijo-. Está completamente seco y fresco aquí -introdujo los dedos en la unión abierta en parte entre la cabecera del ataúd y uno de los costados. Con un rápido tirón, la cabecera se ladeó.

- ¡Santo cielo! -murmuró Kim para sí.

-¿Podrías ser tan amable de traer la linterna del auto? -pidió Edward. Miraba por el extremo abierto del ataúd.

Kim hizo lo que le pidió, pero no se sentía bien al perturbar la tumba de Elizabeth más de lo que ya habían hecho sin intención. Después de atreverse a acercarse lo más que pudo al borde de la zanja, arrojó la linterna a su amigo.

Edward iluminó el interior del ataúd por la abertura.

-Tenemos suerte. El cuerpo está momificado por la sequedad del lugar y el frío.

Kim observó con horror mientras Edward colocaba en el suelo la linterna e introducía la mano en el ataúd.

-Edward, ¿qué haces?

-Sólo voy a empujar un poco el cuerpo -explicó. Sujetó la cabeza y empezó a empujar. Nada ocurrió, así que apoyó un pie en la pared de la zanja y luego empujó con más fuerza. Para su sorpresa, la cabeza se desprendió de repente, lo que provocó que Edward cayera contra la pared opuesta de la zanja. Terminó sentado en el suelo con la cabeza momificada de la mujer en el regazo.

En ese momento, Kimberly sintió que las piernas se le doblaban. Tuvo que apartar la mirada.

-¡Dios mío! -exclamó Edward al ponerse de pie. Miró la base de la cabeza de Elizabeth-. Creo que el cuello se le debe de haber roto cuando fue ahorcada -puso la cabeza en el suelo e inclinó el extremo del ataúd para volver a ponerlo en su posición original. Con una roca, golpeó hasta colocarlo en su lugar. Luego cargó la cabeza y volvió por la zanja hasta un lugar donde pudiera trepar.

-Espero que no encuentres esto divertido -dijo Kim. Se negó a mirar el objeto-. Quiero que la devuelvas enseguida a su lugar.

-Lo haré -prometió Edward-. Sólo quiero tomar una pequeña muestra. Vamos adentro y veamos si encontramos una caja.

Kim se adelantó al tiempo que se preguntaba muy asombrada cómo se permitía participar en una situación así. Edward percibió su actitud y pronto encontró una caja de suministros de plomería del tamaño adecuado. Colocó la cabeza en el interior, puso la caja en el automóvil y regresó a la casa.

-Quiero que pongas esa cabeza en su sitio tan pronto como sea posible -advirtió Kim.

-Lo haré -repitió Edward. Para cambiar de tema, caminó a la parte de los cobertizos de la casa y fingió admirar las cuadras. Kim lo siguió. Las obras de reparación habían avanzado de manera muy importante. Descubrieron que ya habían colado el piso del sótano.

-Qué bueno que obtuve mis muestras de tierra cuando lo hice -observó Edward.

A PESAR DE LO MUCHO que le agradaba estar con Kim, Edward se alegró de volver a su laboratorio esa tarde. Se sintió muy contento en especial al ver a Eleanor, a quien no esperaba encontrar ahí. Ella había ido a casa, tomó una ducha y durmió, aunque sólo cuatro o cinco horas. Explicó que estaba muy emocionada con los nuevos alcaloides como para permanecer lejos del laboratorio.

-¿Hay más esclerocios? -preguntó Edward.

-Sólo unos cuantos -respondió Eleanor-. Kevin Scranton dijo que hay más en camino, pero no sabía cuándo los enviaría. No quise sacrificar los que tenemos hasta hablar contigo. ¿Cómo quieres que separemos los alcaloides? ¿Con solventes orgánicos?

-Vamos a usar electroforesia capilar -repuso Edward-. Pero antes quiero pedirte algo -sacó la cabeza momificada de la caja de aditamentos de plomería. Eleanor retrocedió ante la vista macabra.

-Podrías haberme advertido -dijo.

-Supongo que sí -respondió Edward, riendo. Por primera vez contempló la cabeza con mirada crítica. Era espeluznante. La piel tenía un matiz marrón oscuro, estaba curtida y se había retraído en las prominencias huesudas, lo que dejaba al descubierto los dientes en una sonrisa horripilante. El cabello estaba seco y enmarañado, como fibra metálica.

-¿Qué es? -preguntó Eleanor-. ¿Una momia egipcia?

Edward narró a Eleanor la historia de Elizabeth.

-¿Quieres entonces hacer una prueba con el espectrómetro de masas? -inquirió Eleanor.

-Exactamente -respondió Edward-. Sí podemos demostrar picos que correspondan a los de los nuevos alcaloides, constituiría una prueba definitiva de que esta mujer ingirió el moho.

Eleanor corrió al Departamento de Biología Celular a fin de pedir prestados los instrumentos de disección anatómica. Cuando regresó, Edward se puso a trabajar. Retiró el cuero cabelludo y dejó el

cráneo al descubierto. Después, tomó la sierra eléctrica que Eleanor había traído y cortó la parte superior del cráneo. Eleanor y él miraron el interior. El cerebro se había contraído en una masa cuajada en la parte posterior del cráneo. Edward picó la masa con la punta de un escalpelo. Estaba dura.

-Corta una parte y la disolveré en alguna sustancia -le propuso Eleanor.

Edward aceptó la sugerencia. Después de obtener la muestra, empezaron a probar varios solventes. Sin estar seguros de lo que tenían, comenzaron a introducirlos en el espectrómetro de masas. Con la segunda muestra obtuvieron por fin un patrón de concordancia. Varios de los picos coincidían exactamente con los de los nuevos alcaloides.

-¿No es científicamente fabuloso? -Comentó Edward lleno de júbilo.

-Sí, es fantástico -estuvo de acuerdo Eleanor.

Edward se dirigió a su escritorio y llamó a Kim. Como esperaba, le contestó la grabadora. Dejó un mensaje diciendo que en el caso de Elizabeth Stewart, el demonio en Salem tenía una explicación científica. Después de colgar el teléfono, regresó con Eleanor.

Estaba de un humor excepcional.

-Muy bien -le dijo-, vamos a separar estos nuevos alcaloides para que podamos entender lo que tenemos.

Lunes 25 de julio de 1994

ANTES DE LAS SIETE de la mañana, Edward entró en el laboratorio y se sorprendió al ver que Eleanor ya había llegado.

-Tengo dificultades para dormir -reconoció ella. El cabello, que por lo regular peinaba con mucho cuidado, en esa ocasión estaba un poco desarreglado.

-Yo también -diio Edward.

Habían trabajado el sábado por la noche y todo el domingo. Un poco después de la medianoche, consiguieron perfeccionar una técnica de separación. Todo lo que necesitaban entonces era más material, y Kevin Scranton había llamado para comunicarles que iba a enviar otro lote de esclerocios el lunes por la mañana.

-Quiero que todo esté ya preparado cuando llegue el material -manifestó Edward-. Debe de estar aquí alrededor de las nueve.

-Como usted ordene -repuso Eleanor mientras chocaba los talones y hacía un saludo militar en son de broma. Edward intentó darle un ligero golpe en la cabeza; sin embargo, ella resultó mucho más ágil que él.

Después de trabajar febrilmente por más de una hora, Eleanor le dio una palmadita a Edward en el brazo.

-¿Estás pasando por alto a tu pequeño rebaño de manera deliberada? -hizo una seña por encima del hombro.

Edward miró a su alrededor y vio a los estudiantes que deambulaban por el lugar en espera de su consejo.

-Escuchen -anunció en voz alta Edward-. Hoy están por su cuenta. Yo me encuentro muy ocupado -con algunos refunfuños, el grupo se dispersó. Edward no advirtió esa reacción. Volvió directamente al trabajo.

Unos minutos después, Eleanor le tocó el brazo una vez más.

-¿Podrías decirme qué pasó con la cátedra que tenías a las nueve de la mañana? -preguntó.

-¡Cielos! -exclamó Edward-. Busca a Ralph Carter y que me cubra -Ralph Carter era uno de sus asistentes principales.

En poco tiempo, Ralph llegó. Era un hombre esbelto, barbado, de rostro sorprendentemente ancho y mejillas encendidas.

-Necesito que te hagas cargo del curso de verano de bioquímica -indicó Edward.

-¿Por cuánto tiempo? -preguntó Ralph, obviamente no muy entusiasmado.

-Ya te avisaré -repuso Edward.

Tal como se lo habían prometido, los esclerocios llegaron un poco después de las nueve. Edward esparció con gran cuidado los granos oscuros, parecidos a los del arroz, en un trozo de papel de filtrar, como si fueran pepitas de oro.

-Se ven muy desagradables -comentó Eleanor-. Podrían ser excremento de ratón.

-O semillas en el pan de centeno -añadió Edward-. Es una metáfora históricamente más significativa.

Antes del mediodía, ambos lograron producir una pequeñísima cantidad de cada alcaloide. Las muestras de polvo blanco estaban en la base de pequeños tubos de ensayo cónicos, con etiquetas que decían: A, B y C. A simple vista, los alcaloides se veían idénticos.

-¿Cuál es el siguiente paso? -preguntó Eleanor mientras alzaba uno de los tubos de ensayo para verlo a la luz.

-Averigüemos si son psicoactivos -respondió Edward.

-Tal vez podríamos usar preparaciones de ganglios *Aplasia fasciata.* Nos indicarían si son neuroactivos -sugirió Eleanor.

Edward negó con la cabeza.

-Eso basta. Quiero saber cuáles provocan reacciones alucinógenas y necesito respuestas rápidas. Para ello requerimos un cerebro humano.

-¡No podemos emplear voluntarios a sueldo! -repuso Eleanor consternada-. Eso constituiría una falta flagrante a la ética.

-No tengo la intención de utilizar voluntarios a sueldo -aclaró Edward-. Tú y yo nos las arreglaremos -colocó una cantidad minúscula de cada nuevo alcaloide en dos redomas distintas y llenó cada una con un litro de agua destilada. Las agitó vigorosamente y después sacó dos pipetas de un mililitro de un cajón-. ¿Quieresunirte? -preguntó.

Eleanor miró con atención a Edward.

-¿Estás convencido de que no es arriesgado? -preguntó.

-No creo que sea peor que realizar algunas inhalaciones de mariguana -explicó Edward-. Como máximo, un mililitro contiene unas cuantas millonésimas de un gramo. Además, ingerí un extracto rudimentario en comparación con éste y no me provocó ningún efecto dañino. En realidad, casi podría decir que lo disftuté. Estas son muestras relativamente puras -Edward llenó una pipeta y luego vertió un mililitro en la lengua.

-De acuerdo -aceptó Eleanor-. Yo sigo. Dame una pipeta.

KIM CRUZÓ A TODA PRISA el centro de la Unidad quirúrgica de terapia intensiva, tratando de evitar el amontonamiento de camas. Los pacientes habían ido y venido todo el día y ésa era la primera oportunidad que tenía para llamar a Edward. Estaba ansiosa de hablar con él desde la mañana, cuando George Harris le informó que iban a rellenar la zanja para las tuberías temprano al día siguiente. Tomó el teléfono y marcó al laboratorio de Edward.

-Me alegra que hayas llamado -dijo el científico cuando contestó-. Separamos los alcaloides y Eleanor y yo acabamos de determinar que uno de ellos, el compuesto B, es psicoactivo. Ahora sabemos hacia dónde concentrar nuestros esfuerzos -Edward estaba eufórico.

-Me da gusto por ti -repuso Kim-. Pero hay un problema. Tenemos que llevar la cabeza de Elizabeth de regreso a Salem.

-Podemos llevarla el fin de semana -replicó Edward.

-Entonces será demasiado tarde. Acabo de hablar con el contratista. Van a rellenar la zanja por la mañana.

-¡Oh, caramba! -exclamó Edward-. Estamos avanzando a una velocidad asombrosa. Detesto perder el tiempo. ¿No es posible pedirles que rellenen la zanja después del fin de semana?

-No pregunté -dijo Kim-, y no quiero hacerlo. Tendría que darles una razón, y el único motivo tendría que relacionarse con el ataúd. No quiero que el contratista tenga ni la más mínima idea de que violamos la tumba.

Hubo un pausa incómoda; enseguida, Edward preguntó:

-¿Por qué no la llevas tú?

-Edward, me lo prometiste -repuso Kim.

-Por favor -le pidió Edward-. Te lo compensaré. Es sólo que por el momento estoy muy ocupado. Ya empezamos a analizar la estructura.

-De acuerdo -aceptó Kim-. ¿Cómo voy a tenerla?

-Te la enviaré con un mensajero -dijo Edward-. La tendrás antes de que salgas de trabajar. ¿Qué te parece?

-Te lo voy a agradecer -contestó Kim.

Volvió a su trabajo, pero mientras iba y venía entre las camas, atendiendo a los pacientes, sintió irritación porque Edward había faltado a su promesa de ir con ella a devolver la cabeza, en especial porque él estaba plenamente consciente del disgusto que experimentaba Kim por tener algo que ver con ese asunto. El comportamiento de Edward contrastaba con su cortesía, la inquietaba.

CUANDO KIM SE APROXIMABA a la propiedad esa tarde, su ansiedad aumentó. La cabeza de Elizabeth se hallaba en el maletero de su automóvil, dentro de la caja de computadora con la que Edward la había enviado. Mientras más tiempo pasaba cerca de ella, más aprehensión experimentaba.

Al cruzar la reja, que estaba abierta de par en par, Kim temió que los obreros de la construcción todavía estuvieran ahí. Al dejar atrás la arboleda, se confirmaron sus temores. Había dos vehículos frente a la cabaña. Tenía la esperanza de que los albañiles se hubieran marchado. Se estacionó junto a los vehículos y bajó del automóvil. Casi al mismo tiempo, George Harris y Mark Stevens aparecieron en la puerta principal. Se mostraron ostensiblemente complacidos de verla llegar.

-Qué sorpresa tan agradable -dijo Mark-. Íbamos a llamarla por teléfono más tarde. Tenemos muchas preguntas.

Durante la siguiente media hora, Mark y George llevaron a Kim a hacer un recorrido por las obras de renovación. Para gran alegría de Kim, Mark había llevado muestras de granito a la cocina y los baños. Con el sentido que poseía del color, Kim no tuvo dificultades para tomar decisiones. Los arquitectos estaban impresionados. Incluso Kim estaba sorprendida. Sabía que su habilidad para tomar decisiones de esa manera era un tributo a los progresos que había realizado en cuanto a la confianza en sí misma. Cuando ingresó en la universidad, ni siquiera era capaz de decidir algo como el color de su cubrecama.

Cuando terminaron con los interiores, salieron y caminaron por los alrededores de la construcción. Kimberly les dijo que quería que las ventanas nuevas en los cobertizos fueran iguales a las ventanas con pequeños cristales en forma de diamante de la parte principal de la casa.

-Entonces tendrán que mandarse hacer a su gusto -aclaró George-. Eso es más caro.

-Así las quiero -replicó Kim sin titubear.

Después de que el contratista y el arquitecto partieron, la joven regresó al interior de la casa a fin de buscar un martillo. Con él en mano, abrió el maletero de su auto y cargó la caja de la computadora. Mientras seguía la zanja para encontrar un lugar desde donde pudiera saltar, Kim se sintió como un ladrón en la noche. Continuamente se detenía para oír si no se aproximaba algún auto.

En la zanja, las altísimas paredes parecían curvarse sobre la cabeza de Kim, lo que agravaba su temor de que pudieran venirse abajo en cualquier momento. Con manos temblorosas, se dedicó a trabajar en el extremo del ataúd. Insertó las garras del martillo, levantó la cabecera haciendo palanca y luego se volvió para mirar la caja de computadora.

Abrió las hojas de cartón de la tapa y se asomó con renuencia al interior. Elizabeth la miraba con fijeza con los globos oculares secos, hundidos y en parte descubiertos. Kim trató de reconciliar esa cara horripilante con la del retrato. Las imágenes eran diametralmente opuestas y le pareció inconcebible que pertenecieran a la misma persona.

Kim contuvo el aliento, alargó los brazos y alzó la cabeza. Se volvió con cuidado para no tropezarse con las tuberías y cables recién colocados; luego introdujo la cabeza en el ataúd y cautelosamente la puso en su lugar. A toda prisa, inclinó el extremo del ataúd y golpeó con el martillo para devolverlo a su posición original.

Tomó la caja vacía y corrió por la zanja. No se tranquilizó sino hasta que colocó la caja de nuevo en el maletero de su auto. Se puso las manos en las caderas y contempló la cabaña silenciosa y acogedora. Trató de imaginar cómo sería la vida en aquellos días terribles de la cacería de brujas, cuando la pobre Elizabeth, sin saberlo, ingería granos venenosos que alteraban la mente. Por sus

lecturas, Kim sabía que a la mayor parte de las jóvenes aquejadas, en teoría intoxicadas con el mismo contaminante que Elizabeth, no se les había considerado brujas, como a Elizabeth. La excepción era Mary Warren, que había sido tanto víctima de los ataques como acusada; sin embargo, la habían puesto en libertad y no la habían ejecutado. ¿Por qué el caso de Elizabeth fue diferente?

Kim suspiró y meneó la cabeza. No tenía ninguna respuesta. Todo parecía volver a las misteriosas pruebas contra Elizabeth. La mirada de Kim se dirigió al castillo. Vio el reloj. Todavía le quedaban varias horas de luz. De manera impulsiva, subió al automóvil y condujo hacia él.

Cuando entró por la puerta principal, silbó para no sentirse sola. Abrió la pesada puerta de roble de la cava, encendió las lámparas y bajó por los escalones de granito. Al recorrer el pasillo central, vio una caja de madera encima de una cómoda en una de las celdas. Se inclinó sobre la cómoda y pasó los dedos a lo largo de la parte superior de la caja, que dejaron huellas paralelas en el polvo. No había duda de que la caja era antigua. Colocó las manos en ambos extremos y abrió la tapa sostenida con bisagras.

En el interior, había una Biblia desgastada con gruesas pastas de cuero. La sacó y advirtió que debajo de ella había varios sobres y otros documentos. Llevó la Biblia al corredor, donde la luz iluminaba mejor. Abrió la pasta y la guarda y vio la fecha: Londres, 1635.

Antes de devolver la Biblia a su caja, Kim examinó los sobres y documentos. Los primeros contenían papeles mercantiles. Sin embargo, entre los documentos descubrió uno que tenía varias páginas dobladas en tres partes. Al desdoblarlo, encontró el título de una enorme extensión de terreno llamada Northfields. En la otra página había un mapa. No le fue dificil reconocer la zona. La superficie abarcaba los actuales terrenos propiedad de los Stewart, los que ahora ocupaba el Club campestre Kernwood y el cementerio de Greenlawn. También atravesaba el río Danvers, marcado como el río Wooleston, para incluir propiedades en Beverly. Hacia el noroeste, abarcaba lo que en ese momento eran Peabody y Danvers, que en el título se denominaban Aldea de Salem.

La firma de la compradora que aparecía en el título de propiedad era de Elizabeth Flanagan Stewart. La fecha, 3 de febrero de 1692. Kim recordó que el convenio prenupcial que había visto en los tribunales del condado de Essex otorgaba a Elizabeth el derecho de poder celebrar contratos a su nombre. Pero, ¿por qué era Elizabeth la compradora en este caso particular, sobre todo porque se trataba de una enorme extensión de tierra que debió de haber costado una fortuna?

Adjunto en la parte posterior del título de propiedad había una última hoja de papel, más pequeña y escrita con letra diferente. Kimberly alzó el documento a la luz y descubrió que se trataba del fallo del magistrado Jonathan Corwin por el que denegaba la petición presentada por Thomas Putnam para declarar nulo y sin efectos el contrato de compra de Northfields debido a la ilegalidad de la firma de Elizabeth. Para concluir, el magistrado Corwin escribió: "La legalidad de la firma del contrato antes mencionado se basa en el contrato que obliga a Ronald Stewart y a Elizabeth Flanagan, fechado el 11 de febrero de 1681."

Por sus lecturas, Kim sabía que Thomas Putnam había sido uno de los principales personajes que sumió a la aldea de Salem en una lucha de facciones antes del frenesí por la brujería. Muchos historiadores consideraban que él había sido la principal causa social oculta detrás del episodio. La esposa e hija de Thomas Putnam, aquejadas por el maleficio, presentaron muchas de las acusaciones de brujería. Con toda seguridad, Putnam desconocía el contrato prenupcial celebrado entre Ronald y Elizabeth cuando interpuso su demanda.

Kim dobló el título y el fallo con lentitud. Resultaba evidente que a Thomas Putnam le había enojado mucho la compra del terreno por parte de Elizabeth, y considerando su participación en el episodio de brujería, su enemistad bien podría haber empujado a Elizabeth en medio de la tragedia.

La joven colocó el título y el fallo anexo encima de la Biblia. Luego examinó el resto de los documentos contenidos en la caja. Para gran alegría suya, encontró otro documento que databa del siglo diecisiete: un contrato celebrado entre Ronald Stewart y Olaf Sagerholm de la ciudad de Gotemburgo, Suecia. En dicho documento se designaba a Olaf para construir un barco con el diseño de una nueva y veloz fragata. El contrato tenía fecha del 12 de diciembre de 1691.

A continuación Kim guardó la Biblia y los dos documentos del siglo diecisiete en la caja y la llevó de la celda a una consola situada al pie de la escalera que conducía al comedor. Planeaba usar esa caja como depósito de todos los papeles que encontrara relacionados con Elizabeth o Ronald. Con ese propósito, fue por la carta de James Flanagan y la colocó junto con los demás materiales.

Regresó a la habitación en la que había encontrado la caja de la Biblia e inició una búsqueda diligente en la cómoda sobre la que se encontraba la caja. Después de varias horas se incorporó y

estiró. Ese día no descubrió nada interesante. Echó un vistazo al reloj y se dio cuenta de que ya casi eran las ocho, hora de volver a casa.

Encontró muy poco tránsito hasta que entró en el área de Boston propiamente dicha. En lugar de continuar por Storrow Drive, que era sólo un tramo corto, cambió de opinión y decidió tomar la salida de Fenway. De pronto se le ocurrió la idea de visitar a Edward en el laboratorio.

Los encargados de la seguridad de la escuela de medicina le permitieron pasar gracias a su tarjeta de identificación del Hospital General Mass. Kim subió por las escaleras. Había visitado ese lugar en una de sus salidas a cenar con Edward, de modo que conocía el camino. Con plena confianza tocó a la puerta de vidrio esmerilado que conducía al laboratorio.

Una mujer atractiva, esbelta y rubia, cuya figura curvilínea se evidenciaba a pesar de la enorme bata blanca de laboratorio que llevaba puesta, abrió la puerta.

-¿Sí? -preguntó Eleanor de manera mecánica.

-Busco al doctor Edward Armstrong -contestó Kim.

-El doctor Armstrong no recibe por ahora -repuso Eleanor, mirando a Kim de arriba abajo.

-Creo que a mí sí querrá verme -replicó Kim, pero en realidad no estaba tan segura y, por un momento, se preguntó si había hecho bien en ir.

-¿Cómo se llama? -preguntó Eleanor de modo altanero.

-Kimberly Stewart.

Eleanor no dijo nada más antes de cerrar la puerta en las narices de Kim. Ella esperó. Cambió de posición y deseó no haber ido. Entonces, la puerta se abrió de nuevo.

-¡Kim! -exclamó Edward-. ¿Qué haces aquí?

Kim se disculpó suponiendo que había llegado en un momento inoportuno.

-Claro que no -repuso Edward-. Estoy ocupado, pero no importa. Adelante -se apartó de la puerta para cederle el paso.

-¿Quién me abrió? -preguntó Kim al entrar en el laboratorio.

-Eleanor -respondió Edward.

-No fue muy amable que digamos -comentó Kim.

-¿Eleanor? -preguntó Edward-. Debes de estar equivocada. Ella se lleva bien con todo el mundo. Es sólo que los dos estamos ya un poco agotados. Hemos estado trabajando sin cesar desde el sábado. Apenas hemos dormido.

Llegaron al escritorio de Edward. Él retiró una pila de publicaciones de una silla y le hizo una seña a Kim para que se sentara allí. Edward tomó asiento en el sillón de su escritorio.

Kim observó el rostro de Edward. Parecía estar sobreexcitado, como si hubiera bebido una docena de tazas de café. La mandíbula inferior se agitaba nerviosamente mientras mascaba goma.

-¿A qué se debe toda esta actividad febril? -preguntó ella.

-Sin duda, se debe al nuevo alcaloide -le explicó Edward-. Definitivamente es alucinógeno, pero creemos que es mucho más. Tenemos razones para pensar que calma, vigoriza y tal vez incluso fortalece la memoria.

-¿Cómo lograste averiguar todo eso con tanta rapidez? - inquirió Kim sorprendida.

Edward rió un poco cohibido.

-Todavía no estamos seguros de nada -reconoció-. Muchos investigadores considerarían el trabajo que hemos realizado hasta ahora poco menos que científico. Lo que estamos haciendo es darnos una idea general de las propiedades del alcaloide. Los resultados son muy interesantes.

Kim quería contarle lo que había ocurrido con la cabeza de Elizabeth, pero Eleanor entró en forma despreocupada y monopolizó de inmediato la atención del hombre con una hoja impresa por computadora. Eleanor ni siquiera tomó en cuenta la presencia de Kimberly, ni él las presentó. Kim observó mientras ellos sostenían una charla animada sobre la información. Era evidente que Edward se sentía complacido. Por fin, hizo algunas sugerencias a su colaboradora, le dio una palmada en la espalda y ella desapareció por el pasillo contiguo.

-¿Más buenas noticias? -preguntó Kim al referirse al impreso que Eleanor le había llevado.

-Ya lo creo -contestó Edward-. Eleanor ya confirmó nuestra impresión preliminar de que el compuesto es una molécula tetracíclica con múltiples cadenas secundarias.

Kim estaba impresionada.

-¿Cómo es posible que puedan deducir eso?

-Estamos usando todas las armas de nuestro arsenal de investigación en esto -explicó Edward-. Y por otro lado, la información no deja de fluir a borbotones. Obtendremos la estructura completa en un tiempo récord. Pero dime, ¿qué pasó en Salem?

Por un momento, la pregunta de Edward desconcertó a Kim. Lo veía tan absorto en su trabajo, que ella estaba a punto de excusarse y salir de ahí. Contestó que había vuelto a poner la cabeza de su antepasado en su lugar y mientras le contaba acerca del título de propiedad de Northfields firmado por Elizabeth y cómo ese hecho había enfurecido a Thomas Putnam, Eleanor volvió a hacer acto de presencia y una vez más se enfrascó con Edward en una entusiasta discusión. Cuando ella salió, Kim decidió marcharse.

-Será mejor que me vaya -comentó.

-Te acompaño a tu automóvil -ofreció Edward.

Mientras bajaban la escalera, Kim percibió un cambio en la conducta de Edward. Se puso más nervioso. Cuando llegaron al automóvil, manifestó:

-He estado pensando en tu propuesta de vivir contigo en la cabaña -hizo una pausa, al tiempo que jugueteaba con una piedra con la punta del pie. Kim esperó con impaciencia, ya que no estaba segura de lo que él iba a decir. Entonces, él espetó:

-Me gustaría aceptar, si aún estás dispuesta.

-Sí lo estoy -declaró Kim con alivio. Se estiró y lo abrazó.

SEIS

Viernes 29 de julio de 1994

EL ENTUSIASMO DE EDWARD se intensificó a medida que la semana transcurría. La base de datos sobre el nuevo alcaloide aumentó a una tasa exponencial. Para todos los propósitos prácticos tanto él como Eleanor vivían en el laboratorio. Edward insistía en comprobarlo todo personalmente, por lo que no tenía tiempo para nada más. No había impartido sus cátedras ni dedicado un momento a su grupo de alumnos graduados. Muchos de sus proyectos de investigación se encontraban estancados debido a la falta de su liderato y consejo.

A Edward no le importaba nada. Como un artista en un arrebato de creación, estaba cautivado por la nueva droga y totalmente ajeno a lo que le rodeaba. El miércoles temprano, en una proeza extraordinaria de química orgánica cualitativa, terminó de caracterizar por completo el núcleo estructural de cuatro anillos del compuesto. El miércoles por la tarde, el científico definió todas las cadenas secundarias. A manera de broma, Edward describió la molécula como una manzana de la que salían gusanos.

Las cinco cadenas secundarias, en particular le fascinaron al científico. Una era tetracíclica, igual que el núcleo, y se parecía a esa sustancia. Otra se asemejaba a una droga conocida como escopolamina. Las tres últimas eran similares a los principales neurotransmisores del cerebro: norepinefrina, dopamina y serotonina.

La madrugada del jueves, Edward y Eleanor vieron recompensados sus esfuerzos cuando la imagen de la estructura molecular completa apareció en la pantalla de la computadora en un espacio virtual de tres dimensiones. El logro fue producto del nuevo programa informática, de la capacidad de la supercomputadora y de horas de acalorados debates entre ambos, donde cada uno desempeñaba el papel de abogado del diablo frente al otro.

Después de ejercitar los dedos como si fuera un virtuoso a punto de tocar una sonata de Beethoven, Edward se sentó ante la teriminal que estaba conectada en línea con la supercomputadora. Apelando a todos sus conocimientos, experiencia e intuición para la química, empezó a trabajar con el teclado. En la pantalla, la imagen vibró y trepidó mientras Edward manipulaba la molécula y separaba las dos

cadenas secundarias que instintivamente reconocía como las responsables del efecto alucinógeno: la que se parecía a esa sustancia, y la otra semejante a la escopolamina.

Para gran alegría suya, logró remover todo, salvo un minúsculo fragmento de dos partículas de carbono de la cadena secundaria de esa sustancia, sin afectar el compuesto de manera muy significativa. En cambio, la cadena secundaria de escopolamina fue otro cantar. Edward sólo fue capaz de amputarla de un modo parcial. Cuando trató de quitar más, la molécula se dobló sobre sí misma.

Después de retirar todo lo que se atrevió de la cadena de escopolamina, Edward descargó los datos de la molécula en su computadora del laboratorio. La imagen que Eleanor y él contemplaban en ese momento era la de una nueva droga artificial e hipotética formada mediante la manipulación por computadora de un compuesto natural. La meta de Edward era eliminar todos los efectos colaterales alucinógenos y antiparasimpáticos de la sustancia. Estos últimos se referían a la boca seca, la dilatación de las pupilas y la amnesia parcial que tanto él como Eleanor habían experimentado posterior a la ingestión del compuesto.

En ese momento se puso en marcha el verdadero punto fuerte de Edward: la química orgánica sintética. En un esfuerzo maratónico, a altas horas de la noche del jueves, ideó un proceso para elaborar la droga a partir de los reactivos químicos a su disposición. Temprano por la mañana del viernes, produjo una ampolla llena de la nueva sustancia.

-¿Qué opinas? -preguntó Edward a Eleanor mientras los dos miraban el frasco.

- Creo que has realizado una hazaña extraordinaria de virtuosismo químico -expresó Eleanor con sinceridad.

- No pretendía oír un cumplido -repuso Edward-. ¿Qué piensas que es lo primero que debemos hacer?

- Soy la integrante más conservadora de este equipo -observó Eleanor-. Opino que nos demos una idea acerca de la toxicidad.

-De acuerdo, hagámoslo -coincidió Edward. Se puso de pie con dificultad y ayudó a Eleanor. Juntos volvieron al trabajo.

Lo primero que hicieron fue añadir concentraciones variadas de la droga a diversos tipos de cultivos de tejidos, incluyendo células de riñón y nerviosas. Aun las dosis relativamente grandes no produjeron ningún efecto.

A continuación, elaboraron un preparado de ganglios de *Aplasia fasciata,* insertando pequeños electrodos en las células nerviosas que transmitían los impulsos eléctricos de manera espontánea. Al conectar los electrodos a un amplificador, crearon una imagen de la actividad celular en un tubo de rayos catódicos. Poco a poco, añadieron la droga al líquido penetrante. La observación de las respuestas neuronales les permitió determinar que, en efecto, la droga era bioactiva, aunque no deprimía ni aumentaba la actividad espontánea. En vez de ello, la sustancia parecía estabilizar el ritmo.

Con entusiasmo creciente, puesto que todo lo que habían hecho hasta entonces produjo resultados positivos, Eleanor administró la nueva droga a un lote de ratas que estaban bajo estrés, en tanto que el científico la agregaba a una preparación sináptica recién elaborada. Eleanor se dio cuenta de inmediato de que la droga producía un efecto tranquilizador en los roedores.

Edward tardó un poco más en obtener resultados. Descubrió que la droga afectaba los niveles de los tres neurotransmisores, pero no de la misma manera. El efecto era mayor en la serotonina que en la norepinefrina, que a su vez se afectaba más que la dopamina. Lo que no esperaba era que la droga pareciera formar un enlace covalente débil con los ácidos glutámico y gama amino-butírico, dos de los principales agentes inhibidores del cerebro.

-¡Esto es fantástico! -exclamó Edward-. Estoy seguro de que esta droga es tanto un antidepresivo como un ansiolítico, y como tal podría revolucionar el campo de la psicofarmacología. Tal vez llegue a compararse con el descubrimiento de la penicilina.

-Aunque quizá sea alucinógeno -advirtió Eleanor.

-Con franqueza, lo dudo -manifestó Edward-. No después de remover la cadena secundaria parecida a esa sustancia. Sin embargo, tenemos que cerciorarnos.

Se dirigieron a la mesa de trabajo de Edward y prepararon varias soluciones cada vez más concentradas. Él fue el primero en probar la droga, y al ver que no ocurría nada, Eleanor también la

bebió. Tampoco percibió ningún efecto. Alentados por ello, aumentaron poco a poco las dosis hasta un miligramo completo, sabiendo que esa sustancia producía efectos psicodélicos a 0.05 miligramos.

-¿Y bien? -preguntó Edward después de media hora.

-En lo que a mí respecta, no he sentido ningún efecto alucinógeno -respondió Eleanor.

-Aunque sí hay un efecto -agregó Edward.

-Sin duda -repuso ella-. Pero tendría que describirlo como una especie de satisfacción tranquila. Además, siento que mi memoria de largo plazo ha despertado de una especie de ensueño. De pronto recuerdo mi número telefónico de cuando tenía seis años, el año en que mi familia se mudó a la costa occidental.

-¿Y tus sentidos? -preguntó Edward-. Los míos parecen haberse agudizado, sobre todo el del olfato.

Eleanor echó la cabeza hacia atrás y olfateó el aire.

-Nunca me había dado cuenta de que en este laboratorio había tal mezcolanza de olores.

-Hay algo más que experimento -declaró Edward-. No sería sensible a ello si no hubiera tomado Prozac hace un par de años, después de que mi padre murió. Ahora me siento socialmente seguro, como si pudiera integrarme a un grupo de gente y hacer todo lo que quisiera. La diferencia es que en aquella ocasión tuve que tomar Prozac tres meses antes de sentirme así.

-No podría decir que tengo esa misma sensación -replicó Eleanor-. Pero puedo afirmar que siento la boca un poco seca. ¿Tú también?

-Quizá -reconoció Edward. Luego miró directamente a los ojos azul oscuro de Eleanor-. Es posible que tengas las pupilas un poco dilatadas. Si lo están, es probable que se deba a la cadena secundaria de escopolamina que no pudimos eliminar por completo. Ahora comprueba tu visión cercana.

Eleanor tomó el frasco de un reactivo y leyó la letra menuda de la etiqueta.

-No hay problema -manifestó ella.

-Muy bien. Empieza a diseñar un modelo molecular computarizado para crear una familia de compuestos a partir de la nueva droga, sustituyendo las cadenas secundarias.

Mientras Eleanor se iba a trabajar en su computadora, Edward llamó a Stanton Lewis.

-¿Te gustaría cenar esta noche con Kim y conmigo? -preguntó Edward-. Hay algo que debes saber.

-Ajá, bribón -repuso Stanton-. ¿Acaso se trata de algún tipo de anuncio social importante?

-Creo que será mejor que lo hablemos en persona -repuso Edward con suavidad-. ¿Qué me dices de la invitación a cenar? Yo voy a pagar.

-Esto parece serio -comentó Stanton-. Tengo una reservación para cenar en el Anago Bistro en Main Street, Cambridge. Es para dos personas, pero me encargaré de que la cambien a cuatro. Nos vemos a las ocho de la noche.

-Excelente -dijo Edward y colgó enseguida antes de que Stanton pudiera hacer más preguntas. Después Edward llamóa Kim a su trabajo en la Unidad quirúrgica de terapia intensiva.

-¿Estás muy ocupada? -preguntó él cuando Kim contestó.

-Ni lo preguntes -contestó Kim.

-Hice planes para cenar con Stanton y su esposa -comentó Edward con entusiasmo-. A las ocho en punto. Lamento avisarte con tan poca anticipación.

-Preferiría cenar sólo contigo -dijo Kim.

-Es muy amable de tu parte decir eso -respondió amable Edward-. Yo también preferiría cenar a solas contigo. Pero tengo que hablar con Stanton y pensé que podríamos hacer una especie de pequeña fiesta. Después de cenar, tú y yo daremos un paseo por la plaza, como el día que nos conocimos. ¿Qué te parece?

-Bueno, es un compromiso -aceptó Kim.

KIM Y EDWARD LLEGARON primero al restaurante. La anfitriona los condujo a una mesa acogedora al lado de una ventana. La vista daba a una sección de Main Street, con su repertorio de pequeñas pizzerías y restaurantes hindúes. Un camión de bomberos pasó a toda velocidad, las sirenas ululaban.

-Juraría que el cuerpo de bomberos de Cambridge usa su equipo para ir por café -comentó Edward riendo-. No es posible que haya tantos incendios.

Kim miró con atención a Edward. Nunca lo había visto tan conversador y jovial, y aunque se veía cansado, actuaba como si acabara de tomar varias tazas de café exprés. Incluso había ordenado una botella de vino.

-Creí que Stanton siempre elegía el vino -observó Kim.

Antes de que Edward pudiera contestar, Stanton llegó, irrumpiendo en el restaurante como si fuera el propietario.

-De acuerdo, chicos -dijo a Edward, mientras Kim ayudaba a Candice a sentarse-. ¿Cuál es la gran noticia? ¿Debo pedir que nos abran una botella de Dom Pérignon?

-Ya ordené el vino -repuso Edward-. Con eso estará bien.

-¿Ordenaste el vino? -preguntó Stanton-. Pero si aquí no sirven jugo de manzana -rió de buena gana mientras se sentaba.

-Ordené un vino blanco italiano -aclaró Edward-. Un vino fresco y seco va muy bien con el clima caluroso del verano.

Kim arqueó las cejas. Nunca había visto esa faceta de Edward.

-¿De qué se trata? -preguntó Stanton, que se inclinó con impaciencia, poniendo los codos en la mesa-. ¿Van a casarse?

Kim se sonrojó. Se preguntó si Edward le habría contado a Stanton acerca de sus planes para compartir la cabaña.

-Por desgracia no soy tan afortunado -repuso Edward, riendo a su vez-. Tengo buenas noticias, pero no tan buenas.

Kim parpadeó y observó a Edward. Le impresionó la forma tan hábil con que manejó el comentario inapropiado de Stanton.

La camarera llegó con el vino. Stanton examinó la etiqueta.

-No es una mala elección, viejo -comentó a Edward. Una vez que sirvieron el vino, Stanton empezó a hacer un brindis, pero Edward lo interrumpió:

-Es mi turno -alzó la copia hacia Stanton-. Por el inversionista más astuto en el mundo de las empresas médicas de riesgo.

-Y yo pensaba que no lo habías notado aún -replicó Stanton riendo. Entonces, todos bebieron un sorbo.

- Creo que hemos creado la droga de la próxima generación, a semejanza de Prozac y Xanax -explicó Edward-. Una sustancia que parece ser perfecta. No es tóxica y posee muy pocos efectos colaterales; es casi seguro que tenga aplicaciones terapéuticas más amplias. En realidad, es posible que, debido a su estructura única de cadenas secundarias, capaces de alteración y sustitución, su espectro terapéutico sea infinito en el campo psicotrópico.

-¿Podrías ser más específico? -preguntó Stanton-. ¿Qué hace esta droga?

-Creemos que tiene un efecto general muy positivo en el ánimo -declaró Edward-. Parece ser antidepresiva y ansiolítica, lo que significa que calma la ansiedad. En apariencia, también puede combatir la fatiga, aumentar la satisfacción, agudizar los sentidos y mejorar la capacidad de la memoria de largo plazo.

-¡Estás hablando de una droga que vale miles de millones de dólares! -exclamó Stanton.

-¿Hablas en serio? -preguntó Edward.

La camarera interrumpió su conversación y ordenaron la cena. Después de que ella se alejó, Edward continuó:

-Todavía no comprobamos nada de esto. Aún no hemos llevado al cabo experimentos controlados.

-Pero pareces estar muy seguro -replicó Stanton.

-Muy seguro -manifestó Edward.

-¿Sabes cómo funciona la droga? -lo interrogó Stanton.

-Parece estabilizar los principales neurotransmisores del cerebro -explicó Edward-. Afecta las neuronas individuales, pero también lo hace con redes celulares completas, como si fuera un autacoide u hormona cerebral.

-¿Cómo la descubrieron? -inquirió Candice.

Edward explicó entonces la relación entre la antepasada de Kim, los juicios por brujería en Salem y la teoría de que fue un moho lo que envenenó a las acusadas en aquella época.

-Fue la pregunta de Kim acerca de si podía probar la teoría del envenenamiento lo que me indujo a tomar muestras de tierra.

-Qué ironía de la vida -comentó Candice-. Encontrar una droga útil en una muestra de tierra.

-En realidad no -aclaró Edward-. Muchas de las drogas más importantes se han descubierto en la tierra. La ironía es que esta droga viene del demonio.

-No digas eso -protestó Kim-. Me da escalofrío.

-A mí tampoco me agrada la asociación -dijo Stanton-. Preferiría considerarla como una droga caída del cielo -enseguida miró a Edward y preguntó-: ¿Qué vas a hacer ahora?

-Por esa razón quería verte -repuso Edward-. ¿Qué crees tú que debería hacer?

-Formar una compañía y patentar la droga -contestó Stanton.

-¿En verdad crees que ésta pueda ser una situación que implique miles de millones de dólares?

-Sé de lo que hablo -aseguró Stanton-. Sé qué terreno piso.

-Entonces hagámoslo -decidió Edward.

-De acuerdo. Para empezar, necesitamos algunas denominaciones -Stanton sacó una pequeña libreta y una pluma del bolsillo de su saco-. Es necesario encontrar un nombre para la droga y otro para la compañía.

-¿Qué te parece si le ponemos Omni a la nueva droga'? -preguntó Edward-. Para que vaya de acuerdo con su rango potencialmente amplio de aplicaciones clínicas.

-No creo, Omni suena más a una compañía -dijo con habilidad Stanton-. Podríamos llamarla Omni Pharmaceuticals.

-Me agrada -respondió Edward.

-¿Qué opinas de Ultra para la droga? -preguntó Stanton-. Estoy seguro de que funcionaría muy bien para la publicidad.

-Me parece bien -repuso Edward.

Ambos hombres miraron a las damas para saber su reacción. Candice mencionó que los nombres le parecían bien. Kim no supo qué opinar; estaba un poco desconcertada por el súbito e inesperado interés de Edward en los negocios.

-¿Cuánto tiempo necesitas a fin de estar listo para comercializar esta nueva droga? -preguntó Stanton a Edward.

-No creo poder contestar a esa pregunta por ahora -respondió Edward-. Ni siquiera puedo estar ciento por ciento seguro de que alguna vez podrá comercializarse.

-Ya lo sé -comentó Stanton-. Sólo quiero que me des tu mejor conjetura. La duración promedio desde el descubrimiento de una droga potencial hasta su aprobación por la Federal Drug Administration y comercialización subsecuente es de alrededor de doce años, y el costo promedio, de aproximadamente doscientos millones de dólares.

-No voy a tardar doce años -aclaró Edward-. Y tampoco necesito nada parecido a doscientos millones.

-¿Cuánto dinero necesitas? -preguntó Stanton.

-Tendría que instalar un laboratorio con la tecnología más reciente -manifestó Edward.

-¿Hay problemas con el que tienes en la actualidad?

-El laboratorio pertenece a Harvard. Tengo que alejar a Ultra de Harvard debido a un convenio de participación que firmé.

-¿Crees que eso nos cause algún problema? -preguntó.

-No lo creo -repuso Edward-. El convenio se refiere a los descubrimientos hechos en horas hábiles. Voy a alegar que descubrí a Ultra en mi tiempo libre, lo que es técnicamente correcto, aunque llevé a cabo cierta parte de la separación y síntesis preliminares en horas de trabajo.

-¿Y el periodo de desarrollo? -preguntó Stanton-. ¿Cuánto tiempo crees que podamos acortarlo?

-Mucho -puntualizó Edward-. Ultra es una sustancia no tóxica. Eso por sí solo agilizará la aprobación de la Federal Drug Administration, puesto que la caracterización de las toxicidades específicas es lo que requiere de mucho tiempo.

-Te diré algo -propuso Stanton-. Puedo reunir con facilidad de cuatro a cinco millones sin tener que ceder una proporción importante de las acciones patrimoniales, ya que la mayor parte del dinero provendría de mis propios recursos. ¿Qué te parece?

-Fantástico -repuso Edward-. Mientras te encargas de los aspectos del financiamiento, yo instalaré el laboratorio. La pregunta es: ¿dónde?

-Cambridge es una buena ubicación -sugirió Stanton.

-Quiero que esté alejado de Harvard -manifestó Edward.

-¿Qué opinas entonces de la zona de Kendall Square? -propuso Stanton-. Está suficientemente lejos de Harvard y, sin embargo, cerca de tu departamento.

Edward se volvió hacia Kim; las miradas se entrecruzaron. Kim adivinó lo que él pensaba y asintió con la cabeza.

-Dejaré Cambridge a finales de agosto -dijo Edward-. Me mudaré a Salem.

-Edward va a vivir conmigo -explicó Kim-. Estoy renovando la vieja casa de los terrenos familiares.

-Es maravilloso -dijo Candice.

-¡Ah, bribón! -exclamó Stanton mientras alargaba el brazo por encima de la mesa y le daba a Edward un ligero golpe en el hombro-. ¿Por qué no ubicamos la compañía en alguna parte de North Shore? Los locales comerciales que se alquilan en esa zona deben de costar menos de la mitad que en la ciudad.

-Stanton, acabas de darme una idea -dijo Edward. Miró a Kim-. ¿Y el molino convertido en establo de la propiedad? Sería el laboratorio ideal para este proyecto, debido a su aislamiento.

-No... no sé -tartamudeó Kim. La sugerencia la había tomado completamente desprevenida.

-Me refiero a que tú y tu hermano le alquilen el lugar a Omni -aclaró Edward-. Como mencionaste, la propiedad es una carga. Estoy seguro de que el pago del alquiler resultaría una ayuda. ¿Qué opinas?

-Tendré que preguntarle a mi hermano -respondió Kim.

-¿Cuándo? -preguntó Edward-. Porque cuanto antes mejor.

Kimberly miró el reloj y calculó que en Londres serían alrededor de las dos y media de la mañana, justo la hora en que Brian empezaba a trabajar.

-Supongo que podría llamarle en este momento.

-Así me gusta -dijo Stanton-. Decisión -sacó el teléfono celular de su bolsillo y lo deslizó sobre la mesa para acercarlo a Kim-. Omni pagará la llamada.

Kim se puso de pie.

-Me siento cohibida de llamar a mi hermano delante de todos -dijo-. Voy a salir un momento.

Después de que Kim se alejó de la mesa, Stanton preguntó:

-¿Cuánto personal necesitarás en el laboratorio? Los sueldos demasiado elevados pueden agotar el capital.

-Mantendré el número en el mínimo -contestó Edward-. Sin embargo, voy a necesitar personal del más alto nivel, lo que no resultará barato. Necesito un biólogo para manejar los estudios con animales; un inmunólogo para los estudios celulares; un cristalógrafo; un especialista en modelos moleculares; un biofísico y un farmacólogo, además de Eleanor y yo.

-¿Qué demonios crees que vas a crear? ¿Acaso una universidad? -exclamó Stanton-. Muchos de los nuevos laboratorios biomédicos terminan en la quiebra por la derrama de capital que implican los salarios demasiado generosos.

- Lo tendré presente siempre -dijo Edward-. ¿Cuándo consideras que pueda empezar a disponer del dinero?

-Cuenta con un millón de dólares a principios de la semana próxima -prometió Stanton.

Los primeros platos de la cena llegaron cuando Kim regresó. Se sentó y le entregó el teléfono a Stanton.

-A mi hermano Brian le encantó la idea -informó Kim-. Sin embargo, insiste en que Omni pague las reparaciones.

-Me parece justo -repuso Edward. Alzó su copa-. Por Omni y Ultra -chocaron las copas y bebieron. Edward pensó que jamás había probado un mejor vino blanco y se dio un momento para disfrutar de su buqué a vainilla y su ligero sabor a albaricoque.

DESPUÉS DE LA CENA, Kim y Edward subieron al automóvil de éste en el estacionamiento del restaurante.

-Si no te molesta, me gustaría dejar para otra ocasión el paseo por la plaza -dijo Edward.

-¿Cómo? -preguntó Kim. Le sorprendió, aunque todo lo ocurrido en la velada había constituido una sorpresa para ella. La conducta de Edward había sido excepcional desde el momento en que pasó a recogerla.

-Quiero hacer varias llamadas -explicó Edward.

-Pasan de las diez. ¿No te parece que es un poco tarde para llamar a nadie?

-No en la costa occidental -repuso Edward-. Hay un par de personas en UCLA y en Stanford con quienes me gustaría contar en el equipo de Omni.

-Supongo que debes estar muy emocionado con esta aventura comercial -manifestó Kim.

-Estoy eufórico. Ultra ofrece una oportunidad única en la vida de dejar huella en este mundo, y al mismo tiempo, ganar una generosa cantidad de dinero.

-Pensé que no te interesaba convertirte en millonario.

-No me interesaba -contestó Edward-. Pero no había pensado en que podía convertirme en multimillonario. No me había percatado de que esto entrañaba tanto potencial.

Kim no estaba segura de que hubiera gran diferencia, pero no dijo nada. Era una cuestión ética y no tenía ganas de debatir.

Dieron vuelta para alejarse de Memorial Drive y se dirigieron hacia las tranquilas calles residenciales de Cambridge. Edward se detuvo en su lugar de estacionamiento y apagó el motor. Entonces se golpeó la frente con la palma.

-Pero qué tonto soy -dijo-. Deberíamos haber ido primero a tu casa para que recogieras tus cosas.

-¿Quieres que me quede esta noche?

-Por supuesto -respondió Edward-. Así podremos salir temprano a Salem.

-¿Estás seguro de que quieres ir? -preguntó Kim-. Tenía la impresión de que no deseabas perder el tiempo.

-Ahora sí, puesto que ahí vamos a instalar Omni -contestó Edward y volvió a encender el motor del auto-. Vamos por una muda de ropa para ti. Suponiendo que desees quedarte -sonrió en la penumbra.

-Creo que sí -repuso Kim. Se sentía indecisa e inquieta sin saber con exactitud cuál era la causa.

SIETE

Sábado 30 de julio de 1994

KIM Y EDWARD no se pusieron en marcha temprano. En vez de ello, el joven pasó la mitad de la mañana en el teléfono. Llamó al contratista y al arquitecto de Kim y habló con ellos respecto a ampliar las obras para incluir el nuevo laboratorio. Acordaron encontrarse en la propiedad a las once. A continuación, llamó a varios vendedores de fabricantes de equipo para laboratorios médicos y programó una cita para verlos a la misma hora. Edward y Kim no subieron al automóvil sino hasta mucho después de las diez. Cuando se estacionaron frente a los establos, un grupo de personas los aguardaba. Edward les hizo una seña para que se reunieran cerca de la puerta deslizable cerrada con candado.

La construcción era una larga estructura de piedra de un solo piso; tenía unas cuantas ventanas en lo alto, debajo de los aleros.

Puesto que el terreno caía en forma pronunciada hacia el río, la parte posterior contaba con dos pisos. Kim tuvo que probar varias llaves antes de encontrar la correcta para abrir el grueso candado. El interior era una habitación larga, enorme y sin divisiones, con un techo tan alto como el de una catedral.

-Es perfecto -dijo Edward-. Mi idea de un laboratorio consiste en un espacio grande para que cada investigador tenga interacción con los demás.

Una escalera de basta madera de roble conducía al nivel inferior, en el que se encontraron con un pasillo largo con compartimientos a la derecha y cobertizos para guardar los arreos, a la izquierda. Kim escuchó los planes para convertir las caballerizas rápidamente en un laboratorio con tecnología de vanguardia. Abajo se ubicarían las instalaciones para los animales que iban a usar para los experimentos. El piso superior albergaría el laboratorio principal, así como la computadora central. Cada una de las mesas del laboratorio tendría su propia terminal. Para suministrar energía a todo el equipo electrónico, instalarían una enorme planta eléctrica.

Después del recorrido, Edward se volvió hacia el contratista y el arquitecto.

-¿Creen que haya algún problema?

-No lo creo -repuso Mark-. Sin embargo, sugiero que diseñemos una entrada con un área de recepción.

-No vamos a recibir a muchos visitantes -les aclaró rápidamente Edward-. Pero me parece bien que la diseñen. ¿Qué más?

-No creo que tengamos ninguna dificultad para obtener los permisos -dijo George-. Siempre que no mencionemos el asunto de los animales. Eso podría crear problemas y se requeriría de mucho tiempo para resolverlos.

-Con gusto dejaré que ustedes se encarguen de las relaciones con las autoridades civiles -comentó Edward-. Lo que me interesa es agilizar este proyecto. ¿Cuándo pueden empezar?

-De inmediato -respondieron Mark y George al unísono.

-Espero que los trabajos menores que les encomendé a ambos no vayan a retrasarse por este proyecto más importante -manifestó Kim al hablar por primera vez.

-No se preocupe -dijo George-. En todo caso, aceleraremos las obras en la cabaña. Vamos a traer una cuadrilla grande de trabajadores por si necesitamos un plomero o un electricista.

Mientras que Edward, el contratista, el arquitecto y los diversos vendedores de equipo médico se dedicaban a afinar los detalles para el nuevo laboratorio, Kim cruzó el campo para inspeccionar las obras de renovación. El trabajo avanzaba bien y, por primera vez, imaginó cómo se vería la cabaña cuando la terminaran.

Deambuló de regreso a los establos, pero no había asomos de que Edward fuera a terminar su reunión. Lo interrumpió sólo para avisarle que iba a estar en el castillo.

Dejó atrás la luz del Sol radiante y entró en el sombrío interior del castillo, de cuyos ventanales pendían pesados cortinajes; era como entrar a otro mundo. Oyó los crujidos y rechinidos de la casa que se adaptaba al calor; luego subió por la gran escalinata. A pesar de su reciente éxito en la cava, pensó en echar un vistazo al ático, en especial porque era un lugar mucho más agradable.

Al abrir una ventana de gablete para dejar entrar la brisa fresca que venía del río, notó una pila de legajos empastados en tela, que estaban ordenados a lo largo de una pared a un lado de la ventana. Tomó uno de los libros y vio el lomo. Escritas a mano con tinta blanca, leyó las siguientes palabras: *Bruja del mar.* Sintió curiosidad y abrió el libro. Al principio, pensó que se trataba de un diario, porque todas las entradas, escritas a mano, empezaban con el día del mes seguido por una narración, pero pronto se dio cuenta de que era la bitácora de un barco que abarcaba los años de 1791 a 1802. Luego, Kim colocó el volumen en su lugar y miró los lomos de los demás libros. Había siete con el nombre *Bruja del mar.* El más antiguo comprendía de 1737 a 1749.

Entonces descubrió un libro con lomo de cuero desgastado, que no tenía nombre. Lo abrió y vio la página del título. Era la bitácora de un bergantín llamado *Esfuerzo* y abarcaba los años de 1679 a 1703. Con delicadeza pasó las hojas viejas y avanzó por el texto, año por año, hasta llegar a 1692.

El primer registro del año había sido hecho el veinticuatro de enero. Describía el clima frío, con cielo despejado y buenos vientos del oeste. Continuaba narrando que el barco zarpaba a Liverpool y

llevaba una carga de aceite de ballena, madera, pieles, bacalao y macarela secos. A bordo iba un pasajero distinguido, el señor Ronald Stewart, dueño de la embarcación. La bitácora explicaba que el huésped iba de camino a Suecia para tomar posesión de una nueva nave que se llamaría *El espíritu del mar.*

Emocionada, Kim cerró el libro y bajó del ático a la cava. Al abrir la caja de la Biblia, sacó el título de propiedad que había descubierto y comprobó la fecha. Tenía razón. Elizabeth había firmado el título porque en ese momento Ronald realizaba su travesía.

Descifrar uno de los misterios relacionados con Elizabeth, aun cuando fuera insignificante, provocó en la joven un sentimiento de satisfacción. Guardó el título de propiedad en la caja de la Biblia y se encontraba en el proceso de agregar la bitácora del barco a su pequeña colección, cuando tres sobres atados con una cinta delgada se deslizaron de la cubierta posterior.

Con manos temblorosas, Kim levantó el esbelto paquete. El primer sobre estaba dirigido a Ronald Stewart. Después de desatar la cinta, descubrió que los demás también estaban dirigidos a él. Con gran emoción, abrió los sobres y encontró tres cartas, fechadas el veintitrés y veintinueve de octubre y el once de noviembre de 1692. La primera era de Samuel Sewall, uno de los jueces del tribunal que participó en el juicio de Elizabeth.

Boston, 23 de octubre

Mi querido amigo:

Comprendo que tu espíritu se encuentre aún atribulado, aunque confío en el nombre de Dios que tu reciente matrimonio alivie tu desasosiego. También comprendo tu deseo de impedir la divulgación de la lamentable asociación de tu difunta esposa con el Príncipe de las tinieblas. Para este propósito, te ruego acudir al reverendo Cotton Mather, en cuyo sótano viste la obra infernal de tu esposa. La custodia oficial de las pruebas ha sido otorgada en perpetuidad al reverendo Mather, en atención a su solicitud.

Quedo como siempre, tu amigo,

Samuel Sewall

FRUSTRADA POR DESCUBRIR otra referencia a las misteriosas pruebas sin que éstas fueran descritas, Kimberly abrió la segunda carta. Era de Cotton Mather.

Boston, sábado 29 de octubre

Señor:

Acuso recibo de su reciente carta y aunque comprendo cabalmente su deseo de proteger a su familia de mayores humillaciones, creo con firmeza que las pruebas contra Elizabeth deben preservarse para beneficio de futuras generaciones en su eterna lucha contra las fuerzas del mal, como ejemplo sin igual del tipo de pruebas necesarias para determinar con objetividad un verdadero pacto con el diablo. Respecto a ello, mi padre, el buen reverendo Increase Mather, que en la actualidad es el presidente de Harvard Colledge, y yo hemos decidido que las pruebas deben conservarse en dicho lugar.

Su servidor en el nombre de Dios,

Cotton Mather

KIM NO ESTABA muy segura de entender todo el contenido de la carta, pero lo fundamental era fácil de comprender. Abrió la última. Al ver la firma, de inmediato se dio cuenta de que lo había escrito Increase Mather.

Cambridge, 1 1 de noviembre de 1692

Señor:

Simpatizo totalmente con su deseo de que las pruebas antes mencionadas sean devueltas a su disposición privada; sin embargo, estoy convencido de que es la voluntad de Dios que el legado de Elizabeth se conserve en Harvard para que sirva como una importante contribución al establecimiento de criterios objetivos del derecho eclesiástico en relación con la brujería y la abominable obra del demonio. Siempre que los apreciables miembros de la Corporación de Harvard juzguen conveniente fundar una escuela de derecho, las pruebas se enviarán en ese momento a dicha institución.

Quedo de usted su servidor,
Increase Mather

-¡MALDICIÓN! -exclamó Kim en voz alta después de leer la tercera carta. No podía creer lo afortunada que había sido por encontrar tantas referencias a las pruebas contra Elizabeth Stewart y que no supiera todavía en qué consistían. Sin embargo, había averiguado un hecho muy significativo: las pruebas, cualesquiera que fuesen, se habían cedido a Harvard en 1692.

Kim se preguntó entonces si podría encontrar alguna referencia a dichas pruebas en la institución en la actualidad y, en caso de intentarlo, si se burlarían de ella.

-Ah, ahí estás -llamó Edward en voz alta desde la parte superior de la escalera de la cava-. ¿Tuviste suerte?

-Ven a ver -gritó Kim como respuesta.

Edward bajó los escalones y leyó con atención las cartas que Kim le había entregado.

-Son maravillosas -comentó-. Estoy completamente seguro de que la gente de Harvard se interesará en ellas, en especial en la de Increase Mather.

-Tienes razón -dijo Kim-. Estaba pensando en ir a Harvard a preguntar por las pruebas. Temo que se rían de mí, pero tal vez podría hacer un trato.

-Ellos no van a reírse de nadie -comentó Edward, tajante-. Puedo asegurarte que alguna persona de la Biblioteca Widener consideraría muy interesante esta historia. Por supuesto, no rechazarán la donación de la carta. Posiblemente estén dispuestos incluso a comprarla.

Kim tomó las cartas de manos de Edward y las colocó en la caja de la Biblia. Luego miró el largo pasillo de la cava, con los muebles que la ocupaban, llenos de documentos.

-Ojalá encuentre una descripción de esas pruebas -deseó-. Tengo que seguir tratando -miró a Edward-. ¿Quieres regresar ya a Boston?

-Sí -reconoció Edward-. Tengo mucho que hacer ahora que Omni va a convertirse en realidad. Pero tomaré el tren, si quieres quedarte aquí.

-Bueno, si no te importa -repuso Kim. El hallazgo de las cartas la había estimulado.

Viernes 12 de agosto de 1994

EL DÍA EMPEZÓ calido, brumoso y húmedo. Había llovido muy poco durante todo el mes de julio y la sequía continuaba en agosto, así que el césped del Boston Common, que se encontraba frente al departamento de Kim, empezó a cambiar de tonos y a pasar de verde a marrón.

En el hospital, agosto trajo cierto alivio para Kim. Kinnard había empezado su contrato temporal de dos meses en el Salem Hospital, de modo que no tenía la inquietud de que iba a verlo cara a cara todos los días en la Unidad quirúrgica de terapia intensiva; además, había concluido las negociaciones con el Departamento de Enfermería para conseguir una licencia a fin de ausentarse en septiembre. Agosto también proporcionó a Kim un poco de tiempo libre, ya que Edward estaba fuera de la ciudad en su misión secreta de reclutamiento de personal para Omni Pharmaceuticals. Sin embargo, no la olvidaba. Las flores continuaban llegando. Aunque en lugar de arreglos grandes, las entregas consistían entonces en una sola rosa al día, lo que Kim consideraba mucho más apropiado. No tuvo problemas en ocupar su tiempo. Por las noches, continuó con sus lecturas sobre los juicios por brujería en Salem, y se había hecho el propósito de visitar la propiedad todos los días. La construcción del laboratorio avanzaba a pasos agigantados y los trabajos de pintura se iniciaron en la cabaña.

En cada visita a la propiedad de Salem, Kim pasaba algún tiempo en el castillo revisando con cuidado el cúmulo de papeles polvorientos. Los resultados fueron decepcionantes.

A pesar de que descubrir las tres cartas la había estimulado, veintiséis horas de búsqueda subsecuente no habían rendido frutos. En consecuencia, el jueves decidió llevar la carta de Increase Mather a Boston. Planeaba entregarla a la gente de Harvard después de salir de trabajar.

Recordó el comentario de Edward acerca de la Biblioteca Widener y decidió probar suerte primero en ese lugar. Ya casi eran las cinco cuando subió los anchos escalones y pasó entre las columnas

impresionantes. En el mostrador de información, solicitó hablar con alguna persona especialista en documentos muy antiguos. La enviaron a la oficina de Mary Custland.

Mary Custland, curadora de libros y manuscritos raros, era una mujer dinámica de casi cuarenta años, vestía un traje azul oscuro elegante, blusa blanca y una pañoleta de colores brillantes. Era difícil que se ajustara a la imagen estereotipada que Kim tenía de una bibliotecaria. Preguntó a Kim en qué podía ayudarla.

Kim sacó la carta y se la entregó, al tiempo que le informaba que era descendiente del destinatario. Empezó a explicar lo que quería, pero Mary la interrumpió:

-Discúlpeme -dijo-. ¡Esta carta es nada menos que de Increase Mather! Permítame llamar a Katherine Sturburg.

Colocó la carta en su cartapacio y tomó el teléfono mientras explicaba a la visitante que Katherine era especialista en materiales del siglo diecisiete y que estaba muy interesada en Increase Mather.

Katherine llegó sin tardanza. Era una mujer mayor, de cabello canoso y un par de anteojos que colgaba sobre la punta de la nariz. Tras presentar a Kim, Mary le mostró la carta. Katherine usó sólo la yema del dedo para dar vuelta a la carta y poder leerla.

-¿Qué opinas? -preguntó Mary.

-Es auténtica -manifestó Katherine-. Me doy cuenta de ello por la letra manuscrita y la sintaxis. Pero, ¿de qué pruebas habla?

-Esa es la cuestión -contestó Kim-. Intento averiguar algo acerca de mi antepasada Elizabeth Stewart. Tengo la esperanza de que Harvard me ayude, puesto que las pruebas, cualesquiera que sean, se guardaron aquí -Kim explicó que habían arrestado a Elizabeth, la habían sometido a un juicio por brujería en Salem y que las pruebas se utilizaron en contra de ella para condenarla.

-Con mucho gusto revisaré mis archivos para ver si encuentro el nombre de Elizabeth Stewart -prometió Katherine-. Sea cual fuere ese objeto, tiene que haber alguna referencia a él, puesto que Mather confirma que se conservó en Harvard. ¿Me permite hacer una copia de la carta?

-Por supuesto -respondió Kim-. En realidad, cuando termine con esta especie de cruzada en pequeño, será un placer donar el original a la biblioteca.

-Eso sería muy generoso de su parte -repuso contenta Mary. Intercambió una mirada con Katherine y luego añadió-: No quiero parecer pesimista, pero las probabilidades de encontrar algo aquí son muy remotas. Hubo un gran incendio en Harvard en 1764, en el que no sólo la biblioteca perdió la mayor parte de sus libros, sino también una colección de animales y aves disecados y, lo más extraño de todo, una colección a la que denominaban "depósito de curiosidades".

-Eso suena como si ésta hubiera incluido objetos asociados con ocultismo -sugirió Kim.

-Sin lugar a duda -repuso Mary-. Es muy probable que lo que usted busca haya formado parte de esa colección misteriosa.

-Sin embargo, eso no significa que no pueda encontrar alguna mención a esto -observó Katherine -. Voy a dedicarle a ello todos mis esfuerzos.

OCHO

Viernes 26 de agosto de 1994

EN LOS ÚLTIMOS días de agosto, las obras continuaron en la propiedad de los Stewart a una velocidad pasmosa, en particular en el laboratorio, donde las piezas del equipo científico llegaban todos los días, lo que provocaba una oleada de esfuerzo para instalarlas de manera adecuada. A raíz de eso, Edward dedicó aún menos tiempo a sus deberes en Harvard. Cuando uno de los estudiantes de doctorado que trabajaba con él se quejó en la administración de Harvard, Edward se enfureció y lo despidió sin ninguna contemplación. Para agravar los dolores de cabeza del científico, llegaron rumores a la oficina de licencias de la universidad acerca de su participación en el proyecto Omni y le enviaron una avalancha de cartas de investigación, que él decidió no tomar en cuenta.

Kim tenía plena conciencia de que las presiones sobre Edward iban en aumento e intentó hacerle la vida un poco más sencilla. Empezó a quedarse en su departamento casi todas las noches, preparaba la cena, alimentaba al perro de Edward e incluso hacía algo de limpieza y lavaba la ropa.

Por desgracia, Edward estaba demasiado preocupado como para notar sus esfuerzos. Las flores dejaron de llegar en cuanto ella empezó a quedarse de manera regular en el departamento de él, cosa que Kim consideró razonable; aunque, extrañaba la cortesía que representaban.

Cuando Kim salió de trabajar el viernes, veintiséis de agosto, sopesó el problema. Para agravar la tensión, estaba el hecho de que ella y Edward no habían hecho todavía planes para mudarse, aun cuando los dos tenían que dejar sus departamentos en cinco días.

En el departamento de Edward, Kim alimentó al perro y luego preparó la cena. La tuvo lista a la hora en que Edward le había dicho que llegaría a casa.

Dieron las siete y se hizo aún más tarde. Kim apagó la hornilla donde estaba el arroz. A las siete y media cubrió la ensalada con una envoltura plástica y la guardó en el refrigerador. Por fin, a las ocho, llegó Edward.

-¡Me llevan todos los diablos! -dijo él mientras daba un puntapié a la puerta para cerrarla-. Tu contratista es un idiota. Me prometió que iban a ir más electricistas hoy y no fueron -entró en el baño para lavarse las manos. Kim recalentó el arroz en el horno de microondas y sirvió dos copas de vino. Las llevó a la habitación y le dio una a Edward cuando salía del baño. Él bebió un sorbo.

-Tal vez no sea ahora el mejor momento para sacar a relucir el tema -titubeó Kim-. Pero nunca hay un buen momento para ello. Todavía no hemos hecho planes formales para mudarnos y el primero de mes está casi encima.

Edward explotó. En un momento de ira incontrolable, arrojó la copa de vino contra la chimenea, donde se hizo añicos, y gritó:

-¡Lo último que necesito es que me presiones!

Se acercó furioso a Kim. Tenía los ojos dilatados y las venas sobresalían de las sienes. Los músculos de la mandíbula le temblaban, y cerraba y abría los puños.

-Lo siento -espetó Kim. Estaba aterrorizada. Él era tan fornido que ella sintió miedo de que pudiera dañarla. Corrió a la cocina y se puso a limpiar. Cuando empezó a tranquilizarse, decidió irse y se dirigió a la sala. Se detuvo porque Edward estaba en la entrada. Para alivio de Kim, el rostro de él parecía totalmente transformado. En lugar de cólera, reflejaba confusión e incluso tristeza.

-Lo lamento -musitó. Su tartamudeo hacía que fuera una hazaña pronunciar las palabras-. No sé qué me pasó. Perdóname.

Su sinceridad conmovió a Kim enseguida. Se acercó a Edward y se abrazaron.

-Este periodo es terriblemente frustrante -explicó-. La gente de Harvard me está volviendo loco y quiero con desesperación volver a trabajar en Ultra. Pero lo último que deseo es desquitarme contigo. ¿Cuándo quieres mudarte?

-Debemos mudarnos antes del primero de septiembre -contestó Kim.

-¿Qué te parece el treinta y uno? -preguntó Edward.

Miércoles 31 de agosto de 1994

EL DÍA DE LA MUDANZA resultó muy ajetreado desde las primeras horas de la mañana en que Kim se levantó. El camión de mudanzas llegó a su departamento a las siete y media y cargaron sus cosas primero; después fueron al de Edward. Cuando colocaron la última silla, el transporte estaba repleto.

Kim y Edward condujeron a la propiedad cada uno en su automóvil con sus respectivas mascotas. Al llegar, Sheba y Buffer se conocieron. Puesto que casi eran del mismo tamaño, la confrontación terminó en un empate. Después de eso, no tomaron en cuenta la presencia del otro.

En el momento en que los cargadores empezaron a introducir los muebles y enseres a la cabaña, Edward sorprendió a Kim al sugerir que tuvieran cuartos separados.

-¿Por qué? -preguntó Kim.

-Porque no soy yo mismo -explicó Edward-. No he dormido bien últimamente con todo lo que ha ocurrido. Es sólo de manera temporal. En cuanto inaugure el laboratorio y la presión disminuya, dormiremos juntos. Lo entiendes, ¿verdad?

-Supongo que sí -respondió Kim, al tiempo que trataba de ocultar su desilusión.

El camión de mudanzas acababa de partir cuando Edward informó a Kim que tenía trabajo que hacer en el laboratorio. Ella lo observó alejarse; entonces empezó a revisar el desorden que habían creado los encargados de la mudanza.

Kim pasó por alto las tareas más urgentes, desenvolvió el retrato de Elizabeth, que había mandado restaurar en los últimos días, y lo colgó sobre la chimenea. Retrocedió unos pasos para contemplar la pintura. En el crepúsculo del atardecer, los penetrantes ojos verdes de la mujer parecían turbar la quietud. Durante algunos minutos de fascinación, la joven se quedó inmóvil, en medio del lugar, mirando como hipnotizada un retrato que en muchos aspectos le resultaba parecido a verse al espejo. De pronto, sintió la apremiante necesidad de ir al castillo.

Una vez ahí, como impulsada por una fuerza sobrenatural, subió las escaleras y se dirigió al ático, donde se encaminó directamente a lo que parecía un viejo baúl utilizado por los marinos. Abrió la tapa y encontró el revoltijo habitual de documentos, sobres y unos cuantos legajos. Debajo de éstos había una libreta empastada de manera rústica. Introdujo las manos en el baúl y sacó la libreta. Abrió la pasta de tela, sólo para que se desprendiera. Sintió que el corazón se paralizaba un instante. En la guarda estaba escrito: "Elizabeth Flanagan, su libro, diciembre de 1678." Kimberly comprendió que se trataba del diario de Elizabeth. Apretó el libro, temerosa de que se le deshiciera en las manos. Se dirigió de prisa a la ventana para tener una mejor iluminación. Empezó por el final y leyó la última entrada, fechada el viernes 26 de febrero de 1692.

> Este frío parece no tener fin. El río Wooleston está tan congelado que podría soportar el peso de una persona hasta Royal Side. Me siento trastornada. Una enfermedad ha debilitado mi espíritu con crueles ataques y convulsiones como los que Ann Putnam padeció cuando nos visitó.
>
> ¿En qué he ofendido a Dios todopoderoso para que inflija tales tormentos a su humilde servidora? No recuerdo los ataques; no obstante, antes de que ocurran veo colores que ahora me aterrorizan y oigo sonidos extraños que no son de este mundo, mientras siento como si fuera a desmayarme. De pronto, recupero los sentidos y descubro que estoy en el piso, he causado destrozos y pronunciado balbuceos ininteligibles, o al menos eso dicen mis hijos, Sarah y Jonathan, quienes, alabado sea el Señor, todavía no están aquejados. Estas molestias comenzaron con la compra de los terrenos de Northfields y la malévola riña sostenida con la familia de Thomas Putnam. El doctor Griggs no sabe qué pensar de todo esto y me ha purgado en vano. Temo por Job que es tan inocente y me da miedo que el Señor decida quitarme la vida antes de que mi trabajo esté concluido. Rezo porque Ronald regrese sin tardanza para ayudamos con estos terribles padecimientos antes de que se me agoten las fuerzas.

Kim percibió la fuerza de la personalidad de su antepasada Elizabeth a través de su angustia. Se preguntó quién era Job, si acaso se trataba de una referencia bíblica. Cerró el libro con la intención de deleitarse con la experiencia. Lo apretó contra el pecho como si fuera un preciado tesoro y regresó a la cabaña. Movió una mesa y una silla hacia el centro de la habitación y se sentó. A plena vista del retrato, hojeó al azar las páginas.

El 7 de enero de 1682, Elizabeth mencionaba sin darle más importancia que ese día se había casado con Ronald Stewart. Esa oración breve iba seguida de una larga descripción del elegante carruaje que la condujo a la ciudad de Salem. Después relataba su alegría y asombro por mudarse a una casa tan distinguida.

Kim sonrió mientras leía la descripción que hacía Elizabeth de la misma casa a la que ella acababa de mudarse. Era una coincidencia encantadora haber encontrado el libro ese mismo día.

Miró los registros anteriores al casamiento de Elizabeth con Ronald. Se detuvo en el inicio del 10 de octubre de 1681. Elizabeth anotó en su diario que ese día su padre había regresado de Salem con una oferta de matrimonio, y continuó escribiendo:

> Al principio, mi espíritu se sintió turbado, puesto que no sé nada de este caballero y, sin embargo, mi padre habla bien de él. Papá dice que el caballero se fijó en mí en septiembre, cuando visitó nuestra tierra con el propósito de comprar madera para sus barcos. Papá dice también que la decisión depende de mí, pero que debía saber que el caballero ofreció de la manera más amable

> mudar a toda la familia a la ciudad de Salem, donde mi padre trabajará en su compañía y mi querida hermana Rebecca asistirá a la escuela.

Unas cuantas páginas más adelante, Elizabeth escribió:

> He informado a mi padre que aceptaré la propuesta de matrimonio. ¿Cómo podría rechazarla? Es ésta una señal de la Providencia, ya que todos estos años hemos vivido en esta tierra pobre de Andover, bajo la amenaza constante de los ataques de los salvajes pieles rojas. Nuestros vecinos de ambos lados han padecido ya tal desgracia y a muchos los han matado o tomado prisioneros. Traté de explicárselo a William Paterson, pero él no entiende y temo que ahora esté predispuesto en contra mía.

Kim alzó la mirada al retrato de Elizabeth. Se sentía conmovida al darse cuenta de que estaba leyendo los pensamientos de una chica de sólo dieciséis años, dispuesta a sacrificar su amor de adolescente para arriesgarse con el destino por el bien de su familia. Suspiró y se preguntó a sí misma, cuándo había sido la última vez que había actuado de manera totalmente desinteresada.

El ruido de un portazo la sobresaltó. Alzó la mirada y vio en la habitación a Edward. Cargaba unos planos.

-Este lugar sigue estando tan desordenado como cuando me fui -expresó él con tono de disgusto en la voz. Buscó un lugar donde poner sus planos-. ¿Qué has estado haciendo, Kim?

-Tuve un maravilloso golpe de suerte -respondió ella entusiasmada. Se acercó con el cuaderno a Edward-. Encontré el diario de Elizabeth.

-¿Aquí en la cabaña? -preguntó Edward sorprendido.

-No, en el castillo -dijo Kim.

-Debemos poner la casa en orden antes de que regreses a tu búsqueda de papeles -advirtió Edward -. Vas a contar con todo el mes para dedicarte a lo que te venga en gana -sintiéndose culpable, Kim empezó a desempacar las cajas.

CON UN SUSPIRO de alivio, Kim se deslizó entre las sábanas limpias y frescas para pasar su primera noche en la cabaña. Todavía quedaba mucho por hacer, pero la casa se encontraba razonablemente en orden.

Tomó el diario de Elizabeth de su mesa de noche. Tenía toda la intención de leer más, pero al tiempo que se recostaba en la cama, cobró conciencia de los ruidos de la noche: la sonora sinfonía de los insectos nocturnos y las ranas, así como los suaves crujidos de la vieja casona.

Apartó el diario y se levantó. Sheba, que se había quedado dormida, le lanzó una mirada de exasperación. La joven se puso los pantuflos y cruzó el pasillo para dirigirse a la habitación de Edward. Su puerta estaba entreabierta y todavía tenía la luz encendida. Kim empujó la puerta para abrirla, sólo para enfrentarse con un gruñido ronco de Buffer. Kim apretó los dientes; empezaba a desagradarle ese perro ingrato.

-¿Ocurre algo malo? -preguntó Edward. Se encontraba sentado en la cama con todos los planos del laboratorio extendidos a su alrededor.

-No pasa nada. Sólo que te extraño -dijo Kim-. ¿Estás seguro acerca de esta idea de dormir separados? Me siento sola y no es muy romántico.

Edward hizo un ademán para que Kim se acercara. Retiró los planos a un lado de la cama y dio unas palmadas en la orilla de ésta para que ella se sentara.

-Lo siento -musitó-. Pero creo que es lo mejor por el momento. Estoy como cuerda de violín a punto de romperse.

Kim asintió mientras miraba con atención las propias manos metidas en la bata. Edward alargó el brazo y levantó la barbilla de la joven enfermera.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó.

-Me siento un poco inquieta -respondió ella.

-¿Por qué?

-No estoy muy segura -reconoció Kim-. Creo que tiene que ver con lo que le sucedió a Elizabeth y el hecho de que ésta sea su casa. No puedo olvidar que algunos de mis genes son también los de ella. De todos modos, percibo su presencia.

-No empieces con cosas raras -advirtió Edward al tiempo que reía-. No crees en fantasmas, ¿verdad?

-No estoy muy segura. La manera en que encontré el diario de Elizabeth me da escalofrío. Acababa de colgar su retrato cuando sentí el impulso de ir al castillo. El diario estaba precisamene en el primer baúl que abrí.

-Si deseas creer que alguna fuerza mística te guió hasta el castillo, está bien. Sólo que no me pidas que esté de acuerdo contigo.

-¿De qué otra forma te puedes explicar lo que ocurrió? -preguntó Kim con vehemencia-. ¿Qué fue lo que me obligó a buscar en ese baúl específico?

-Muy bien -repuso Edward para tranquilizarla-. No voy a intentar convencerte de lo contrario. Serénate. Estoy de tu parte.

-Lo siento -dijo Kim-. No quería exaltarme.

Después de un largo beso de buenas noches, Kim dejó a Edward con sus planos. Al cerrar la puerta, la bañó la luz de la Luna que se filtraba por la ventana del medio baño. Desde donde estaba podía distinguir la silueta oscura y perturbadora del castillo que se dibujaba contra el cielo nocturno. Se estremeció. La escena le recordó una película de Drácula.

Tras bajar la escalera a oscuras, Kim dio media vuelta completa y se paseó entre el mar de cajas vacías que inundaba todavía el vestíbulo. Entró en la sala y miró el retrato de Elizabeth. Aun en la oscuridad, veía los ojos verdes de su antepasado, que brillaban como si despidieran una luz interior.

-¿Qué tratas de decirme? -susurró Kim ante la pintura.

Un movimiento repentino en la habitación llamó la atención de Kim; incluso tuvo que reprimir un grito. Levantó los brazos para protegerse, pero enseguida los bajó. Se trataba de Sheba, que había saltado sobre una mesa.

Kim se apoyó por un instante en la mesa. Se sentía avergonzada por el grado de terror que experimentó. ¿Por qué estaba tan tensa?

NUEVE

Principios de septiembre de 1994

EL LABORATORIO fue inaugurado durante la primera semana de septiembre. La primera persona que empezó a trabajar oficialmente ahí fue Eleanor Youngman, que había renunciado a su puesto en Harvard y se había mudado a Salem. La relación de Kim con Eleanor era cordial, aunque un poco acartonada. Kim se había dado cuenta de que existía cierta animosidad de parte de Eleanor, debida a los celos.

En su primer encuentro, Kim se había percatado que la admiración de Eleanor por Edward incluía un deseo no expresado de tener una relación más personal. A Kim le asombraba que Edward aún no lo hubiera notado.

Los siguientes en llegar al laboratorio fueron todos los animales. Arribaron a media semana a altas horas de la noche. Al observar desde la ventana de la cabaña, Kim no alcanzó a distinguir gran cosa de lo que sucedía, pero no le importó. Que se hicieran estudios con animales la molestaban, a pesar de que comprendía que eran necesarios.

Hacia el final de la misma semana, comenzaron a llegar los investigadores que venían de otras partes. Con la ayuda de Edward y Eleanor, consiguieron cuartos en diversas casas de huéspedes en Salem. Venían solos, habían dejado a sus familias en sus ciudades de origen para aliviar la tensión que producía trabajar veinticuatro horas al día durante varios meses. El incentivo era que todos se iban a convertir en millonarios una vez que tomaran posesión de sus acciones bursátiles.

El primero fue Curt Neuman. Era el mediodía. Desde la cabaña, Kim oyó el rugido sordo de una motocicleta. Al acercarse a la ventana, vio que la motocicleta patinaba hasta detenerse frente a la casa. Un hombre de aproximadamente su misma edad bajó de ese transporte y alzó su visera. Había una maleta atada con correas en la parte posterior del vehículo.

-¿Qué se le ofrece? -gritó Kim desde la ventana.

-Perdone -respondió él en tono de disculpa, la voz tenía un leve acento germánico-. ¿Puede ayudarme a localizar el laboratorio de Omni?

-Usted debe de ser el doctor Neuman -dijo entonces Kim-. Salgo enseguida -Edward había mencionado algo acerca de su acento cuando le contó que esperaba a Curt ese día. Al llegar a la puerta, Edward, quien por lo visto había oído la motocicleta, venía en su automóvil a toda velocidad por el camino de tierra en dirección de la cabaña. Se detuvo, bajó de un salto y abrazó a Curt como si fueran hermanos que hacía mucho tiempo no se veían.

Los dos hombres hablaron brevemente sobre las características de la motocicleta BMW, rojo metálico, de Curt, hasta que Edward se dio cuenta de que Kim se encontraba en la puerta. La presentó a Curt. Kim estrechó la mano del renombrado investigador. Era un hombre grande, cinco centímetros más alto que Edward, de cabello rubio y ojos azul celeste.

-Curt nació en Munich -comentó Edward-. Estudió en Stanford y en UCLA. Muchas personas, incluyéndome, creen que es el biólogo más talentoso del país; se especializa en reacciones provocadas por las drogas. Tuve la suerte de robárselo a Merck.

-Ya basta, Edward -protestó Curt al tiempo que se sonrojaba.

Más tarde, ese mismo día, cuando Kim y Edward terminaban una comida ligera, llegó el segundo investigador de fuera: un hombre alto y delgado, aunque musculoso. Kimberly pensó que se parecía más a un jugador profesional de tenis que a un investigador. Edward los presentó. Se llamaba François Leroux, biofísico de Lyons, Francia.

Tal como había hecho con Curt, Edward le dio a Kim un breve, pero muy elogioso, resumen del currículum vitae de François. Sin embargo, a diferencia de Curt, François inclinó la cabeza en dirección de Kim, como para recalcar que era todo lo que decía Edward y todavía más.

Los últimos dos investigadores decisivos: Gloria Herrera, farmacóloga, y David Hirsh, inmunólogo, llegaron el sábado diez de septiembre. Gloria, al igual que Eleanor, no se ajustaba a la imagen que tenía Kim del estereotipo de una investigadora académica.

Pero eso era lo único en que se parecían. En contraste con Eleanor, Gloria tenía la piel aceitunada, el cabello tan oscuro como el de Kim y, a diferencia de Eleanor, Gloria era cálida y directa.

David Hirsh le recordó a François. Era demasiado alto y esbelto, de aspecto atlético. Su comportamiento fue igualmente cortés, aunque más agradable, puesto que tenía un sentido evidente del humor y una sonrisa complaciente.

Durante los días que siguieron, Kim visitó el laboratorio a menudo para ofrecer apoyo moral, así como para asegurarse de que no hubiera problemas que ella pudiera ayudar a solucionar. Consideraba su posición entre la anfitriona y la dueña del lugar. A media semana, disminuyó la frecuencia de sus visitas y hacia fines de la misma semana, rara vez iba, puesto que Edward le había dicho sin tapujos que sus visitas interrumpían su concentración. Con la plena conciencia de la presión bajo la que trabajaban para producir resultados rápidos, Kim no tomó muy a pecho el rechazo.

Además, estaba contenta con sus actividades. Al comprender que casi todos los documentos que se encontraban en el ático y en la cava de vinos tenían importancia histórica, empezó a organizarlos y a separarlos por fecha y categorías de negocios y personales. Era una tarea monumental, pero le daba la sensación de logro.

De este modo, la primera quincena de septiembre transcurrió plácidamente para Kim. A mediados de mes evitaba por completo ir al laboratorio y rara vez veía a los investigadores, incluyendo a Edward, quien llegaba a casa cada vez más tarde por las noches y salía cada vez más temprano por las mañanas.

Lunes 19 de septiembre de 1994

ERA UN ESPLÉNDIDO día de otoño, el Sol resplandecía y calentaba hasta el punto en que la temperatura subió con rapidez a casi veintisiete grados. Para delicia de Kim, algunos de los árboles lucían el matiz de su esplendor otoñal y los campos que rodeaban el castillo formaban una espléndida capa de vara de oro silvestre.

Kim no había visto a Edward. Se había levantado antes que ella y salido al laboratorio sin desayunar. Se dio cuenta porque no había platos sucios en el fregadero. No le sorprendió; el grupo había empezado a comer en el laboratorio para ahorrar tiempo.

Kim pasó la mañana decidiendo qué tela elegir para las cortinas del dormitorio. Después de una placentera comida, que consistió en una ensalada y té helado, Kim caminó hasta el castillo para dedicar la tarde a buscar y organizar papeles. Se trasladó a un punto distante del ático sobre el ala de sirvientes y se puso a trabajar en una serie de archiveros negros. Utilizó cajas de cartón vacías de la mudanza y empezó a separar los documentos. Muchos se referían a cuestiones comerciales de principios del siglo diecinueve.

Al caer la tarde, había llegado al último gabinete y se encontraba ocupada con el penúltimo cajón, revisando una colección de contratos de embarques; en ese momento alzó la mirada y vio a Edward de pie junto a ella.

-¿Ocurre algo malo? -preguntó Kim con nerviosismo.

-Sí -respondió Edward-. Te he estado buscando desde hace media hora. Si piensas pasar tanto tiempo aquí, mejor manda poner un teléfono.

Kim se puso de pie con dificultad.

-Lo siento -se disculpó.

-Escucha -dijo Edward-. Tenemos un problema. Stanton está furioso por el dinero y viene en camino. Todos detestamos la idea de perder el tiempo para reunirnos con él, en especial en el laboratorio, donde exigirá explicaciones acerca de lo que todos hacemos. Para empeorar las cosas, tenemos los nervios de punta debido al exceso de trabajo. Ha habido muchas riñas por razones ridículas, como quién está más cerca del enfriador de agua. Me siento como el encargado de un grupo de exploradores nobatos malcriados. De todos modos, para no hacerte el cuento largo, quiero hacer la reunión en la cabaña. Sería una buena oportunidad para sacar a todos de un ambiente hostil. Para ahorrar tiempo, pensé que podrías preparar cualquier cosa para cenar.

Al principio, Kim pensó que Edward lo decía de broma. Cuando se dio cuenta de que no era así, miró su reloj:

-Pasan de las cinco -dijo-. No puedo preparar la cena para ocho personas a estas horas de la tarde.

-¿Por qué no? -preguntó Edward-. Para lo que me importa, podríamos comprar algunas pizzas y ya. Por favor, Kim. Necesito tu ayuda. Me estoy volviendo loco.

-Está bien -aceptó Kim, a sabiendas de que todo eso era un error-. Puedo hacer algo mejor que ordenar pizzas, pero de seguro no va a ser una cena para gourmets.

-Fantástico -dijo Edward. Salió a toda prisa del ático, mientras gritaba por encima del hombro-: Llegaremos a la casa a las siete y media en punto.

CON TAN POCA ANTICIPACIÓN, Kim decidió preparar una cena sencilla de carne a la parrilla, acompañada por ensalada y bollos calientes y sangría o cerveza para beber. De postre eligió helado y fruta fresca. A las seis cuarenta y cinco, ya tenía la carne marinada, la ensalada preparada y los bollos listos para meterlos al horno. Incluso había encendido el fuego en el asador que tenían al aire libre. Estaba terminando de poner la mesa en el comedor cuando llegó Stanton.

-Saludos, prima -dijo mientras daba a Kim un beso en la mejilla. Kim le dio la bienvenida y le ofreció una copa de vino.

Stanton aceptó y la siguió a la cocina.

-¿Es el único vino que tienes? -preguntó Stanton con desdén cuando Kim destapaba la botella.

-Temo que sí -respondió ella.

-Creo que prefiero tomar una cerveza.

Kim continuó con sus preparativos para la cena; Stanton se sentó en un banquillo y la observó trabajar. No dijo nada hasta que ella se volvió a mirarlo.

-¿Edward y tú se llevan bien? -preguntó-. No quiero inmiscuirme en tus asuntos, pero he descubierto que él no es una de esas personas con las que sea fácil tratar.

-Últimamente las cosas han estado un poco tensas -reconoció Kim-. Está muy presionado.

-No es el único -comentó Stanton-. La responsabilidad de mantener toda la operación a flote recae sobre mí, y Edward gasta una cantidad de dinero infame.

La puerta principal se abrió, y Edward y los investigadores entraron en grupo. Todos estaban irritables. Parecía que nadie quería ir a cenar a la cabaña. Edward les ordenó que fueran. Eleanor era la más conflictiva. En cuanto oyó en qué consistía el menú, anunció de manera petulante que ella no comía carne roja.

-¿Qué acostumbras comer? -le preguntó Edward.

-Pescado o pollo -respondió ella.

-Iré por pescado -dijo Kim. Fue por las llaves, salió y subió a su auto. Había sido una descortesía de Eleanor, pero Kim se alegró de salir de la casa. La atmósfera en el interior era deprimente.

Había un mercado de pescados a corta distancia; la chica compró varios filetes de salmón por si alguien más prefería comer pescado. Durante el camino de regreso, se preguntó con inquietud lo que encontraría al volver. El ambiente había mejorado. No podía decirse que fuera una reunión muy alegre, pero se sentía menos tensa. En su ausencia, habían abierto el vino y la cerveza que ella había comprado y bebían a sus anchas.

Los investigadores estaban sentados en la sala, agrupados en torno a una mesa de caballete. Stanton había distribuido unos documentos entre todos. Estaba de pie frente a la chimenea, exactamente abajo del retrato.

-Lo que ven es una proyección de la rapidez con la que nos quedaremos sin dinero al ritmo de gasto actual -explicó-. Es evidente que no nos encontramos en una buena situación. ¿Hay alguna forma de que puedan acelerar el paso?

Eleanor dejó escapar un risa breve y burlona.

-Trabajamos a la velocidad máxima -dijo François.

-La mayoría de nosotros duerme menos de seis horas todas las noches -agregó Curt.

-¿Ya existe una mejor idea sobre el modo en que actúa Ultra? -preguntó Stanton.

-Sabemos ya que es una hormona natural del cerebro -repuso Edward.

-Aunque los niveles no son iguales en todo el cerebro -explicó Gloria-. Nuestros estudios indican que Ultra se concentra en el tallo del cerebro anterior, el cerebro medio y el sistema límbico.

-Ah, el sistema límbico -dijo Stanton-. Recuerdo haberlo oído mencionar en la escuela de medicina. Es la parte del cerebro que se asocia con el animal que llevamos dentro de nosotros y los instintos básicos, como la ira, el hambre y el sexo.

-Gloria, explícale por favor cómo creemos nosotros que funciona -pidió Edward.

-Creemos que atenúa los niveles de los neurotransmisores del cerebro -explicó Gloria-. Algo similar a la manera en que un reactivo compensador mantiene el ph de un sistema ácido-base.

-En otras palabras -aclaró Edward concluyente-, Ultra funciona como estabilizador de la emoción. Ésa fue la función inicial de la molécula natural del cerebro. Debía devolver al estado normal la emoción extrema, provocada por un acontecimiento perturbador, como ver a un tigre dientes de sable en la cueva de uno. Ya sea que la emoción extrema sea temor o ira, Ultra atenúa los neurotransmisores, lo que permite volver rápidamente a la normalidad para enfrentar el siguiente desafío.

-¿Qué quieres decir por función inicial? -preguntó Stanton.

-La función evolucionó a medida que el cerebro humano también lo hacía -explicó Edward-. La molécula cerebral ha pasado de simplemente estabilizar la emoción a acercarla más al campo del control voluntario.

Los ojos de Stanton se iluminaron.

-Espera un segundo -dijo-. ¿Estás diciendo que si se administra Ultra a un paciente deprimido, todo lo que tendría que hacer es desear no estar deprimido?

-Ésa es nuestra hipótesis actual -asintió Edward.

-¡Ultra podría ser la droga del siglo! -exclamó Stanton.

-Por ello trabajamos sin cesar -añadió Edward.

-Es necesario acelerar el proceso -dijo Stanton-. Tenemos una droga que puede valer miles de millones de dólares y ya estamos a punto de ir a la quiebra.

-Se me ocurrió una manera de ahorrar algo de tiempo -mencionó Edward de repente-. Yo mismo tomaré la droga.

Durante varios minutos hubo un silencio total en la habitación; nada se oía, excepto el tictac del reloj en la repisa de la chimenea.

-¿Lo consideras una medida prudente? -preguntó Stanton.

-Por supuesto que sí -replicó Edward al tiempo que se entusiasmaba con la idea-. No sé por qué no se me ocurrió antes. Estoy seguro de que Ultra no entraña riesgos.

-No hemos estudiado nada acerca de la toxicidad -puntualizó Gloria Herrera.

-No creo que tomar una droga experimental sea una buena idea -dijo Kim, al participar en la conversación por primera vez. Edward la miró con el entrecejo fruncido por la interrupción.

-Pues yo creo que es una idea genial -replicó.

-También estoy dispuesta a tomarla -aventuró Gloria.

-Yo también -se ofreció Eleanor.

Uno por uno, los demás investigadores se ofrecieron a participar.

-Podríamos tomar dosis diferentes - explicó Gloria-. Seis personas nos darán un atisbo de la importancia estadística cuando tratemos de evaluar los resultados.

-Sugiero que tomemos los niveles de dosis a ciegas -propuso François-. De ese modo no sabremos quién toma la dosis más alta y quién la más baja.

-¿Acaso ingerir una droga de investigación, que aún no ha sido aprobada, no es contra la ley? -dijo Kim.

-¿De qué clase de ley hablas? -preguntó Edward, lanzando una carcajada-. ¿Una ley de un consejo de revisión institucional? Bueno, nosotros somos el consejo de revisión institucional y no hemos votado ninguna ley.

Todos los investigadores rieron con Edward.

-Creí que el gobierno establecía directrices acerca de tales cosas -insistió Kim.

-El National Institute of Health ha establecido ciertas directrices -explicó Stanton-. Pero son para instituciones a las que otorgan becas para investigación. Por supuesto, nosotros no recibimos dinero del gobierno.

-Debe haber alguna ley que prohíba el consumo humano de un medicamento antes de completar los experimentos con animales -dijo Kim-. Es totalmente insensato. ¿No recuerdan el desastre de la talidomida? ¿Acaso eso no les preocupa?

-No hay comparación -repuso Edward-. La talidomida no era un compuesto natural y, en general, resultaba mucho más tóxica. Aunque, Kim, no te estamos pidiendo que tomes Ultra. En realidad, tú podrías ser el control.

Todo el mundo rió. Kim se sonrojó y se fue a la cocina. Tenía la incómoda sensación de que una especie de histeria colectiva se estaba apoderando del grupo, debido a la combinación de exceso de trabajo y expectativas demasiado elevadas. Mientras se ocupaba en la cocina, oyó risas continuas y conversaciones a gritos y excitadas acerca de construir un centro científico con algunos de los miles de millones que preveían en su futuro.

DIEZ

Finales de septiembre de 1994

DURANTE LA SEMANA que siguió a ese lunes de la cena, Kim no vio en ningún momento a Edward . Llegaba cuando ella ya había ido a acostarse y se iba antes de que la joven despertara. No hizo ningún esfuerzo por comunicarse con ella, aun cuando Kim le había dejado numerosos mensajes.

El jueves, Kim consideró seriamente si ella y Edward deberían continuar viviendo juntos. Sabía que tenía que sostener una conversación con él antes de que las cosas empeoraran, pero no lo vio el jueves por la noche ni el viernes, incluso ni siquiera el sábado.

Kim estuvo la mañana del domingo en el ático del castillo clasificando documentos y, durante unas cuantas horas, esa tarea apartó su mente de la situación frustrante en la que vivía. A la una de la tarde, el estómago le avisó que había pasado mucho tiempo desde que había ingerido el café matutino y un tazón de cereal.

Al salir del interior del castillo, que olía a humedad, se detuvo un momento en el puente levadizo. Se deleitó con el paisaje otoñal lleno de colorido que se extendía a su alrededor. Su mirada divagó por la periferia de la propiedad y se detuvo de pronto. Entre la sombra de los árboles, vislumbró un automóvil. Sintió curiosidad y atravesó el campo. A medida que se acercaba, se sorprendió al ver que se trataba del automóvil del doctor Kinnard. Cuando él la vio, bajó de un salto del vehículo y ocurrió algo que Kim no recordaba haber visto en él jamás: Monihan se sonrojó.

-Disculpa -dijo él con cierta timidez-. No quiero que pienses que acostumbro rondar por aquí como un vulgar merodeador. El hecho es que intentaba reunir valor para entrar.

-¿Entonces por qué no lo hiciste? -preguntó Kim.

-Porque estoy muy apenado, debido a que la última vez que nos vimos me comporté como un idiota -explicó Kinnard-. En todo caso, espero no molestarle con mi presencia.

-No me molestas en lo más mínimo.

-Mi turno temporal en el Hospital de Salem concluye esta semana -comentó Kinnard-. De mañana en ocho días regresaré a trabajar al Hospital General Mass.

-Yo también me encuentro en la misma situación -dijo Kim. Explicó que había tomado una licencia para ausentarse del trabajo durante el mes de septiembre.

-¿Cómo quedó la renovación? -preguntó Kinnard.

-Decide tú mismo -dijo Kim-. Si quieres puedes pasar a ver.

-Sí, claro -respondió Kinnard-. Sube. Te llevo.

En la cabaña, Kim invitó al visitante a hacer un recorrido. Él se mostró interesado y atento. Subieron las escaleras; Kim le estaba enseñando a Kinnard el medio baño cuando, al mirar por la ventana, vio que Edward y Buffer caminaban por el campo en dirección a la cabaña.

Una sensación de pánico se apoderó de ella. Dado el terrible humor que Edward demostraba últimamente, no tenía idea de cuál sería su reacción ante la presencia del doctor Monihan.

-Será mejor que bajemos -dijo.

-¿Ocurre algo malo? -preguntó Kinnard.

-Edward está por llegar -contestó Kim.

-¿Hay algún problema? -inquirió él.

Kim trató de sonreír.

-Por supuesto que no, ninguno -respondió. Pero su voz no sonó convincente y tenía el estómago hecho nudo.

La puerta principal se abrió cuando llegaban a la sala, y Edward entró con Buffer, que se dirigió a la cocina en busca de comida.

-Ahí estás -dijo Edward a la joven.

-Tenemos visita -anunció Kim.

-¿Sí? -preguntó Edward y entró en la sala.

Kim los presentó. Kinnard se adelantó y le tendió la mano, pero Edward no se movió. Estaba pensando.

-Por supuesto -dijo mientras chasqueaba los dedos. Extendió la mano y estrechó la de Kinnard con entusiasmo-. Te recuerdo. Tú trabajaste en mi laboratorio. Hiciste tu residencia como cirujano en el Hospital General Mass.

-Excelente memoria -dijo Kinnard.

-Demonios, si hasta recuerdo tu tema de investigación -continuó Edward. Entonces expuso de manera sucinta el proyecto de Kinnard, de un año de duración.

-Lo recuerdas mejor que yo -comentó el médico.

-¿Quieres tomar una cerveza? -preguntó el científico.

Kinnard miró con nerviosismo entre Kim y Edward.

-Tal vez será mejor que me marche -concluyó.

-Tonterías -replicó Edward-. Quédate. Estoy seguro de que a Kim le vendría bien un poco de compañía. Tengo que regresar a mi trabajo. Sólo vine a hacerle una pregunta. No sé cómo expresar esto de la mejor manera -dijo a Kim-. Quiero que los investigadores se alojen en el castillo. Será más práctico para ellos dormir en la propiedad. Además, Omni pagará sus gastos.

-No sé...-dijo Kim-. Hay tantas reliquias familiares ahí.

-No van a tocar nada -prometió Edward.

-Permíteme pensarlo -dijo Kim.

-¿Pero qué tienes que pensar? -persistió Edward-. Estas personas son como de mi familia. Además, sólo duermen aproximadamente de la una a las cinco. Ni siquiera te enterarás que están ahí. Pueden alojarse unos en las alas de huéspedes y otros en las de los sirvientes -Edward le guiñó un ojo a Kinnard y agregó-: Es mejor mantener a las mujeres y a los hombres separados, porque no quiero ser responsable de ningún pleito doméstico.

-¿Estarán cómodos ahí? -preguntó Kim.

-Se sentirán fascinados -dijo Edward-. Gracias, mi amor -abrazó a Kim-. Kinnard -comentó al separarse de Kim-, no te alejes mucho ahora que sabes dónde estamos. Kim necesita compañía -silbó con un tono muy agudo y Buffer salió de la cocina. Un segundo después, la puerta principal se cerró de golpe.

Por un momento, Kim y Kinnard se miraron en silencio.

-¿Acaso me oíste aceptar? -preguntó Kim.

-Sucedió demasiado rápido -reconoció Kinnard.

-¿Ahora en qué lío me he metido? -preguntó Kim-. No me agrada mucho la idea de que el personal de Edward se hospede en el castillo.

-¿Cuántos son? -preguntó Kinnard.

-Cinco -respondió Kim.

-¿El castillo está vacío? -inquirió Kinnard.

-Nadie vive ahí, si a eso te refieres -dijo Kim-. Pero de ninguna manera podría decirse que está vacío. ¿Quieres verlo?

-Claro -respondió él.

Cinco minutos más tarde, el médico estaba de pie en medio de la gran habitación de dos pisos de altura; la expresión del rostro traslucía incredulidad.

-Ahora entiendo bien tu preocupación -expresó-. Este lugar es como un museo.

-Mi hermano y yo lo heredamos del abuelo. No sé lo que él pensará acerca de tener extraños viviendo aquí.

-Vamos a ver dónde se hospedarían -sugirió Kinnard.

Inspeccionaron las alas. Había cuatro habitaciones en cada una, y todas tenían su propia escalera y puerta que daba al exterior.

-Ya que tienen entradas independientes, no será necesario que pasen por la parte principal de la casa -señaló Kinnard.

-Es verdad -asintió Kim. Estaban en uno de los cuartos para sirvientes-. Tal vez esto no sea tan terrible. Los tres hombres pueden quedarse en esta ala y las dos mujeres en la de huéspedes.

Kinnard se asomó al baño que comunicaba las habitaciones.

-Oh, oh -dijo-. Kim, ven, por favor.

La chica se reunió con él.

-¿Hay algún problema?

Kinnard señaló la taza del baño.

-No hay agua -se inclinó sobre el lavabo y abrió las llaves. No salió nada.

Revisaron las otras habitaciones en el ala de sirvientes. Ninguna tenía agua corriente. Atravesaron el área de huéspedes y descubrieron que el problema se limitaba sólo a la primera parte.

-Llamaré al plomero -dijo Kim cuando iban saliendo del ala de huéspedes.

Caminaron por la parte principal de la casa una vez más.

-Al Instituto Peabody-Essex le encantaría este lugar -comentó Kinnard.

-Sí, les fascinaría el ático y la cava -coincidió Kim-. Están repletos de documentos que se remontan a hace trescientos años.

-Tengo que ver esos documentos -dijo él-. ¿Te molestaría?

-Por supuesto que no -respondió Kim. Cambiaron de dirección y subieron las escaleras que llevaban al ático. Kim abrió la puerta y le hizo una señal a Kinnard para que entrara.

-Bienvenido a los archivos Stewart -dijo.

Kinnard recorrió el pasillo central al tiempo que miraba con asombro todos los expedientes.

-Cuando era niño coleccionaba estampillas postales -recordó-. Muchas veces soñé con encontrar un lugar como éste. Quién sabe lo que podría hallar. Podría pasarme un mes aquí.

-Pues yo prácticamente lo he hecho -agregó Kim-. He estado buscando referencias de mi antepasada Elizabeth Stewart, quien fue acusada de ser bruja y ejecutada en 1692.

-¿Por qué nunca me lo habías contado?

-Fue una conspiración familiar para ocultarlo -repuso Kim y rió-. En serio, estaba condicionada por mi madre a pensar que era un tema del que no debía hablarse jamás. Pero ahora que he llegado al fondo del caso, se ha convertido en una especie de cruzada.

-¿Has tenido suerte? -preguntó Kinnard.

-Poca -respondió Kim-. Pero hay mucho material aquí.

Kinnard colocó entonces la mano en la manija de uno de los cajones de archivo y miró a Kim.

-¿Me permites? -preguntó.

-Adelante -contestó Kim.

Como la mayor parte de las gavetas en el ático, ésta se encontraba atiborrada de una variedad de documentos, sobres y libretas. Kinnard rebuscó entre ellos, pero no encontró ninguna estampilla. Tomó uno de los sobres y sacó una carta.

-No es de extrañar que no encuentres ninguna estampilla aquí -comentó-. Los timbres postales no se inventaron sino hasta finales del siglo diecinueve. ¡Esta carta es de 1698!

Kim tomó el sobre. Estaba dirigido a Ronald.

-¡Qué suerte! -exclamó-. Es la clase de cartas por las que me he partido la espalda buscando, y tú la sacaste a la primera.

-Me da gusto ayudarte -dijo Kinnard. Enseguida entregó la carta a Kim, que la leyó en voz alta.

12 de octubre de 1698
Cambridge

Queridísimo Padre:

Estoy profundamente agradecido por los diez chelines, que he necesitado con desesperación durante estos días de aclimatación a la vida universitaria. Siempre de manera humilde, me gustaría relatar que después de una exhaustiva investigación, localicé las pruebas que se usaron en contra de mi Querida y Difunta Madre, en las oficinas de uno de nuestros estimados profesores, quien quedó fascinado debido a su naturaleza horripilante. La exhibición prominente de las pruebas me causó cierta inquietud, pero el martes pasado, cuando todos se habían retirado al comedor, me aventuré a visitar el recinto antes mencionado y cambié el nombre, de acuerdo con tus instrucciones, al ficticio de Rachel Bingham. Con propósito similar, registré el mismo nombre en el catálogo de la biblioteca de Harvard Hall. Espero, Amado Padre, que ahora encuentres el consuelo de que el apellido Stewart se liberará de esta penosísima tribulación.

Quedo de ti, tu amante hijo,
Jonathan

-¡MALDICIÓN! -exclamó Kim-. Esas pruebas se usaron para condenar a Elizabeth, y ya he descubierto otras referencias a ellas, pero en ninguna parte las describen. Tratar de averiguar en qué consisten se ha convertido en el propósito principal de mi cruzada.

-¿Y esperas resolver el misterio de esas famosas pruebas examinando todos estos documentos? -Kinnard hizo un movimiento con la mano para abarcar todo el ático.

-Aquí y en la cava. En realidad, llevé una carta de Increase Mather a Harvard, puesto que en esa carta, Mather escribió que las pruebas habían pasado a formar parte de las colecciones de Harvard. Pero no tuve suerte. Las bibliotecarias no pudieron encontrar ninguna referencia a Elizabeth Stewart en el siglo diecisiete.

-De acuerdo con la carta de Jonathan, deberías haber buscado a Rachel Bingham -observó Kinnard.

-No habría habido ninguna diferencia -repuso Kim-. En 1764 un incendio destruyó la biblioteca. No sólo se quemaron todos los libros, sino también algo que denominaban el depósito de curiosidades, además de todos los catálogos e índices. Nadie sabe siquiera lo que se perdió.

-Lo siento -dijo Kinnard, miró su reloj-. Será mejor que me vaya. Tengo que visitar a todos mis pacientes esta tarde.

Kim lo acompañó a su automóvil.

-Tal vez no debería preguntar esto -empezó Kinnard, al abrir la puerta de su auto-. ¿Pero qué hacen Edward y sus investigadores en este lugar?

-Tienes razón -aseguró Kim-. No deberías preguntar. Juré guardar el secreto. Lo que es del conocimiento público es que llevan a cabo el desarrollo de una nueva droga. Edward construyó un laboratorio en los antiguos establos.

-No es ningún tonto. Es un lugar maravilloso para un laboratorio de investigación.

Kinnard empezó a subir a su automóvil cuando Kim preguntó:

-¿Es ilegal que los investigadores tomen una droga experimental que todavía no llega a la etapa de pruebas clínicas?

-Los reglamentos de la Federal Drug Administration prohíben que se administre una droga así a voluntarios -respondió Kinnard-. Sin embargo, si los investigadores la ingieren, no creo que esta institución gubernamental tenga ninguna jurisdicción.

-Qué lástima -repuso Kim.

-No tengo que ser un genio para adivinar por qué lo preguntas.

-Entre nosotros, no he abierto la boca. Y te agradecería que tú tampoco -concluyó Kim y cambió de tema-. Fue agradable verte de nuevo. Me da gusto que todavía seamos amigos.

Kinnard sonrió.

-Yo mismo no podría haberío expresado mejor.

Kim agitó la mano para despedirlo, mientras él se alejaba en su automóvil. Lamentó verlo partir. Su visita inesperada había sido un alivio muy grato.

MÁS TARDE ESA NOCHE, mientras Kim leía cómodamente en la cama, oyó que Edward estaba en el medio baño lavándose los dientes. Mientras tanto, charlaba de manera animada con ella acerca de los sucesos humorísticos que habían ocurrido en el laboratorio esa tarde. Parecía que los investigadores se jugaban bromas prosaicas e inofensivas entre ellos.

Mientras Edward hablaba, Kim reflexionó sobre a la manera tan diferente que se sentía respecto de todos los demás en la propiedad. A pesar del cambio aparente en el comportamiento de Edward, Kim aún se sentía inquieta e incluso un poco deprimida.

Después de que él terminó de asearse en el baño, entró en la habitación de Kim y se sentó en la cama. Para desgracia de Sheba, Buffer siguió a su amo.

-¿Ya te vas a acostar? -preguntó Kim-. Aún no dan las once.

-Así es, en efecto -respondió Edward-. Debo levantarme a las tres y media en lugar de las cinco, la hora acostumbrada, para continuar con un experimento que estoy llevando a cabo -buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un frasco de cápsulas. Lo extendió hacia Kim-. Creo que deberías probar Ultra.

Kim retrocedió.

-No, gracias -repuso.

-Por lo menos, toma el recipiente -Edward dejó caer el pequeño frasco en la mano de Kim-. ¿Recuerdas aquella conversación que sostuvimos acerca de que sentíamos que no podíamos comunicarnos socialmente? -preguntó-. Con Ultra ya no te sentirás así. La he estado tomando desde hace menos de una semana, y ha permitido que surja el verdadero yo, la persona que quería ser. Pruébala. ¿Qué tienes que perder?

-Me molesta tomar una droga para cambiar un rasgo de mi personalidad -respondió Kim-. Se supone que la personalidad se forma a través de la experiencia, no de la química.

-Creo que, como químico, estoy obligado a pensar de manera diferente -repuso Edward y rió-. Como gustes, pero te garantizo que te sentirás mucho más segura de ti misma si la pruebas. Además, eso no es todo. También creemos que Ultra fortalece la memoria de largo plazo y alivia la fatiga y la ansiedad.

-Me da gusto que la consideres tan útil -replicó Kim-. Pero no voy a tomarla -trató de devolverle el frasco a Edward.

-Consérvalo -dijo él, al tiempo que alejaba la mano. Caminando con paso ligero, regresó al baño y empezó a cepillarse los dientes otra vez.

-¿No te parece que exageras? -llamó Kim en voz alta. Edward asomó la cabeza al cuarto de Kim.

-¿De qué hablas?

-Ya te cepillaste los dientes -respondió Kim.

Edward miró el cepillo de dientes; luego meneó la cabeza y rió.

-Me estoy convirtiendo en el profesor distraído -comentó. Se volvió hacia el lavabo para enjuagarse la boca.

Kim miró a Buffer, que suplicaba por unos *biscotti* que había subido de la cocina.

-Este perro actúa como si siempre tuviera hambre -gritó Kim a Edward-. ¿Le diste de comer esta noche?

Edward apareció en la puerta.

-No lo recuerdo -dijo.

Con resignación, Kim se levantó, se envolvió en su bata y bajó a la cocina. Buffer la siguió y cuando colocó el alimento para perros en su plato, el animal ladró entusiasmado. Era obvio que no había comido, tal vez por más de un día.

Cuando Kim volvió a subir a su habitación, vio que la luz de Edward estaba aún encendida. Con el propósito de comentarle a éste acerca de Buffer, se asomó al aposento, sólo para ver que estaba profundamente dormido. Kim apagó la luz y se dirigió a su confortable cuarto.

Lunes 26 de septiembre de 1994

CUANDO KIM abrió los ojos, le sorprendió descubrir que ya casi eran las nueve de la mañana. De camino al baño para ducharse, Kim llamó al plomero, Albert Bruer, que había trabajado en la cabaña y en el laboratorio. Dejó su número en la contestadora y un mensaje para informarle acerca de la falta de agua en el castillo.

Albert contestó la llamada antes de media hora, y cuando Kim terminaba de desayunar, él tocó a la puerta. Juntos fueron en el transporte del operario hasta el castillo.

-Creo que ya sé cuál es el problema -comentó Albert después de retirar la cubierta delantera de los paneles de acceso en cada uno de los baños del ala de los sirvientes-. Se trata de las tuberías del drenaje. Son de hierro fundido y algunas están oxidadas.

-¿Puede arreglarlas? -preguntó Kim.

-Claro -respondió Albert-. Pero tal vez tarde una semana.

-Hágalo. Voy a recibir huéspedes que llegarán hoy.

-En ese caso, tendré que canalizar el agua al baño del tercer piso. Esas tuberías están en buenas condiciones.

Después de que el plomero se fue, Kim se dirigió al laboratorio para avisarles a los hombres acerca del baño del tercer piso. Le impresionó la bienvenida que todos le dieron.

-¡Kim! -llamó David con gran entusiasmo. Fue el primero en verla-. Qué agradable sorpresa -gritó a los demás que Kim estaba ahí y cada uno de ellos, incluyendo a Edward, dejaron lo que estaban haciendo para acercarse a saludarla.

Kim se sonrojó. No le gustaba ser el centro de atención. Se disculpó por interrumpirlos y en forma rápida les informó cómo había resuelto el problema de la plomería. Ellos se sintieron muy complacidos.

Cuando se iba, Eleanor insistió en conducir a Kim a su terminal de computadora, en la que le ofreció una larga explicación sobre el modelo molecular.

-Ha sido muy interesante -dijo Kim cuando Eleanor terminó, por fin, su cátedra. La joven empezó a dirigirse a la puerta.

-¡Aguarda! -dijo François. Se levantó a toda prisa de su escritorio, tomó un fajo de fotografías y corrió hacia Kim. Sin aliento, le preguntó qué opinaba de ellas. Eran instantáneas, a todo color, del escáner computarizado.

-Son... -Kim buscó desesperada una palabra que no sonara tonta-. Espectaculares.

-¿Verdad que sí? -preguntó François, mientras erguía la cabeza y miraba a los demás desde un ángulo diferente-. Son como el arte moderno.

-¿Qué es exactamente lo que indican? -preguntó Kim.

-Los colores se refieren a las concentraciones de Ultra radioactiva -explicó François-. El rojo es la concentración más elevada. Estas fotos demuestran que la droga está principalmente en el tallo del cerebro anterior, el cerebro medio y en el sistema límbico.

-Recuerdo que Stanton mencionó el sistema límbico en la cena que tuvimos -dijo Kim.

-En efecto -prosiguió François-. Ése es un componente de las partes del cerebro más primitivas, como las de los reptiles, y tiene que ver con las funciones automáticas, incluyendo el humor, las emociones e incluso el olfato.

-Además del sexo -añadió David.

-¿A qué te refieres cuando mencionas a los reptiles? -preguntó Kim. Esa palabra tenía para ella una connotación muy desagradable. Nunca le habían gustado las serpientes.

-Me refiero a las partes del cerebro que son similares a las de los reptiles -explicó François -. Por supuesto, se trata de una simplificación. Aunque el cerebro humano evolucionó de algunos ancestros remotos comunes con los reptiles de la actualidad, no es precisamente como tomar el cerebro de un reptil y colocar un par de hemisferios cerebrales encima.

Todo el mundo rió. Kim no pudo evitar reír también. En general, el ambiente era difícil de resistir.

-En cuanto a los instintos básicos -explicó Edward-, los humanos los experimentamos de manera similar a los reptiles. La diferencia es que los nuestros están recubiertos por varios grados de socialización, lo que significa que los hemisferios cerebrales tienen redes de conexiones que controlan el comportamiento primitivo.

Kim miró su reloj.

-Lo siento, pero en verdad tengo que irme -dijo-. Tengo que tomar el tren a Boston.

Edward la acompañó.

-¿En realidad tienes que ir a Boston? -preguntó.

-Sí, claro -respondió Kim-. Voy a regresar a Harvard para hacer un último intento. Encontré otra carta que incluye una referencia a las pruebas contra Elizabeth, lo cual me dio otra pista.

-Buena suerte -deseó Edward. Le dio un beso y volvió al laboratorio. No preguntó nada acerca de la última carta.

Kimberly caminó de regreso a la cabaña, se sentía perpleja e inquieta por la amabilidad de los investigadores. Tal vez, pensó, el problema estaba en ella. No le había gustado la manera distante en que se habían comportado y ahora tampoco le agradaba que fueran tan sociables. ¿Acaso ella era imposible de complacer?

Entre más pensaba, más se daba cuenta de que el asunto tenía que ver con la súbita uniformidad del grupo. Cuando los conoció, la sorprendieron sus excentricidades. Ahora, su personalidad parecía haberse mezclado en un todo amigable.

Mientras se cambiaba de ropa para su viaje a Boston, Kim no dejó de reflexionar acerca de lo que estaba ocurriendo en el laboratorio. Notó que su sensación de angustia iba en aumento. Fue a la sala a buscar un suéter y se detuvo frente al retrato de Elizabeth. No había una pizca de ansiedad en ese rostro femenino, aunque lleno de fuerza, de su antepasado, y Kim se preguntó si ella se había sentido alguna vez tan fuera de control.

Kim subió a su automóvil para dirigirse a la estación de trenes. Era incapaz de dejar de pensar en Elizabeth. De repente se le ocurrió que había semejanzas extraordinarias entre su mundo y el de ella, a pesar del enorme trecho de siglos. Elizabeth tuvo que vivir bajo la continua amenaza de los asaltos de los indios, en tanto que Kim tenía plena conciencia de los siempre presentes riesgos de la delincuencia. En aquella época había existido la amenaza aterradora y misterosa de la viruela, mientras que en el presente es el SIDA. En los tiempos de Elizabeth, hubo una división del dominio puritano sobre la sociedad cuando surgió el materialismo desenfrenado; hoy día es el final de la estabilidad de la Guerra Fría, con la aparición de las facciones nacionalistas y el fundamentalismo religioso. En aquella época, el papel de las mujeres resultaba confuso y cambiante; en la actualidad ocurre lo mismo.

-Mientras más cambian las cosas, más permanecen iguales -se dijo Kim en voz alta.

-SU CASA ES UN TESORO de objetos de interés histórico -manifestó Mary Custland a Kimberly, al alzar la mirada de la carta de Jonathan-. Esto es invaluable -llamó a Katherine Sturburg para que se reuniera con ellas y le dio a leer el texto.

Katherine manifestó que esa misiva databa de un periodo de la historia de Harvard del que poseía muy escaso material. Preguntó si podía copiarla y Kim accedió.

-Tenemos que encontrar a Rachel Bingham -dijo Mary.

-Veré si encuentro algo acerca del nuevo nombre en mis fuentes -ofreció Katherine.

Kim agradeció a la mujer y salió.

De regreso en la propiedad, vio un autopatrulla de Salem estacionado enfrente de la cabaña. A menos de cincuenta metros de distancia, Edward conversaba con dos policías.

Kim se estacionó junto al autopatrulla, bajó de su carro y caminó hacia ellos. Al aproximarse, vio algo en el césped. Contuvo la respiración cuando se dio cuenta de que se trataba de Buffer. El pobre perro estaba muerto. Parte de la piel de los cuartos traseros había desaparecido, dejando al descubierto los huesos llenos de sangre. Kim miró con lástima a Edward.

-Tal vez valdría la pena dejar que un médico forense examinara los huesos -comentaba Edward-. Hay algunas probabilidades de que alguien reconozca la marca de los dientes y nos diga qué especie de animal pudo haber hecho esto.

-No sé qué opinaría un médico forense si lo llamamos por un perro muerto -dijo uno de los oficiales llamado Billy Selvey.

-Pero usted mencionó que un par de incidentes parecidos han ocurrido en las últimas noches por aquí -dijo Edward-. Creo que les corresponde averiguar qué clase de animal hace esto.

-¿Cuándo fue la última vez que vio al perro? -preguntó Billy.

-Anoche -contestó Edward-. Por lo general duerme en mi habitación, aunque tal vez lo dejé salir. No lo recuerdo.

-Le di de comer alrededor de las once y media anoche -intervino Kim-. Lo dejé en la cocina comiendo.

-¿Lo dejaste salir? -preguntó Edward.

-No. Como mencioné, lo dejé en la cocina -repitió Kim.

-¿Tienen puerta para mascotas? -preguntó Billy. Kim y Edward respondieron que no al mismo tiempo.

-He oído rumores acerca de que estos incidentes se deben a un animal con rabia -comentó el otro oficial-. ¿Tienen aquí otras mascotas?

-Tengo una gata -contestó Kim.

-No la pierda de vista -aconsejó Billy.

Los policías guardaron sus cuadernos y plumas, se despidieron y empezaron a caminar hacia el autopatrulla.

-¿Y el cadáver? -gritó Edward-. ¿No quieren llevarlo con el médico forense?

Los oficiales intercambiaron miradas. Por fin, Billy gritó que consideraba que era mejor no llevárselo.

Edward, de buen talante, agitó la mano para despedirlos.

-Les doy una espléndida propina y mira nada más cómo me responden -comentó-. Se alejan.

-Siento mucho lo de Buffer -dijo Kim y colocó una mano sobre el hombro de Edward-. Aunque estoy impresionada por la manera en que lo estás manejando.

-Estoy seguro de que mis emociones tienen que ver con el efecto de Ultra -mencionó Edward-. Cuando me enteré de lo que había ocurrido, me sentí muy apesadumbrado. Buffer era como de mi familia. Sin embargo, la profunda tristeza que experimenté se desvaneció con rapidez; aún lamento que haya muerto, pero no siento ese terrible vacío que acompaña al dolor. Es otro ejemplo del porqué debes probar Ultra. Te garantizo que te tranquilizará.

Kim no estaba muy segura de lo que oía. Por sus lecturas, así como por su intuición, sabía que una cierta dosis de dolor era necesaria. Kim explicó a Edward lo que pensaba acerca del dolor y amplió la idea para abarcar la ansiedad y la melancolía, al tiempo que afirmaba que cantidades moderadas de esos sentimientos emocionalmente dolorosos desempeñaban un papel positivo como motivadores del crecimiento, el cambio y la creatividad humanos. Concluyó diciendo:

-Lo que me preocupa es que tomar una droga como Ultra, que modula estos estados mentales, podría provocar un efecto negativo, grave e imprevisible.

Edward sonrió y asintió con la cabeza.

-Agradezco tu preocupación -dijo-. Aunque no la comparto porque se basa en una premisa falsa, a saber: que de alguna manera misteriosa, la mente se encuentra separada del cuerpo. Esa vieja hipótesis se ha desacreditado debido a las experiencias recientes, que muestran que el ánimo y las emociones se determinan biológicamente y pueden afectarse por medio de drogas, como el Prozac, el cual altera los niveles de los neurotransmisores. Esto ha revolucionado las ideas acerca del funcionamiento del cerebro.

-Esa clase de razonamiento deshumaniza -se quejó Kim.

-Permíteme plantearlo entonces de otra manera -propuso Edward-. ¿Crees que deben tomarse medicamentos para el dolor?

-El dolor es diferente -replicó Kim, aunque comprendía la trampa psicológica que Edward le tendía.

-Yo no estoy de acuerdo. El dolor también es biológico. Puesto que el dolor físico y el psíquico son biológicos, deben tratarse de la misma manera: con medicamentos que ataquen esas partes del cerebro que son responsables de ellos.

Kim quiso preguntarle a Edward cómo sería el mundo si Mozart y Beethoven hubieran tomado alguna sustancia contra la ansiedad o la depresión. Pero sabía que todo era en vano. La mente científica de Edward lo cegaba.

Edward le dio unas palmadas en la cabeza.

-Luego hablaremos más acerca de esto -dijo-. Por ahora, será mejor que entierre al pobre Buffer.

ONCE

Jueves 29 de septiembre de 1994

A PESAR DE LOS RECELOS que albergaba contra Ultra, durante los siguientes días, en varias ocasiones, Kim se sintió tentada a probarla, a medida que su angustia, la cual aumentaba de manera gradual, empezó a afectar su sueño. Pero cada vez que estaba a punto de tomarla, se arrepentía.

Edward, mientras tanto, continuaba feliz. La única alteración en su comportamiento había ocurrido el jueves por la mañana, cuando Kim estaba a punto de salir de la cabaña para dirigirse al castillo, él entró muy malhumorado por la puerta principal y arrojó su libreta de direcciones sobre la mesa.

-¿Hay algún problema? -preguntó Kim.

-Claro que sí -respondió él-. Tengo que venir hasta aquí para poder hablar por teléfono. Todos esos bobos del laboratorio escuchan mis conversaciones. Eso me vuelve loco.

-¿Por qué no usas el teléfono que está en el área de recepción? -preguntó Kim.

-También oyen cuando voy ahí -contestó.

-¿A través de las paredes? -preguntó ella.

-Tengo que llamar al jefe de la oficina de licencias de Harvard -se quejó Edward, sin tomar en cuenta a Kim-. Ese idiota ha iniciado ahora una campaña de venganza en mi contra -abrió la libreta de direcciones para buscar el número.

-Tal vez sólo está haciendo su trabajo -aventuró Kim.

-¿Su trabajo consiste en que me suspendan? -gritó Edward.

La joven sintió que el corazón le latía con violencia. El tono empleado por Edward le recordó aquel amargo episodio en el que el científico había arrojado la copa de vino contra la chimenea de su departamento.

-Ah, vaya -dijo Edward, completamente sereno-. Así es la vida -se sentó y marcó el número de la oficina de licencias. Kim escuchó mientras sostenía una conversación cordial con el sujeto contra el que acababa de proferir imprecaciones.

-Ya que estoy aquí -comentó Edward cuando colgó el teléfono-, voy arriba corriendo a juntar la ropa para la lavandería, como ayer me pediste que lo hiciera -se dirigió a las escaleras.

-Ya la reuniste -comentó Kim-. La encontré cuando subí. Edward se detuvo y parpadeó, como si estuviera confundido.

-¿De veras? -preguntó-. Bien por mí. Entonces debo regresar al laboratorio.

-Edward -llamó Kim antes de que saliera por la puerta principal-. ¿Te encuentras bien? Últimamente olvidas muchas cosas.

Edward rió.

-Es verdad -reconoció-. Soy un poco olvidadizo. Es sólo que estoy preocupado. Pero hay una luz al final del túnel, y todos nosotros estamos a punto de volvernos ricos.

Kim se acercó a la ventana y observó a Edward caminar de regreso al laboratorio. Enseguida, se dirigió al castillo y reflexionó sobre el comportamiento de su amigo. Era más amable y atento con ella, pero a la vez impredecible.

Antes de bajar a la cava, revisó las entradas de las alas del castillo. Se sintió consternada al ver una de la habitaciones para los sirvientes. Había tierra, varas, hojas en las escaleras y un recipiente de comida china cerca de la puerta.

Mientras maldecía en voz baja, Kim se dirigió al clóset de limpieza para sacar un trapo y un cubo. Las huellas de tierra llegaban hasta el primer rellano. Después de limpiar todo, se dirigió a la puerta principal, tomó de ahí el tapete del exterior y lo llevó hasta la entrada del ala de los sirvientes. Pensó en colocar una nota, pero decidió que el tapete transmitiría bien su mensaje.

Por fin, Kim bajó a la cava y puso manos a la obra. Aunque no encontró ningún documento cercano al siglo diecisiete, la concentración ahuyentó de su mente las preocupaciones.

A la una de la tarde tomó un descanso. Regresó a la cabaña y dejó salir a Sheba mientras comía. Antes de regresar al castillo, se cercioró de que la gata estuviera de vuelta en la casa. En el castillo, conversó con los plomeros unos minutos y observó a Albert que, con destreza y ayuda del soplete colocó unos sellos en las tuberías de agua. Por último, regresó a trabajar. Esta vez, en el ático.

Empezaba a sentirse otra vez desilusionada por no encontrar más, cuando por fin halló una carpeta completa de material que databa de la época de Elizabeth. Entusiasmada, la llevó a una de las ventanas. Casi todos los testimonios resultaron ser comerciales, pero entre los documentos aduanales y conocimientos de embarque había una pieza de correspondencia personal: una carta dirigida a Ronald, de Thomas Goodman.

17 de agosto de 1692
Ciudad de Salem

Señor:

Muchas son las infamias que han asolado a nuestro pueblo temeroso de Dios. Ha sido causa de grave aflicción para mí siempre que, contra mi voluntad, he tenido que participar en ellas de un

modo u otro. Me entristece profundamente que usted piense mal de mí y se niegue a conversar conmigo respecto a asuntos de mutuo interés. Es verdad que, en efecto, en el nombre de Dios testifiqué contra su esposa durante el juicio. A petición suya, visité su hogar en una ocasión a fin de ofrecer ayuda en caso necesario. Ese día fatídico, encontré su puerta abierta de par en par, a pesar del frío glacial que se sentía en nuestras tierras, y la mesa estaba repleta de alimentos, como si una comida se hubiera interrumpido; sin embargo, otros objetos se encontraban en completo desorden o rotos con bordes puntiagudos y había manchas de sangre en el piso. Temí que los indios hubieran tomado la casa por asalto. Pero descubrí a los pequeños, tanto a sus hijos naturales como a las niñas refugiadas, encogidos de terror en el piso de arriba, y ellos me hicieron saber que la buena esposa de usted había sufrido un ataque mientras comía, que no actuaba normalmente y que había corrido al refugio de su ganado. Azorado, me dirigí al lugar y la llamé por su nombre en la oscuridad. Se acercó a mí como si fuera una salvaje y me atemorizó grandemente. Tenía sangre en las manos y en el vestido y vi su trabajo. Con espíritu atribulado, la tranquilicé a riesgo de mi propio bienestar. Respecto a todas estas cosas, hablé con la verdad en el nombre de Dios.

Quedo de usted, su amigo y vecino,
Thomas Goodman

-POBRE GEN'I'E -murmuró Kim. De todo lo que había leído hasta entonces, esa carta era la que más se aproximaba a transmitir el horror personal de la terrible experiencia que había significado la cacería de brujas en Salem, y sintió empatía por todos los que se vieron involucrados. Comprendía que Thomas, el autor de la carta, se había sentido muy abatido al verse atrapado entre la amistad y lo que él consideraba la verdad. Además, Kimberly sintió compasión por la pobre Elizabeth, a quien un hongo había enloquecido hasta el punto de aterrorizar a sus propios hijos.

En medio de la empatía que experimentaba, se dio cuenta de que la carta revelaba un dato nuevo e inquietante. Era la mención de la sangre, con todas sus implicaciones de violencia. Kim no quería imaginar lo que Elizabeth le había hecho al ganado. ¿O acaso se había infligido algún daño ella misma? La idea de una automutilación hizo que se estremeciera. Una cosa quedaba clara: el hongo se relacionaba con la violencia, y pensó que era algo que Edward debería saber. Al regresar a la cabaña, vio un autopatrulla de la policía de Salem que salía de entre los árboles. El vehículo avanzaba en dirección hacia ella. Cuando se detuvo, los mismos dos oficiales que habían acudido a la llamada por el asunto de Buffer, bajaron del automóvil. Al acercarse a ella, Billy tocó el borde de la visera de su quepis a modo de saludo.

-¿Ocurre algo malo? -preguntó Kim.

-¿Han tenido algún otro problema desde lo del perro? -preguntó Billy-. Ha habido una oleada de vandalismo en la zona.

-¿Qué clase de vandalismo? -inquirió Kim.

-Hay cubos de basura volcados; desperdicios diseminados alrededor -comentó Billy-. También han desaparecido más mascotas. Se han encontrado algunos animales muertos en la carretera cercana al cementerio de Greenlawn. Creemos que los ánimos de algunos chicos están exaltados. Han sucedido demasiadas cosas para que se trate de un animal. Quiero decir, ¿cuántos cubos de basura puede volcar un mapache en una noche? -soltó una risita.

-Agradezco que haya venido a advertirme -dijo Kim.

-Si aquí tienen algún problema, por favor, no duden en llamarnos -dijo Billy-. Queremos llegar al fondo de esto.

Kim observó mientras el autopatrulla se alejaba de la propiedad.

Esa noche se propuso permanecer despierta hasta que Edward llegara. Quería contarle lo que sabía sobre la carta de Thomas Goodman. Confiaba en persuadirlo de que dejara de tomar Ultra, ahora que tenía razones para creer que tal vez se relacionaba con la violencia. Después de la una de la madrugada, oyó que la puerta principal se cerraba y enseguida oyó las pisadas de Edward en la escalera vieja. Cerró el libro que estaba leyendo y lo llamó.

-¡Santo cielo! -expresó Edward, al tiempo que se asomaba al cuarto de Kim-. ¿Qué haces despierta a estas horas?

-No estoy cansada -respondió Kim-. Pasa.

-Estoy exhausto -se sentó en la orilla de la cama de Kim-. Si me quedo dormido, llama a una grúa para que me lleve a la cama -dijo entre risas.

Kim le contó acerca de la carta de Thomas y le habló de sus temores de que Ultra pudiera conducir a la violencia. Le suplico que dejara de tomar la droga.

-Soy completamente capaz de decidir lo que es mejor para mí -repuso Edward en tono amable-. Disfruto de la sensación de seguridad social que me da, en lugar de ser tímido y vergonzoso.

-Pero es peligroso tomar una droga que no ha sido probada en forma suficiente -manifestó Kim-. Además, ¿no cuestionas la falta de ética que implica adquirir rasgos de carácter a través de una droga en lugar de la experiencia? Es como hacer trampa.

Edward bostezó.

-Escucha, querida -dijo-. No es que Ultra no se haya probado, sino que todavía no está completamente probada. Pero no es tóxica, y eso es lo importante. Voy a continuar tomándola, a menos que se produzca algún efecto colateral grave, lo que con sinceridad dudo mucho -le dio una palmadita tranquilizadora en la pierna a través de las frazadas-. Si te parece, continuaremos con el tema mañana. En este momento no soy capaz de mantener los ojos abiertos. Tengo que ir a acostarme.

Se inclinó, dio a Kim un beso en la mejilla y caminó dando traspiés a su habitación. Después de sólo unos cuantos minutos, ella oyó la respiración pesada de quien duerme de manera profunda.

Perpleja ante la rapidez de la transformación, se levantó. Se puso la bata y fue al cuarto de Edward. Una estela de ropa que se había quitado la guió hasta la habitación; él estaba sobre la cama, con las piernas y los brazos abiertos, vestido únicamente con su ropa interior. La lámpara de la mesa de noche todavía estaba encendida. Kim la apagó. Le asombró que Edward roncara de manera tan ruidosa. Se preguntó por qué nunca la había despertado durante el tiempo en que dormían juntos.

Antes de regresar a la cama, Kim encontró su antiguo frasco de Xanax y tomó una de las pastillas rosas con forma de bote. No le agradaba la idea, pero sabía que no podría dormir si no la tomaba.

DOCE

Sábado 1 de octubre de 1994

KIM INTENTÓ SACUDIRSE el leve estupor provocado por el Xanax. Una vez más, se sintió sorprendida de haber dormido tantas horas. Eran casi las nueve.

Después de ducharse y vestirse, sacó a pasear a Sheba. La gata deambuló hasta la parte posterior de la casa. Kimberly la siguió, pero se detuvo de pronto y profirió un improperio. Los dos cubos de desperdicios habían sido volcados. La basura estaba esparcida por todo el patio. La joven enderezó los dos cubos de plástico para la basura, que estaban desgarrados en el borde superior, supuestamente cuando alguien retiró las tapas por la fuerza.

-¡Pero qué fastidio! -exclamó al tiempo que regresaba los recipientes de vuelta a su lugar habitual, al lado de la casa. Se dio cuenta de que tenía que reemplazarlos, puesto que las tapas ya no quedarían fijas.

Kim capturó a Sheba un minuto antes de que emprendiera la carrera hacia el bosque y la llevó de regreso a la casa. Recordó que la policía había solicitado que llamara por teléfono si tenía algún problema, así que se comunicó a la comisaría. Para sorpresa suya, insistieron en enviar a alguien para revisar.

Kim empezó a recoger la basura y a colocarla de nuevo en los recipientes. Estaba por terminar su labor cuando llegó la policía.

En esta ocasión, acudió un solo oficial, de aproximadamente la edad de Kim. Se llamaba Tom Malick. Pidió ver "la escena del crimen". La enfermera lo condujo a la parte posterior de la casa y le mostró los recipientes. Explicó que acababa de recoger todo.

-Habría sido mejor si lo hubiera dejado como lo encontró hasta que lo viéramos -manifestó Tom. Examinó los cubos con cuidado; después revisó las tapas-. Un animal hizo esto -comentó-. No fue ningún chico, creo que éstas son marcas de dientes sobre los bordes de las tapas -alzó una de las

cubiertas y señaló una serie de muescas paralelas-. Debe comprar recipientes más seguros -sugirió Tom.

-Es lo que planeaba -contestó Kim.

-Tal vez tenga que ir a Burlington a conseguirlos -mencionó Tom-. Ha habido una fuerte demanda de ellos en la ciudad.

-Parece que se ha convertido en un problema serio -dijo Kim.

-Más vale que lo crea -aseguró Tom-. El pueblo entero está indignado. Hasta anoche lo único que teníamos eran perros y gatos muertos. Esta mañana descubrimos a la primera víctima humana.

-Es horrible -Kim contuvo la respiración-. ¿Quién fue?

-Un vagabundo llamado John Mullins. Lo hallaron no lejos de aquí, cerca del puente Kernwood. Se lo comieron parcialmente.

La boca de Kim se secó al recordar, sin quererlo, la espantosa imagen de Buffer tirado en la hierba.

-John tenía un nivel tremendo de alcohol en la sangre -dijo Tom-. De modo que tal vez haya muerto antes de que el animal lo encontrara. Sabremos algo más después del informe del médico forense. El cuerpo fue enviado a Boston con la esperanza de obtener alguna pista sobre el animal al que nos enfrentamos a partir de las marcas de los dientes en los huesos de John.

-No sabía que este problema fuera tan grave -dijo Kim con estremecimiento.

-Al principio pensábamos que se trataba sólo de un mapache -continuó 'I'om-. Sin embargo, con esta víctima humana y el alto nivel de vandalismo, creemos que se trata de un animal más grande, quizá un oso. Sea lo que sea, nuestra industria de brujería de Salem está encantada. Dicen que es el diablo y tratan de persuadir a la gente de que 1692 se repite una vez más. El problema es que lo están logrando y el negocio va viento en popa. También nosotros tenemos mucho trabajo -después de una firme recomendación para que tuviera cuidado, Tom se fue.

En vez de ir hasta Burlington, Kim entró en la casa y llamó a la ferretería de Salem. Le informaron que el día anterior acababan de recibir un pedido de cubos para basura.

Kim partió en cuanto comió algo. El empleado de la tienda le dijo que había sido prudente al ir de inmediato. Desde que hablaron por teléfono, había vendido una buena parte de la remesa.

-Este animal en realidad merodea por aquí -comentó Kim.

-No hay duda -dijo el empleado-. Aunque ha sido muy bueno para nosotros. No sólo hemos vendido de manera impresionante una tonelada de recipientes para basura, sino también han aumentado las ventas de municiones y rifles.

Al salir de la tienda, la joven se estremeció al pensar que, oculta tras los visillos de las ventanas, había gente apuntando con un gatillo, sólo en espera de oír que algo o alguien revolvía su basura. Puesto que en apariencia se trataba de algunos chicos, con facilidad todo esto podría convertirse en una verdadera tragedia.

De vuelta en casa, transfirió la basura a los nuevos recipientes, cuyas tapas se aseguraban por medio de un mecanismo de compresión. Después se encaminó al laboratorio. Pensó que los investigadores deberían saber que la basura había sido revuelta y que se había descubierto el cuerpo de un hombre en las cercanías.

Kim pasó por el área de recepción y entró en el laboratorio, en el que todos sostenían una junta que seguramente trataba sobre algo importante. La atmósfera era casi la de un funeral.

-Lamento mucho interrumpirlos -se disculpó Kim.

-No hay problema -la calmó Edward-. ¿Necesitas algo en particular?

Kim les contó acerca del problema con la basura y la visita de la policía. Dijo que las autoridades pensaban que el culpable tal vez era un oso, pero que algunos chicos se habían aprovechado de los sucesos para divertirse. También describió la agitación, que se había apoderado otra vez de la pequeña ciudad.

-Sólo en Salem le dan una importancia tan desproporcionado a incidentes así -comentó Edward entre risas-. Por lo visto, esta ciudad nunca va a recuperarse por completo de 1692.

-La preocupación general se justifica -advirtió Kim-. Hoy por la mañana encontraron el cadáver de un hombre no muy lejos de aquí. El cuerpo estaba roído.

-¿Ya saben cómo murió el hombre? -preguntó Edward.

-No exactamente -informó Kim-. Enviaron el cuerpo a Boston para que lo examinaran. Tienen ciertas dudas acerca de si el hombre murió antes de que el animal lo atacara.

-En tal caso, el animal pudo haberlo descubierto ya que estaba muerto -señaló Edward.

-Es verdad -reconoció Kim-. Pero pensé que era importante advertirles que tuvieran cuidado.

-Tú también cuídate -dijo Edward-. Y vigila a Sheba.

CUANDO KIM SALIÓ, Edward se volvió preocupado hacia su grupo. Guardaron silencio unos minutos mientras todos sopesaban la situación. Por fin, David habló:

-Creo que tenemos que enfrentar el hecho de que tal vez seamos responsables por algunos de los problemas en la zona.

-Sigo pensando que una idea así es absurda -replicó Edward.

-¿Cómo puedes explicar lo de mi camiseta? -preguntó Curt Neuman. La sacó de un cajón, en el que la había metido en forma apresurada cuando Kim llegó. Estaba desgarrada y tenía manchas.

-Hice una prueba con una de estas manchas. Es sangre.

-Pero es tu sangre -dijo Edward.

-Cierto. ¿Pero cómo sucedió? Quiero decir, no lo recuerdo.

-También resulta difícil explicar lo de las cortaduras y los cardenales que tenemos en el cuerpo cuando despertamos por la mañana -agregó François.

-Quizá padezcamos sonambulismo -sugirió David.

-Yo no soy sonámbulo -puntualizó Edward. Miró furioso a los demás-. No estoy seguro de que esto no sea una broma bastante elaborada, después del jugueteo con el que se han estado divirtiendo. No hemos observado nada con los animales utilizados durante el experimento que indique una reacción así. De ningún modo podría decirse que esto tiene sentido en el aspecto científico.

-Estoy de acuerdo -intervino Eleanor-. Yo tampoco soy sonámbulo ni tengo cortaduras ni cardenales.

-Bueno, no estoy alucinando -repuso David-. Las cortaduras que tengo aquí son reales -extendió las manos para que todos pudieran verlas-. Algo malo ocurre. Sé que nadie quiere sugerir lo que resulta obvio, pero yo lo haré. Debe de ser Ultra. Necesité días para admitirlo siquiera ante mí mismo. Sin embargo, es muy claro que salgo por las noches y no tengo memoria de lo que hago, excepto que estoy cubierto de suciedad cuando despierto.

-¿Insinúas que no es un animal el que está ocasionando los problemas en esta región? -preguntó Gloria con timidez.

-No insinúo nada, excepto que salgo por las noches y no sé lo que hago -repuso David.

Una oleada de temor se difundió entre el grupo a medida que empezaban a encarar la realidad de la situación.

-Si el sonambulismo está ocurriendo, y la causa de éste es la droga, que considero es la única explicación -observó David-, tiene que provocar algo en nuestros cerebros que es único.

-Déjenme ir por mis fotografías del escáner -dijo François de pronto. Regresó con una serie de tomografías del cerebro de un mono al que se le había administrado Ultra etiquetada como radioactiva-. Observé algo esta mañana -señaló-. Si examinan con cuidado estas imágenes, verán que la concentración de Ultra en el tallo del cerebro anterior, el cerebro medio y el sistema límbico se acumula lentamente a partir de la primera dosis. Después, cuando llega a cierto nivel, la concentración sube de manera bastante pronunciada.

Todos se inclinaron para ver las fotografías.

-Tal vez en el punto en que la concentración aumenta de manera pronunciada, el sistema de enzimas que la metaboliza se sobrecarga. -sugirió Gloria.

-Creo que tienes razón -dijo François.

-Eso significa que debemos revisar la clave que nos indique la cantidad de Ultra que hemos tomado -apuntó Gloria.

-Me parece razonable -coincidió Edward. Se dirigió a su escritorio y sacó una pequeña caja cerrada con llave. En el interior había una tarjeta de siete centímetros por doce, que contenía el código

que relacionaba las dosis con los nombres. Curt estaba en la dosis más alta, seguido por David. En el otro extremo de la escala, Eleanor ingería la dosis menor y Edward la siguiente más baja.

Después de una larga discusión racional, concluyeron que cuando la concentración de Ultra alcanzaba cierto punto, bloqueaba la variación normal de niveles de serotonina que ocurría durante el sueño, con lo que se alteraban los patrones de éste. Gloria indicó que cuando la concentración fuera aún más alta, Ultra bloquearía las radiaciones del cerebro inferior, o de reptil, hacia los centros más altos de los hemisferios cerebrales. El sueño, como otras funciones autónomas, estaba regulado por las áreas del cerebro inferior, donde Ultra se concentraba.

-Si ése es el caso -dijo David-, ¿qué ocurriría si despertáramos mientras el bloqueo se lleva a cabo?

-Sería como si experimentáramos una evolución en retrospectiva -afirmó Curt-. Funcionaríamos sólo mediante los centros del cerebro inferior. ¡Seríamos reptiles carnívoros!

La conmoción producida por esta aseveración acalló a todos.

-Aguarden un momento -dijo Edward, tratando de alegrarse a sí mismo y también a los demás-. Nos estamos precipitando. No hemos observado algún problema con los monos, que también tienen hemisferios cerebrales, aunque más pequeños que los de la mayoría de los humanos.

Todos, salvo Gloria, sonrieron ante el humor de Edward.

-Aun cuando hubiera algún problema con Ultra -insistió Edward-, tenemos que tomar en consideración la manera en que la droga ha afectado positivamente nuestras emociones y capacidad mental. Quizá hemos ingerido dosis demasiado elevadas. Tal vez todos deberíamos reducir la dosis al nivel de la de Eleanor.

-No estoy dispuesta a disminuir la mía -aseguró Gloria desafiante-. Voy a suspenderla por completo. Me horroriza el solo hecho de pensar en la posibilidad de que una criatura primitiva esté acechando dentro de mi cuerpo.

-Lo planteas de una manera bastante pintoresca -comentó Edward-. Deja de ingerir la droga, si quieres. Nadie va a obligar a nadie a hacer nada que no desee; sin embargo, he aquí lo que propongo: como medida de seguridad adicional, vamos a dividir por la mitad la dosis de Eleanor y a usarla como el límite superior, con lo que las subsecuentes bajarían en intervalos de una centésima de miligramo.

-Eso me parece razonable y sin riesgos -opinó David.

-A mí también -intervino Curt.

-Y a mí -dijo Frangois.

-Bien -continuó Edward-. Tiene que haber en esto un punto en que la probabilidad de causar un problema sea un riesgo aceptable.

-Yo no voy a tomarla -volvió a manifestar Gloria.

-No hay problema.

-¿No te enojarás conmigo? -preguntó la farmacóloga.

-En lo más mínimo -aseguró Edward.

-Actuaré como control -sugirió Gloria-. Además, así podré vigilar a los demás por las noches.

-Es una idea excelente -aceptó entonces Edward-. Sólo una cosa más. Esta reunión debe mantenerse en secreto para todo el mundo, incluyendo a sus familias.

-Está de más decirlo -dijo David-. Lo último que queremos es comprometer el futuro de Ultra. Tal vez nos tropecemos con algún problema aquí y allá; sin embargo, a pesar de ello, ésta va a ser la droga del siglo.

KIM TENÍA LA INTENCIÓN de pasar algún tiempo en el castillo por la mañana, pero cuando regresó a la cabaña, se dio cuenta de que ya era hora de comer. Mientras comía, el teléfono sonó. Para su sorpresa, era Katherine Sturburg, la bibliotecaria de Harvard.

-Tengo buenas noticias para usted -le anunció Katherine-. Encontré una referencia a un trabajo de Rachel Bingham.

-Es maravilloso -repuso Kim-. ¿Cómo la encontró?

-Volví a leer la carta de Increase Mather que usted nos permitió copiar -explicó Katherine-. Gracias a la referencia de éste a la escuela de derecho, obtuve el acceso al banco de datos de la biblioteca de esa facultad y el nombre surgió de pronto. Su trabajo se trasladó a la escuela de derecho en 1818, lo que significa que sobrevivió al incendio de 1764.

-Pensé que todo se había quemado -dijo Kim.

-Alrededor de doscientos libros que estaban prestados sobrevivieron -informó Katherine-. Alguien debe de haber estado leyendo el libro que usted busca.

-¿Encontró el libro? -preguntó Kim entusiasmada.

-No -contestó Katherine-. Creo que debe partir de aquí. Comuníquese con Helen Arnold, es una de las archivistas de la escuela de derecho. Voy a llamarla el lunes a primera hora para que aguarde su llamada o visita.

-Iré el lunes saliendo de trabajar -aseguró Kim impaciente.

-Avisaré a Helen -dijo Katherine antes de colgar.

Kim se sentía eufórica. Había renunciado a la esperanza de que las pruebas hubieran sobrevivido al incendio. Entonces, se preguntó por qué Katherine estaba segura de que se trataba de un libro. ¿Había podido averiguar tanto a través de la referencia? Llamó de nuevo a Katherine, pero ya había salido de trabajar. Kim se desilusionó, aunque no por mucho tiempo. El lunes conocería por fin la naturaleza de las pruebas utilizadas contra Elizabeth. Si consistían en un libro o no, eso en realidad no importaba.

Esa noche casi no pudo dormir. Deseaba haber podido hacer el seguimiento de la pista que apuntaba a la escuela de derecho esa misma tarde. Por fin, tomó otra pastilla de Xanax para tranquilizar la mente que parecía un torbellino.

KIM DESPERTÓ sobresaltada. Estaba muy oscuro y un vistazo a su reloj le indicó que sólo había dormido unas cuantas horas. Escuchó los sonidos de la noche y trató de dilucidar qué podría haberla despertado. Oyó golpes sordos que provenían de la parte posterior de la casa y le pareció que algo o alguien golpeaba sus nuevos recipientes para basura contra el tinglado. Se irguió, ya que pensó en un oso tratando de escarbar en la basura, cuyo contenido, como ella bien sabía, eran huesos de pollo.

Después de encender la lámpara que tenía en la mesa junto a la cama, se levantó. Se puso su bata y los pantuflos. Acarició a Sheba para tranquilizarla y corrió por el pasillo a la habitación de Edward. La cama de su compañero estaba vacía. Pensó que aún debía estar en el laboratorio y, preocupada porque él tenía que regresar a pie en la oscuridad, fue a su habitación y marcó el número del laboratorio. Después de dejarlo sonar diez veces, se dio por vencida.

Tomó la linterna de su mesa de noche y empezó a bajar las escaleras. Cuando dio vuelta en el descanso, se quedó inmóvil. La puerta principal se encontraba abierta de par en par. La idea de que el oso, o lo que fuera, había entrado en la casa y que en ese momento la acechaba desde la oscuridad, la paralizó. Trató de escuchar con atención, pero todo lo que logró distinguir fue un coro de ranas arbóreas. Una brisa fresca y húmeda se colaba a través de la puerta abierta y llegaba hasta las piernas desnudas de Kim. Afuera caía una llovizna muy ligera.

La casa estaba silenciosa como una tumba. Perdió la esperanza de que el animal no hubiera entrado. Se movió despacio hacia la puerta, dando un paso a la vez. Después de cada paso, aguzaba el oído para escuchar algún ruido que indicara que un animal estaba dentro de la casa. Pero ésta continuaba en silencio.

Kim llegó a la puerta y miró al exterior para ver a Sheba sentada en medio del camino de losas que conducía a la entrada. La gata se lamía tranquilamente la pata y la frotaba contra la cabeza.

Al principio, no podía creer lo que observaba, puesto que acababa de ver a la gata en su cama. Sheba debía de haber detectado que la puerta principal estaba abierta, mientras Kim iba a ver a Edward, y bajó para aprovechar la oportunidad de salir.

Después de una inspección rápida del área contigua, corrió hacia la gata, la alzó con brusquedad y dio vuelta cuando se cerraba la puerta principal. Dijo un no silencioso y corrió hacia la puerta, pero ya era tarde. Se cerró con un sonoro golpe, seguido del clic metálico y agudo del pestillo al engarzarse en la contrachapa. Trató de abrir la perilla. Fue en vano. La puerta estaba cerrada.

Kim se encorvó bajo la lluvia fría y muy despacio se volvió para enfrentarse a la negrura de la noche, admirada de la situación desesperada en la que se encontraba. Estaba en bata y pijama, la puerta de su casa estaba cerrada; ella se había quedado afuera en una noche lluviosa con una gata contrariada y tenía que enfrentarse, además, a una criatura nocturna desconocida que acechaba en alguna parte entre los arbustos.

Sheba luchó porque la bajara y se quejó de manera audible. Kim la silenció. Se alejó de la casa paso a paso e inspeccionó cada una de las ventanas que tenían bisagras, pero todas estaban cerradas. Sabía que tenían puesto el seguro. De repente oyó el sonido de una criatura grande que se movía en la tierra a lo largo del costado derecho de la casa. A sabiendas de que no podía quedarse donde estaba, corrió en la dirección contraria. Desesperada, trató de abrir la puerta de la cocina. También estaba cerrada. Se alejó de la casa y divisó el cobertizo. Apretó a Sheba contra el pecho y, sosteniendo la linterna como si fuera un garrote, corrió tan rápido como los pantuflos abiertos en los talones se lo permitieron. Cuando llegó al cobertizo, levantó el gancho que servía para mantener la puerta cerrada y se introdujo en la oscuridad del interior. A la derecha de la puerta había una ventana muy pequeña y sucia, que ofrecía una magra vista del patio detrás de la cabaña. La única iluminación provenía de la fuente de luz que salía de la ventana de su habitación y del resplandor luminoso del cúmulo de nubes bajas que se arremolinaban en el cielo.

Mientras observaba, una figura voluminosa dio vuelta en la casa. Era una persona, no un animal, pero actuaba de una manera bastante peculiar. Se detuvo a olfatear el viento como lo haría una bestia. Kim se llenó de terror cuando vio que se volvía hacia el cobertizo y empezó a caminar con paso vacilante hacia ella, con un modo de andar lento y arrastrando los pies; olisqueaba el aire como si siguiera un aroma. Rezó porque la gata se quedara quieta y retrocedió agachada hacia la oscura parte posterior del cobertizo, mientras empujaba herramientas y bicicletas. Oía las pisadas en la grava. Se aproximaron, pero de pronto se detuvieron. Se produjo una pausa angustiosa. Kim contuvo la respiración.

De repente, la puerta se abrió de golpe. Al perder el control, Kim gritó. Sheba reaccionó con sus propios chillidos y saltó de los brazos de su ama. El hombre también gritó. Kimberly sujetó la linterna con las manos y la encendió. Dirigió el haz al rostro del individuo. El se protegió de la luz intensa con los brazos.

Kim quedó boquiabierta por la sorpresa de alivio. ¡Era Edward!

-Gracias a Dios -musitó al tiempo que bajaba la linterna.

Kim saltó de su posición entre las bicicletas y echó los brazos al cuello de Edward, que la miraba sin expresión.

-No puedo decirte lo feliz que me siento de ver tu rostro -dijo Kim-. Nunca he estado tan asustada en mi vida.

El científico no respondió.

-¿Edward? -preguntó Kim-. ¿Te encuentras bien?

El joven exhaló ruidosamente.

-Estoy bien -dijo por fin. Estaba enojado-. No gracias a ti. ¿Qué demonios haces aquí afuera, en medio de la noche? Me diste un susto de muerte.

Kim se disculpó de manera efusiva y explicó lo que había sucedido. Cuando terminó, Edward sonreía.

-Esto no es gracioso -añadió ella. Pero ahora que estaba a salvo, Kim sonrió también.

-No puedo creer que hayas arriesgado la vida por esa vieja gata -dijo-. Ven. Vamos a guarecernos de la lluvia.

Kim regresó al cobertizo y, con la ayuda de la linterna, encontró a Sheba aún oculta detrás de una hilera de herramientas de jardinería. Kim la animó a salir y la cargó. Después, ella y Edward volvieron a la casa. Él usó su llave para abrir la puerta principal.

-Me estoy helando -dijo Kim-. Necesito beber un té caliente. ¿Quieres que te prepare uno?

-No, pero me quedaré un momento -se sentó en un banco.

En la cocina, Kim puso el agua a hervir mientras Edward explicaba su versión de la historia.

-Tenía intenciones de trabajar durante toda la noche -empezó-. Pero a la una y media no podía mantener los ojos abiertos. Todo lo que podía hacer era caminar del laboratorio a la cabaña sin tirarme en la hierba. Cuando llegué a casa, abrí la puerta y entonces recordé que traía una bolsa llena de restos de la pizza que cenamos, que se suponía debía arrojar al cubo de la basura en el laboratorio. De modo que di media vuelta para ir a dejarla en nuestro recipiente. Creo que dejé la puerta abierta. De todos modos, no pude abrir las tapas de los recipientes de basura.

-Son nuevos -explicó Kim.

-Bueno, espero que tengan un instructivo -repuso Edward.

-Es fácil a la luz del día -dijo Kim.

-Por fin me tuve que dar por vencido -prosiguió Edward-. Cuando regresé a la casa, la puerta estaba cerrada. Me pareció percibir el aroma de tu colonia. Desde que tomo Ultra, mi sentido del olfato ha mejorado de manera notable. Seguí el aroma y ya.

Kim se sirvió una taza de té.

-¿Estás seguro de que no quieres?

-No podría -respondió Edward-. Sólo estar sentado constituye un verdadero esfuerzo. Debo ir a dormir. Siento como si el cuerpo me pesara cinco toneladas -bajó del banquillo y se tambaleó. Kim extendió el brazo para sostenerlo.

-Estoy bien -dijo-. Cuando me siento muy cansado, necesito un segundo para recuperar el equilibrio.

Kim lo oyó subir con trabajos la escalera. Tomó su taza de té y lo siguió. Al llegar arriba miró su habitación. Estaba dormido sobre la cama, a medio desvestir.

Kim entró en la habitación y, con muchas dificultades, le quitó los pantalones y la camisa, lo cubrió con las frazadas y apagó la luz. Deseó poder conciliar el sueño con igual facilidad.

Domingo 2 de octubre de 1994

EN LA CLARIDAD neblinosa que precede al amanecer, Edward y los investigadores se encontraron a la mitad del camino entre la cabaña y el castillo y marcharon en silencio por la hierba hacia el laboratorio. Iban con el ánimo sombrío, en especial Edward. Al despertar esa mañana, lo había impresionado profundamente descubrir unos huesos de pollo, encostrados con asientos de café, en el piso de su habitación. Parecían provenir de la basura.

Prepararon café y todos llevaron una taza al área del laboratorio que usaban para sus reuniones. François fue el primero en hablar.

-A pesar de que mi dosis de Ultra se redujo en más de la mitad, volví a salir anoche -expresó con tristeza-. Cuando desperté esta mañana, mi pijama estaba tan sucio e impregnado de comida que tuve que arrojarlo a la basura.

-Yo también salí -reconoció Curt.

-Temo que me ocurrió lo mismo -dijo David.

-Debemos poner fin a esto -exigió François.

-Yo no salí -anunció Eleanor-. Así que tiene que relacionarse con las dosis.

-Estoy de acuerdo -dijo Edward-. Vamos a reducir otra vez las dosis a la mitad.

-Tal vez no sea suficiente -advirtió Gloria. Todos se volvieron a mirarla-. Yo no tomé ninguna dosis de Ultra ayer y, a pesar de ello, salí. Me propuse permanecer despierta a fin de cerciorarme que nadie más saliera, pero no pude evitar quedarme dormida.

Por unos minutos, guardaron silencio mientras analizaban la revelación de su colega. Edward rompió el silencio.

-La experiencia de Gloria sólo indica que la concentración en su cerebro inferior es todavía más alta que el umbral de esta desafortunada complicación. Debemos reducir aún más la dosis.

-Ya no quiero correr este riesgo -advirtió François-. Salgo a merodear por ahí sin comprender ni saber en absoluto lo que hago. No deseo que me maten o me atropellen porque actúo como un animal. Voy a suspender la droga.

-Pienso lo mismo -manifestó David.

-Es lo único razonable -coincidió Curt.

-De acuerdo -aceptó Edward con cierta renuencia-. Todos tienen razón. No es sensato que pongamos en riesgo nuestra seguridad o la de los demás. Vamos a suspender la droga y volveremos a evaluar la situación en unos cuantos días.

-Mientras tanto, ¿qué medidas de precaución podemos adoptar? -preguntó François.

-Quizá debamos tomarnos electroencefalogramas mientras dormimos -sugirió Gloria-. Podríamos conectar el equipo a una computadora para que nos despierte si los patrones normales de sueño se alteran.

-Es buena idea -dijo Edward-. Pediré el equipo el lunes.

-¿Qué hacemos mientras llega? -preguntó François.

Todos meditaron unos momentos.

-Tal vez sería conveniente tomar turnos para dormir -sugirió François-. Así unos vigilarán a los otros.

-Dormir por turnos es una buena idea -reconoció el jefe de] grupo-. Entre tanto tenemos una enorme cantidad de trabajo que hacer. Y sobra mencionar que todo lo que hemos hablado aquí debe permanecer estrictamente confidencial hasta que tengamos oportunidad de aislar el problema y eliminarlo.

TRECE

Lunes 3 de octubre de 1994

KIM CASI HABÍA olvidado lo difícil que resultaba un día normal en la Unidad quirúrgica de terapia intensiva.

Después de un mes de vacaciones no estaba en situación de contar con la energía física y emocional necesaria. A medida que su día de trabajo llegaba a su fin, tuvo que reconocer que disfrutaba mucho de la intensidad, el desafío y la sensación de logro que le proporcionaba ayudar a la gente necesitada, por no mencionar la camaradería del esfuerzo compartido.

En cuanto terminó su turno, salió del hospital y abordó el tren de la Línea roja hacia Harvard Square. Al llegar, caminó hacia el noroeste en Massachusetts Avenue para dirigirse a la Facultad de Derecho de Harvard. Como sudaba, aminoró el paso. Un calor en verdad bochornoso se había estancado sobre la ciudad y hacía que la temporada se pareciera más al verano que al otoño. El servicio meteorológico había pronosticado posibles tormentas eléctricas.

Kim preguntó a un estudiante cómo llegar a la biblioteca de derecho. El aire acondicionado del interior fue un alivio. Volvió a preguntar y llegó a la oficina de Helen Arnold. Se anunció con la secretaria, quien le pidió esperar. No acababa de sentarse cuando una mujer negra, alta y excepcionalmente atractiva, salió de la puerta que comunicaba las oficinas.

-Soy Helen Arnold y le tengo muy buenas noticias -dijo la mujer con entusiasmo. La condujo hasta su oficina y le indicó que tomara asiento-. Katherine Sturburg me contó acerca de su interés en un trabajo de Rachel Bingham.

Kim asintió.

-¿Ya lo encontró? -preguntó.

-Sí y no -respondió Helen.

-¿Qué significa sí y no?

-Quiero decir que aunque no encontré el libro como tal, sí localicé una referencia al hecho de que estuvo aquí. Sin embargo, fue transferido a la Facultad de Teología en 1825 y después a la de medicina en 1826. Al parecer, nadie sabía dónde guardarlo.

-¡Oh, por todos los cielos! -exclamó Kim sin ocultar su frustración-. Esto se está convirtiendo en una broma de mal gusto.

-Me comuniqué a la Countway Medical Library y hablé con John Moldavian, que está a cargo de los libros y manuscritos raros. Le conté la historia y me aseguró que se ocuparía de averiguar.

Después de darle las gracias a Helen Arnold, Kim regresó a Harvard Square y volvió a abordar el tren a Boston. Era la hora de más movimiento, por lo que Kim tuvo que abrirse paso para alcanzar el tren. Cuando por fin llegó al estacionamiento del Hospital General Mass, subió a su automóvil, puso en marcha el motor y se dirigió a la Countway Medical Library.

John Moldavian parecía el hombre ideal para trabajar en una biblioteca. Hablaba con suavidad y su amor por los libros se puso de manifiesto inmediatamente por la manera afectuosa con que los manipulaba.

Kim se presentó y mencionó el nombre de Helen. John buscó algo entre el desorden de su escritorio.

-Tengo algo para usted -informó-. ¿Dónde diablos lo puse? -el rostro se iluminó-. Ah, aquí está lo que quería -sacó una sola hoja de papel-. Revisé los registros de la biblioteca de 1826 y encontré esta referencia al trabajo que usted busca.

-Permítame adivinar -dijo Kim-. Lo enviaron a otra parte.

John miró a Kim por encima del papel que tenía en las manos.

-¿Cómo lo supo? -preguntó.

Kim rió.

-Es un patrón -señaló-. ¿A dónde lo enviaron?

-Al Departamento de Anatomía -respondió John-. En la actualidad se le conoce como Departamento de Biología Celular.

-¿Cómo se les ocurrió enviarlo ahí?

-No tengo la menor idea -contestó John-. El registro que encontré fue una tarjeta escrita a mano que en apariencia estaba adjunta a un libro o dibujo. Hice una copia -John entregó el papel a Kim.

Era dificil de leer, sin embargo, parecía decir: "Curiosidad por Rachel Bingham, contraída en 1691." Al recordar la carta de Jonathan Stewart a su padre, Kim supuso que la caligrafia que veía en ese momento era la de Jonathan. Se imaginó al estudiante nervioso, cambiando subrepticiamente el nombre de su madre por el de Rachel Bingham.

-Llamé al director del departamento -dijo John, interrumpiendo las cavilaciones de Kim-. Me indicó que me comunicara con Carl Nebolsine, curador a cargo del Warren Anatomical Museum. De modo que así lo hice y me dijo que si quería ir a ver la pieza de exhibición se dirigiera al edificio de la administración.

-¿Quiere decir que ahí esta? -preguntó Kim incrédula.

-Así parece -respondió John-. El Warren Anatomical Museum se encuentra ubicado en el quinto piso del edificio A, en diagonal, frente a la biblioteca.

Kim sintió que el pulso se aceleraba con la idea de que tal vez descubriría por fin las pruebas contra Elizabeth. Agradeció a John y cruzó de prisa al edificio A, una estructura neoclásica cuya fachada tenía un enorme frontón soportado por columnas dóricas.

El museo, tal como era, consistía en un conjunto de escaparates cubiertos por cristales. Contenía la colección habitual de instrumentos quirúrgicos primitivos capaces de hacer estremecer de dolor a los más estoicos, fotografías antiguas y especímenes patológicos. Había también muchos cráneos.

-Usted debe ser Kimberly Stewart -dijo una voz. Ella alzó la mirada para observar a un hombre mucho más joven de lo que esperaba para ser curador de un museo.

-Soy Carl Nebolsine -se estrecharon la mano-. Entiendo que usted está interesada en la pieza de exhibición de Rachel Bingham -comentó.

-¿Se encuentra aquí? -preguntó Kim.

-No -respondió Carl.

Kim miró al hombre como si no hubiera entendido.

-Está en la bodega -explicó Carl-. No disponemos de espacio para exhibir todo lo que tenemos. ¿Quiere verla?

-Por supuesto -respondió Kim con alivio.

Tomaron el ascensor a fin de bajar al sótano y siguieron una ruta laberíntica por la que Kim no habría sabido cómo regresar. Carl abrió una pesada puerta de acero. Buscó a tientas en la pared y encendió las luces que eran meros focos desnudos.

La habitación estaba llena de polvorientos escaparates de vidrio.

-Disculpe el desorden -dijo Carl-. No es usual que alguien venga aquí muy a menudo.

Kim lo siguió mientras él se abría paso entre los gabinetes repletos con una amplia variedad de huesos, instrumentos y tarros con órganos preservados. El hombre se detuvo. Kim se acercó desde

atrás. Él se hizo de lado y señaló el gabinete que se encontraba enfrente. El horror hizo retroceder a Kim, que no estaba preparada para lo que vio. Embutido en un tarro grande de vidrio, lleno de un líquido marrón oscuro utilizado como preservador, había un feto de cuatro a cinco meses de desarrollo que parecía un monstruo.

Indiferente a la reacción de Kim, Carl Nebolsine abrió el gabinete, introdujo la mano y arrastró el pesado tarro hacia adelante, lo que ocasionó que el contenido se moviera de modo que parecía ejecutar una danza grotesca y provocó que llovieran fragmentos de tejido como en un pisapapeles en forma de burbuja de vidrio que contuviese una escena invernal.

Kim apretó la mano contra la boca mientras miraba fijamente el feto, que tenía enormes ojos saltones como los de un sapo, el cráneo aplastado y el paladar hendido, que daba a la boca la apariencia de encontrarse entremetida en la nariz. Las extremidades superiores eran como muñones que terminaban con manos puntiagudas y dedos muy cortos, algunos de los cuales estaban pegados. El efecto era casi como de pezuñas hendidas. De la cadera emergía una cola larga, parecida a la de un pez. Kim comprendió en forma cabal cómo la mente del siglo diecisiete había considerado tal malformación monstruosa como la encarnación del demonio.

-¿Quiere ver el otro lado? -preguntó Carl.

-Ya no, gracias -contestó Kim, al tiempo que, de manera inconsciente, se alejaba del espécimen. Recordó la nota que John Moldavian le había mostrado en la biblioteca de medicina. No decía: "Curiosidad por Rachel Bingham, contraída en 1691." La palabra era "concebida" y no "contraída."

También recordó el registro en el diario de Elizabeth acerca del inocente Job. Kim había creído que se trataba de una referencia al Job bíblico. Pero no era así: Elizabeth sabía que estaba embarazada y había llamado Job al bebé.

Kim agradeció a Carl y caminó dando traspiés hacia su automóvil, mientras pensaba en la doble tragedia de su Elizabeth. Estaba embarazada al mismo tiempo que, sin notarlo, se envenenaba con un hongo que crecía en su almacén de centeno. En aquella época, todo el mundo debe de haber estado convencido de que tenía relaciones con el diablo para producir un monstruo así.

De camino a casa, Kim empezó a comprender cómo debió de haberse sentido Elizabeth. La mujer sabía bien que no era bruja, pero la seguridad en su inocencia tenía que haberse visto socavada. Debió de haber creído que era culpable de una espantosa transgresión contra Dios. ¿De qué otra forma podía explicarse dar a luz a una criatura semejante?

Kim quedó atrapada en el tránsito en Storrow Drive. Cuando logró salir de los límites de la ciudad, se dirigió al norte por la carretera interestatal 93. Cuando casi de manera literal se liberó del tránsito, tuvo una nueva revelación de libertad interior. Empezó a convencerse de que el tremendo pasmo producido por la confrontación visual con el monstruo de Elizabeth había provocado que descubriera al fin el mensaje que ella creía que su antepasado había tratado de transmitirle, a saber: Kim debía creer en sí misma. No debía perder la confianza debido a las creencias de otras personas, como había hecho la pobre de Elizabeth. Tampoco debía permitir que figuras autoritarias tomaran el control de su vida. Elizabeth no tuvo ninguna opción, pero Kim sí. Durante mucho tiempo, había permitido que otros trazaran el rumbo de su vida. La elección de su carrera era un buen ejemplo y también las condiciones en las que en ese momento vivía.

Con súbita resolución, Kim decidió cambiar de vida. Edward Armstrong vivía con ella, pero sólo en apariencia. En realidad, sólo se aprovechaba y no le daba nada a cambio. El laboratorio de Omni no debía estar en su propiedad, y los científicos no tenían por qué vivir en la casa de la familia Stewart. Hablaría con él en el instante en que llegara a casa. De todos modos, necesitaba hablarle en cuanto fuera posible, ya que parecía que Ultra era teratogénica, es decir, que dañaba el desarrollo del feto. Kim sabía que dicha información no sólo sería crucial para las mujeres embarazadas, sino también porque muchas sustancias teratogénicas provocan cáncer.

Cuando Kim llegó a la propiedad, eran casi las siete. Las nubes de tormenta empezaban a acumularse en el oeste y todo estaba más oscuro de lo normal para esa hora del atardecer. Entonces observó que las luces del laboratorio ya estaban encendidas.

Encontró a Edward en un rincón oscurecido frente a su computadora. La pálida fluorescencia verde del monitor lanzaba una luz fantasmal sobre el rostro de su compañero. Mientras ella observaba las manos de Edward moverse sobre el teclado, detectó un temblor en los dedos. Edward no la tomó en cuenta.

-Por favor, Edward -dijo Kim finalmente. La voz sonó entrecortada-. Tengo que hablar contigo.

-Más tarde -dijo Edward. Pero ni siquiera se volvió a mirarla.

-Es muy importante que hable contigo ahora -insistió Kim.

Edward sobresaltó a Kim al ponerse de pie de un brinco. El súbito movimiento hizo que la silla patinara sobre el piso. Pegó la cara a la de Kim tan cerca que ella podía ver los vasos sanguíneos en la esclerótica de los ojos abultados del científico.

-¡Dije que más tarde! -repitió con los dientes apretados.

Ella retrocedió y chocó contra la mesa de laboratorio. Con torpeza, extendió la mano para apoyarse y tiró un vaso de precipitados al suelo. Se hizo añicos, lo que destrozó los nervios de Kim, ya de por sí crispados. Miró a Edward con aprehensión. Cuando le pareció que él había recobrado cierto control, le ofreció disculpas por interrumpirlo. Luego se alejó de su mirada fulminante y se preparó para marcharse. Dio unos cuantos pasos, pero se volvió:

-Hoy averigüé algo que debes saber -dijo ella-. Es posible que Ultra sea teratogénica.

-Probaremos la droga en ratones preñados -replicó Edward de manera hosca-. Pero ahora tenemos un problema más urgente -le dio la espalda y después de recuperar su silla volvió al trabajo.

Lo primero que hizo Kim cuando llegó a casa fue dirigirse a la sala. Contempló el retrato de Elizabeth y miró a la mujer con lástima, admiración y gratitud renovadas. Después de unos momentos de contemplar fijamente el rostro femenino que traslucía fortaleza, con los brillantes ojos verdes, empezó a tranquilizarse. La seguridad en sí misma de Elizabeth era evidente en la línea de la mandíbula, la forma de los labios y la mirada franca. La imagen proyectaba fuerza. Kim sabía que ella ya no daría marcha atrás. Esperaría a Edward y hablaría con él.

CATORCE

Martes 4 de octubre de 1994

EL RUGIDO asombrosamente ensordecedor de un trueno despertó a Kim de las profundidades del sueño en un instante. La casa todavía vibraba por el ruido cuando ella se sentó erguida en la cama. Sheba había reaccionado ante el cataclismo saltando del lecho y yendo a ocultarse debajo.

A pocos minutos del rugido del trueno, la lluvia azotó el techo de pizarra ubicado sobre la cabeza de Kim y golpeó contra el mosquitero de la ventana de bisagras abierta. Ella saltó de la cama y cerró la ventana. Cuando estaba a punto de poner el seguro, el destello de un rayo iluminó el campo entre la cabaña y el castillo, y Kim vislumbró una figura fantasmal, apenas cubierta, que corría por la hierba. No estaba segura, pero pensó en Eleanor.

Kim corrió al pasillo que comunicaba con la habitación de Edward para avisarle. Tocó a la puerta. Como no obtuvo respuesta, la abrió. Durante el destello de otro rayo, vislumbró al joven tirado de espaldas sobre la cama con brazos y piernas extendidos. Vestía ropa interior. Sin embargo, una de las perneras del pantalón aún colgaba de la pierna.

Encendió la luz del pasillo y,se acercó de prisa a la cama de Edward. Lo sacudió con fuerza. Este no sólo no despertó, sino que su respiración ni siquiera se alteró. Era como si estuviera en estado de coma. Prendió la lámpara de la mesa de noche y sacudió a Edward con insistencia, al tiempo que lo llamaba a gritos por su nombre. Él parpadeó y abrió los ojos.

-Edward, ¿estás despierto? -Kim volvió a sacudirlo; la cabeza se balanceaba de lado a lado como si fuera un muñeco de trapo.

El hombre parecía desorientado. Entonces entrecerró los ojos hasta formar una mera rendija, mientras que el labio superior se curvaba hacia arriba como el de una bestia que gruñe. La expresión de Edward se retorció en una horrible mueca de rabia pura.

Asustada, Kim lo soltó de los hombros y retrocedió. Edward emitió un sonido gutural parecido a un gruñido y se sentó. La miraba fijamente.

Kim corrió a la puerta, consciente de que Edward había saltado tras ella. Lo oyó tropezar y caer al piso; imaginó que era porque se había enredado con los pantalones que no había terminado de

quitarse. La joven azotó la puerta de la habitación tras ella y bajó como un rayo las escaleras. Corrió al teléfono de la cocina y marcó 911. Sabía que algo malo le pasaba a Edward. No sólo estaba enojado porque lo había despertado; su mente estaba trastornada.

Mientras la comunicación se establecía, oyó al científico gruñir en la parte superior de la escalera. Enloquecida de terror, dejó caer el teléfono y se dirigió a la puerta trasera. Cuando llegó, alcanzó a ver por encima del hombro que Edward se estrellaba contra la mesa del comedor. Estaba totalmente fuera de sí.

Kim abrió de golpe la puerta y se precipitó a la lluvia, que caía a cántaros. Su único pensamiento era conseguir ayuda; pensó que la fuente más cercana de auxilio era el castillo. Rodeó la casa y atravesó el campo corriendo tan rápido como pudo en la oscuridad.

La entrada principal del castillo estaba abierta de par en par. Respirando agitadamente, Kim entró a toda prisa. Corrió por el recibidor a oscuras y llegó al gran salón, donde chocó contra Eleanor. Un camisón blanco de encaje empapado estaba adherido al cuerpo de la mujer como una segunda piel.

Kim se paralizó de momento. El rostro de Eleanor, bajo la escasa luz, tenía la misma expresión salvaje que había visto en el de Edward. Para colmo, la boca estaba manchada de sangre.

Tropezar contra la joven le costó a Kim la ventaja que le llevaba a Edward. Jadeante, él entró tambaleándose en el salón y vaciló, mirando a Kim de manera feroz en la penumbra. Tenía el cabello húmedo y pegado a la cabeza, la camiseta y los pantaloncillos cortos estaban cubiertos de lodo.

Edward se lanzó contra Kim, pero se detuvo cuando advirtió la presencia de su compañera de investigación. Olvidándose de manera momentánea de Kimberly, avanzó dando tumbos hacia Eleanor. Cuando se encontraba a corta distancia de ella, echó la cabeza hacia atrás con cautela, como si olfateara el aire. La contendiente hizo lo mismo y con lentitud empezaron a dar vueltas uno alrededor del otro. Kim se estremeció. Era como si estuviera atrapada en una pesadilla en la que observaba a dos animales salvajes encontrarse en medio de la selva.

Retrocedió mientras Edward y Eleanor estaban ocupados. En cuanto vio el camino despejado hacia el comedor, giró con brusquedad. El movimiento repentino sobresaltó a los otros dos. Como por algún reflejo carnívoro primitivo, empezaron a acosarla.

Kim llegó a las escaleras y, al tiempo que gritaba, corrió a la planta alta. Irrumpió en la habitación ocupada por François y se acercó hasta la cama. Sacudió al biofísico con desesperación, pero no despertó. Empezó a sacudirlo de nuevo, sin embargo, en ese instante se quedó paralizada. Aun en medio del pánico recordó que había sido igualmente difícil despertar a Edward.

Kim retrocedió un paso. François abrió los ojos con lentitud y, tal como había sucedido con Edward, el rostro sufrió en un momento una transformación salvaje. Entrecerró los ojos y el labio superior se curvó hacia arriba dejando al descubierto los dientes. De la boca salió un gruñido que no era humano y le heló la sangre.

Ella giró para huir, pero Edward y Eleanor bloquearon la puerta. Sin dudarlo, Kim se precipitó a la puerta que comunicaba con la sala de estar de esa sección de la casa y salió al corredor. De regreso en las escaleras, subió en forma apresurada al siguiente nivel y entró en otro cuarto que sabía estaba ocupado.

Curt y David se encontraban en el piso, apenas vestidos y cubiertos de lodo. Frente a ellos había un gato desmembrado. Al igual que Eleanor, tenían la boca manchada de sangre. Kim oyó a los demás subir las escaleras. Dio media vuelta, abrió la puerta que daba a la parte principal de la casa y cruzó a toda velocidad el pasillo de las habitaciones principales. En su carrera desesperada chocó contra una mesa. Cayó en medio de un tremendo estrépito. Por un segundo no se movió. Tenía un dolor punzante en el estómago y la rodilla derecha estaba entumecida. Sintió que algo le corría por el brazo, pensó que era sangre.

Kim buscó a tientas en la oscuridad y se dio cuenta de que había tropezado contra las herramientas y la mesa de trabajo del plomero. Oyó el ruido distante de las criaturas; se rehusó a pensar en ellas como seres humanos en su actual estado. Cuando por fin la vista se adaptó a la oscuridad, logró distinguir algunos de los utensilios. Tomó el soplete de acetileno y también el encendedor de fricción. Si estas criaturas la estaban cazando y actuaban bajo instintos animales, como sospechaba, el fuego las aterrorizaría.

Con el soplete en mano, la joven caminó como pudo hasta el ala de huéspedes y empezó a bajar las escaleras. Después de sólo unos cuantos pasos divisó a Gloria, que iba de un lado a otro en el

arranque de las escaleras, como lo haría un felino frente a su guarida. Cuando la farmacóloga vio a Kim, profirió una especie de aullido y empezó a subir la escalera.

Kim cambió de dirección, huyó por el pasillo y bajó por la escalinata principal, pegada a la pared para ocultarse. Al llegar al final de los escalones, cojeó hacia el vestíbulo. A casi tres metros de su meta, se detuvo. Para consternación de Kim, Eleanor caminaba sigilosamente de un lado a otro frente a la entrada principal.

Se hizo a un lado a fin de evitar la línea de visión de Eleanor. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de que alguien bajaba por la escalinata principal. Kim cojeó al baño que estaba construido debajo de la escalinata y cerró la puerta. Estaba aterrorizada. Colocó el soplete de acetileno y el encendedor en el piso y se sentó en la taza del baño para aliviar un poco la presión sobre la rodilla hinchada,

Transcurrió cierto tiempo. Kim no podía saber cuánto. La casa estaba en silencio. Pero entonces cobró conciencia del sonido que alguien hacía al olfatear. Si Edward había sido capaz de percibir el olor de su colonia la otra noche, tal vez podría volver a olerla.

Los minutos pasaron con lentitud. Por los ruidos colectivos, Kim comprendió que el grupo estaba reunido al otro lado de la puerta del baño. Emitió un quejido cuando uno de ellos dio puñetazos en la puerta varias veces. La madera apenas resistió. La enfermera sabía que no podría defenderse de un asalto concertado. Se puso en cuclillas en la oscuridad y buscó a tientas el soplete. Junto a él se encontraba el encendedor. Se incorporó con el soplete y el encendedor en las manos. Con dedos temblorosos trató de prender el encendedor. Una chispa saltó en la oscuridad. Pasó el soplete a la mano derecha y giró el tornillo; oyó un siseo continuo. Sostuvo el soplete y el encendedor a corta distancia y prendió el encendedor. Con un sonido crepitante el soplete se encendió.

Cuando Kim logró encenderlo, la puerta había empezado a astillarse bajo los golpes constantes. Manos ensangrentadas se introdujeron a través de las fracturas en el panel. Para horror de Kim, la puerta cayó hecha pedazos a medida que las criaturas desgarraban los tablones de madera.

Los investigadores estaban frenéticos, como animales salvajes a punto de ser alimentados. Intentaron entrar apresuradamente en el baño al mismo tiempo. En medio de la confusión de brazos y piernas, sólo lograron obstaculizarse unos a otros.

Kim apuntó el soplete hacia ellos. Edward y Curt eran los que se encontraban más cerca. Se retrajeron por el terror; los ojos brillantes como cuentas no se apartaban de la flama azul. Animada por su reacción, Kim salió del baño, manteniendo el soplete frente a ella. Los investigadores retrocedieron. Kim hubiera preferido que se quedaran en un grupo compacto o que huyeran juntos, pero a medida que avanzaba hacia el vestíbulo, empezaron a rodearla. Tuvo que agitar el soplete en círculo para mantenerlos a distancia.

El temor abyecto que las criaturas habían mostrado a la flama en un principio; empezó a disminuir. En un momento, cuando Kim apuntaba el fuego en dirección a otro, Edward se abalanzó contra ella y la sujetó del camisón. Kim dirigió el soplete hacia él y le quemó la mano. Edward gritó de manera horrorosa y la soltó.

El siguiente en saltar hacia ella fue Curt. La chica le chamuscó una franca a lo ancho de la frente y el cabello se prendió. Curt aulló de dolor y apretó las manos contra la frente.

Gloria entró cuando Kim cambiaba de dirección y la sujetó del brazo. Ésta logró liberarse con una sacudida, pero el movimiento repentino provocó que girara sin control y cayera. En el proceso de su caída, el brazo de Kim golpeó contra el borde de una mesa lateral con tal fuerza que se entumeció, lo que ocasionó que soltara el soplete, que cayó sobre el piso de mármol en un ángulo pronunciado y patinó sobre la superficie pulida.

Kim se sentó, sujetando el brazo lastimado con el sano. Las horribles criaturas se cernían sobre ella, agrupándose para matar. Con un chillido colectivo cayeron sobre la enfermera al mismo tiempo, como animales de rapiña.

Kim gritó y luchó mientras la arañaban y mordían. Entonces, un rugido estruendoso y reverberante, acompañado de una luz repentina, brillante y caliente, interrumpió el frenesí, y Kim logró escabullirse. Todos miraban confundidos sobre el hombro de la chica. Los rostros reflejaban una luz dorada.

Al volverse para mirar detrás de ella, Kim Stewart vio una pared en llamas. El soplete había prendido los cortinajes y todos ardían como si los hubieran rociado con gasolina. Las criaturas profirieron un aullido colectivo. Edward fue el primero en correr; los demás lo siguieron. Pero no se

dirigieron a la puerta principal; en vez de ello, invadidos por el pánico, subieron corriendo la escalinata.

-No, no -gritó Kim a las figuras que huían. Pero todo fue en vano. No sólo no la entendían; ni siquiera la oyeron. El rugido de las llamas, en su furia, sofocaba todo sonido. Se puso de pie y cojeó hacia la puerta de entrada. Una vez afuera, se volvió a mirar el castillo. La vieja estructura ardía como yesca. Las llamas ya eran visibles desde las ventanas del ático.

Para Kim la escena era como una imagen del infierno. Movió la cabeza con desaliento. El diablo había regresado a Salem.

EPÍLOGO

Sábado 5 de noviembre de 1994

¿ADÓNDE QUIERES IR PRIMERO? -preguntó Kinnard cuando Kim y él cruzaron en el auto la reja de la propiedad de los Stewart.

-No estoy segura -respondió Kim, que viajaba en el asiento del pasajero; sostenía la férula que le habían colocado en el brazo.

-Tendrás que decidirlo muy pronto -advirtió Kinnard-. Llegaremos a la bifurcación en cuanto salgamos de los árboles.

Kim se volvió a mirar a Kinnard. Los rayos del Sol de finales de otoño caían inclinados a través de la arboleda y bailaban sobre su rostro, iluminando los ojos oscuros. Kim estaba agradecida de que Kinnard hubiera aceptado realizar este viaje con ella. Había transcurrido un mes desde aquella noche aciaga, y ésta era la primera ocasión que Kim regresaba a la propiedad.

-¿Y bien? -preguntó Kinnard, bajando la velocidad.

-Vamos al castillo -respondió Kim-. O cuando menos a lo que queda de él.

Kinnard dio la vuelta hacia las ruinas carbonizadas y se estacionó junto al puente levadizo que conducía a una entrada ennegrecida y vacía. Todo lo que quedaba en pie eran los muros de piedra y las chimeneas.

-Es peor de lo que había imaginado -comentó Kinnard mientras examinaba la escena a través del parabrisas. Miró a Kim.

-¿Sabes? No tienes que pasar por esto si no lo deseas.

-Quiero hacerlo -contestó enérgica Kim-. Tengo que enfrentarlo alguna vez.

Dieron un paseo alrededor de las ruinas. No trataron de entrar. Dentro de los muros todo era cenizas, salvo por unas cuantas vigas carbonizadas que el fuego no había devorado por completo.

-Nadie creería que alguien escapó con vida -dijo Kim.

-Dos de seis no es mucho -comentó Kinnard-. Además, los dos que sobrevivieron todavía no están fuera de peligro.

Kim levantó una vara y la introdujo entre los escombros.

-Esta casa contenía el legado material de doce generaciones de los Stewart -comentó ella-. Ahora todo se perdió.

-Lo siento -dijo Kinnard-. Debe de ser terrible para ti.

-En realidad, no -repuso Kim-. La mayor parte de todo eso era sólo basura, con excepción de algunos muebles. Lo que en verdad lamento haber perdido son las cartas y documentos que encontré acerca de Elizabeth. Los perdí todos, con excepción de las dos copias que hicieron en Harvard. Constituyen la única prueba de que mi antepasado estuvo implicada en el gran escándalo que provocó la brujería en Salem, pero eso no va a ser suficiente para convencer a la mayoría de los historiadores.

No se movieron mientras miraban las cenizas. Kinnard sugirió que continuaran su camino. Kim asintió. Caminaron de regreso al auto y condujeron hasta el laboratorio. Adentro estaba desierto.

-¿Dónde está todo? -preguntó Kinnard.

-Le dije a Stanton que tenía que sacarlo de inmediato. Le advertí que si no lo hacía, lo donaría a obras de beneficencia.

Salieron del laboratorio y se dirigieron a la cabaña. El doctor se sintió aliviado al ver que no estaba vacía como el laboratorio.

-Sería una lástima destruir esto -comentó-. La convertiste en una casa encantadora -deambuló por la sala para examinarlo todo con cuidado-. ¿Crees que volverías a vivir aquí? -preguntó.

-Creo que sí -respondió Kim-. Algún día. ¿Y tú? ¿Crees que podrías vivir en un lugar como éste?

-Claro -repuso Kinnard-. Sería ideal. Me acaban de ofrecer un puesto en uno de los equipos médicos en el Hospital de Salem. El único problema es que tal vez me podría sentir un poco solo.

Kim miró a Kinnard. Él arqueó las cejas de manera provocativa.

-¿Se trata de una propuesta? -preguntó ella.

-Podría ser -respondió Kinnard de manera evasiva.

-Quizá sea necesario esperar a ver cómo nos sentimos uno respecto al otro después de la temporada de esquiar.

-Me agrada tu nuevo sentido del humor -sonrió el médico-. Ahora eres capaz de bromear acerca de cosas que son importantes para ti. En verdad estás muy cambiada.

-Eso espero -dijo ella-. Hace mucho tiempo que debí haberlo hecho -señaló luego el retrato de Elizabeth-. Tengo que agradecer a mi antepasado por haberme dado el valor para hacerlo. No es fácil romper con viejos hábitos. Sólo confio en mantener mi nueva personalidad y espero que te agrade.

-Lo que he visto hasta ahora me encanta -repuso él-. Ya no me siento como si caminara sobre cascarones de huevo. No tengo que estar adivinando continuamente cómo te sientes.

-Estoy agradecida de que algo bueno surgiera de un episodio tan espantoso -se estiró, colocó el brazo sano alrededor del cuello de Monihan y lo abrazó. Él correspondió con igual pasión.

Viernes 19 de mayo de 1995

KIM SE DETUVO y contempló la fachada del edificio de ladrillos recién construido. Sobre la puerta había una placa larga de mármol blanco, en la que estaba grabado en bajorrelieve OMNI PHARMACEUTICALS. A la luz de todo lo que había ocurrido, no sabía qué pensar respecto a que la compañía aún funcionara. Sin embargo, entendía que -ya que todo su dinero estaba invertido en la empresa- Stanton no estuviera dispuesto a dejarla morir.

Kim se anunció en la recepción. Después de esperar unos minutos, una mujer agradable y vestida de manera conservadora salió para guiarla hasta uno de los laboratorios de la compañía.

-Cuando concluya su visita, ¿cree que podrá encontrar la salida? -preguntó la mujer.

Kim aseguró que sí y le dio las gracias. Después de que la mujer se fue, ella abrió la puerta del laboratorio y se encontró en la antesala. La pared común con el laboratorio era de vidrio, de la altura de un escritorio hacia el techo. Frente al vidrio había varias sillas. En la pared debajo del vidrio estaba una unidad de transferencia y una puerta con perilla de latón, que se parecía a las cerraduras de seguridad que usan en los bancos a la hora de cerrar.

Detrás del vidrio había un laboratorio equipado con la tecnología más moderna. Kim se sentó y oprimió el botón rojo LLAMAR en la consola de comunicaciones. Adentro, dos figuras se levantaron de la mesa en la que estaban trabajando y se dirigieron hacia ella.

Kim sintió de inmediato una oleada de compasión. Tanto Edward como Gloria se encontraban terriblemente desfigurados por las quemaduras que habían sufrido. Estaban casi calvos, caminaban con rigidez, y con manos que habían perdido algunos dedos empujaban frente a ellos unos aparatos de metal con ruedas de donde pendía un suero intravenoso.

Al hablar, sus voces sonaban como susurros roncos. Le dieron las gracias a Kim por visitarlos y expresaron su desilusión de no poder enseñarle el laboratorio, que estaba diseñado específicamente para adaptarse a su incapacidad fisica. Kim les preguntó cómo estaban.

-Bien, si consideramos a todo lo que tenemos que enfrentarnos -comentó Edward-. Nuestro mayor problema es que todavía sufrimos ataques, a pesar de haber eliminado por completo a Ultra de

nuestros cerebros. Se producen espontáneamente, como un ataque epiléptico. Lo bueno es que sólo duran media hora o menos.

-Lo lamento -manifestó Kim, al tiempo que luchaba por reprimir la tristeza que amenazaba con apoderarse de ella.

-Nosotros somos los que lo lamentamos -dijo Edward.

-Fue culpa nuestra -repuso Gloria-. No debimos tomar la droga sino hasta que se completaran los estudios de toxicidad.

-Considero que eso no hubiera significado alguna diferencia -comentó Edward-. A la fecha, ningún estudio en animales ha demostrado este efecto que se produce en los seres humanos. De hecho, al ingerir la droga es probable que hayamos salvado a muchos voluntarios de experimentar lo que hemos sufrido.

-¿Por qué todavía padecen ataques ahora, si ya no quedan rastros de la droga? -preguntó Kim.

-Ése es el problema -respondió Edward-. Es lo que tratamos de averiguar. Creemos que es parecido a esas retrospecciones producidas por un "mal viaje" que algunas personas sufren después de consumir drogas alucinógenas. Estamos investigando sobre el tema para ver si podemos idear alguna manera de revertirlo.

-Me sorprende que Omni todavía funcione -dijo Kim.

-A nosotros también -repuso Edward-. Stanton simplemente no se da por vencido, y su persistencia ha rendido frutos. Uno de los otros alcaloides del moho ha demostrado algunas probabilidades de usarse como un nuevo antidepresivo.

-Espero que al menos Omni se haya olvidado por fin de Ultra -comentó Kim.

-¡Claro que no! -exclamó Edward-. Tratamos de determinar qué parte de la molécula de Ultra es responsable del bloqueo cerebral mesolímbico que llamamos "Efecto del señor Hyde".

-Comprendo -dijo Kim. Quiso desearles suerte, pero no fue capaz de hacerlo. No después de tantos problemas que Ultra había ocasionado a todos. Estaba a punto de despedirse cuando observó los ojos vidriosos de Edward. Su rostro se transformó por completo y, sin ninguna advertencia o provocación, se abalanzó contra Kim aunque se estrelló dándose un fuerte golpe contra la gruesa protección de vidrio. Kim saltó hacia atrás asustada, mientras la reacción de Gloria fue abrir el goteo del suero intravenoso de Edward.

Durante un momento, el científico arañó el vidrio. Enseguida, el rostro se aflojó y puso los ojos en blanco. En cámara lenta, empezó a desplomarse como un globo del que el aire escapa con lentitud. Gloria lo ayudó para que no se golpeara al caer al piso.

-Lo siento -musitó Gloria, acomodando con ternura la cabeza de Edward-. Espero que no te hayas asustado mucho.

-No -dijo Kim, pero el corazón le latía con fuerza y temblaba. Con cautela se acercó a la ventana y miró a Edward en el suelo.

-¿Edward estará bien?

-No te preocupes -repuso Gloria-. Estamos acostumbrados a esto. Ahora comprenderás por qué traemos el suero. Hemos experimentado ya con varios tranquilizantes. Me siento satisfecha de la rapidez con que éste actúa.

-¿Qué sucedería si ambos sufren un ataque al mismo tiempo? -preguntó Kim.

-Ya hemos meditado acerca de eso -respondió Gloria-. Pero aún no se nos ha ocurrido ninguna idea a prueba de fallas. Todo lo que podemos hacer es intentar con nuestro mejor esfuerzo.

Kim se sentía turbada. Cuando bajaba por el ascensor, sintió las piernas débiles. Tenía miedo de que esa visita volviera a provocar en ella las terribles pesadillas que había sufrido inmediatamente después de aquella noche funesta.

Al salir a la cálida luz de mediados de primavera, Kim se sintió mejor, pero no podía evitar recordar a Edward Armstrong cuando golpeaba con furia el vidrio de la prisión que él mismo se había impuesto. Cuando llegó a su automóvil, se volvió para ver el edificio de Omni. Se preguntó qué clase de drogas lanzaría esa compañía en todo el mundo. Se estremeció. La idea le hizo prometerse que sería aún más cuidadosa de lo que había sido en el pasado al tomar medicamentos, ¡cualquier tipo de medicamentos!

Al salir del estacionamiento, la joven se sorprendió al ver que se dirigía al norte. Después de la perturbadora experiencia en Omni, sintió un impulso irresistible de regresar a la propiedad de Salem. No había vuelto allí desde la visita con Kinnard hacía ya cerca de seis meses.

Después de abrir los candados de la reja, condujo directamente a la cabaña y experimentó una extraña sensación de alivio, como si por fin arribara a casa después de un largo y penoso viaje. Al entrar en la penumbra de la sala, alzó la mirada al retrato de Elizabeth. El verde intenso de los ojos y la línea firme de la mandíbula eran como Kim recordaba, pero había algo más, algo que no había notado. Parecía que Elizabeth estuviera sonriendo.

Kim parpadeó y volvió a mirar. La sonrisa estaba ahí. Era como si Elizabeth reaccionara ante el hecho de que después de tantos años algún bien había podido surgir de la experiencia terrible por la que ella había pasado; al fin había sido reivindicada.

Pasmada, Kim se acercó a la pintura sólo para apreciar el esfumado, o desvanecimiento suave de los tonos, que el artista del siglo diecisiete había utilizado en las comisuras de la boca de Elizabeth.

Kim sonrió cuando se dio cuenta de que eran sus propias percepciones las que se reflejaban en el rostro de su antepasado.

Al darse vuelta, contempló la vista que Elizabeth tenía desde su posición sobre la repisa de la chimenea. En ese instante, Kim decidió volver a mudarse a la cabaña. El trauma emocional ocasionado por aquella última noche terrible se había aminorado, y quería volver a casa, para vivir a la sombra del recuerdo de Elizabeth. Al recordar que ella tenía la misma edad que la mujer del retrato en 1692, cuando la asesinaron injustamente, Kim juró vivir el resto de su vida por las dos. Era la única forma que imaginaba de recompensar a Elizabeth por la comprensión de sí misma que ella le había ayudado a lograr.